

AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE

QUINCENAL.



SUMARIO:

- I. Un libro sobre Bécquer, por Julio Nombela.
- II. Motivo de la luna, por O. Segura Castro.
- III. Mambrú se fué a la guerra, por Evaristo Carriego.
- IV. Envío, por Alfredo Gm. Bravo.
- V. Casa de los abuelos, por Juan Guzmán C.
- VI. El Gran Pujista, por Vicente García H. Fernández.
- VII. Alma Enferma, por Angel C. Cruchaga S. M.
- VIII. Babyhood, por Ruben Darío.
- IX. Lucía, por id. id.
- X. El Poema del Bosque, por E. Ramírez Angel.
- XI. English Sunday, por Julio Raul Mendilaharsu.
- XII. Perfumado paisaje crepuscular, por Vicente García H. Fernández.
- XIII. El dolor del paisaje nocturno, por id. id. id.
- XIV. Una princesa, por Fernan Felix de Amador.
- XV. Y la Esfinge sonrefa, id. id. id. id.
- XVI. El suicidio de las rosas, por Carlos Barella.
- XVII. Cápsulas, por José Asunción Silva.
- XVIII. A la hermana ausente, por Daniel de la Vega.
- XIX. Recuerdas? por Manuel Magallanes Moure.
- XX. La Vieille, por Charles Guérin.
- XXI. La lune jaune, por Henry de Regnier.

40 Cts.

AÑO I. -S- SANTIAGO DE CHILE, 15 SEPT. 1913 -S- Núm. 1.

AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE
HISTORIA Y FILOSOFÍA
— QUINCENAL —

DIRECTOR

Vicente García Fernández

PRIMEROS REDACTORES

Carlos Díaz y Juan Guzmán C.

SECRETARIO

Angel Cruchaga S. M.

En los números siguientes aparecerán magníficas traducciones y originales de poetas extranjeros, artículos críticos sobre el Futurismo y sobre grandes poetas como Herrera Reissig, Evaristo Carriego, Andrés Chabrilón, Fernán Felix de Amador, Raul Mendilaharsu y otros.

Esta Revista publicará trabajos de Rubén Darío, José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Martínez Sierra, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Emiliano Ramírez Angel, José Francés, Cristóbal de Castro, Ramón Pérez de Ayala, Juan José Soiza Rely, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno, Carlos Mondaca, Max Jara, Pedro Prado, Manuel Ugarte, Francisco Contreras, Ricardo Rojas, Blanco Fombona, Martín Escobar, José Ingenieros y otros.



Un libro sobre Bécquer

Tomamos estas anécdotas, de la vida de Bécquer, referidas por su amigo don Julio Nombela.

ILUSIONES DE JUVENTUD.—EL ARQUITA DE MADERA.—¡UN DINERAL!—EN QUÉ GASTAR EL DINERO

Una tarde, después de un largo paseo, perdió nuestra conversación la vaguedad que solía caracterizarla. Éramos ya hombres o poco menos, no podíamos perder tiempo, debíamos tomar una resolución formal para asegurarnos un porvenir.

Nuestro bello ideal era residir en Madrid; la Corte era el palenque donde debíamos luchar. Con tal motivo fuí aquella tarde a los ojos de mis compañeros de ilusiones poco menos que un oráculo, y obedeciendo instintivamente a la petulancia natural de todas las personas en los momentos en que sirven para algo, ponderaba yo las facilidades que debíamos hallar en Madrid para realizar nuestros deseos.

En honor de la verdad había perdido, o mejor dicho, no me había tomado hasta entonces el trabajo de formarme una idea exacta de mi ciudad natal: Bécquer nos pintó el Madrid que veía en su imaginación; yo aseguré que era tal como Bécquer lo pintaba, porque su descripción me entusiasmó, y Campillo, más práctico que nosotros, a quien sus gustos clásicos permitían vivir a la vez en el cielo y en la tierra, preguntaba detalles que, aunque prosaicos, daban idea de su buen sentido. Contesté satisfactoriamente a sus preguntas, los tres nos embriagamos de entusiasmo y juramos, ya de noche a la luz de la luna que rielaba sobre las aguas del Guadalquivir, trasladarnos a Madrid, ser allí hermanos y convertirnos en los poetas más célebres de nuestro tiempo.

—Pero no podemos ir con las manos vacías—dijo Campillo.

—Es preciso llevar lo menos un tomo de poesías—añadió Bécquer.

—Un tomo, y más colaborando en él tres poetas, exige obras de mucho mérito. Sólo así encontraremos editor—afirmó Campillo.

—Por eso no hay que apurarse—insinué yo con la mejor buena fe—nos sobrarán editores.

—¿Cuánto calculas que nos darán por el tomo?—me preguntó Campillo.

—Un dineral,—contestó Bécquer antes de que yo pudiera responder.

—¡Eso es una fortuna!—asentí.

Después de un largo y animado debate, conviuimos en reunirnos todas las noches en el camaranchón que servía a Campillo de Gabinete de estudio; leeríamos las composiciones que escribiéramos; serían escrupulosamente examinadas, desechadas o sometidas a corrección, y cuando por unanimidad las aprobásemos, se depositarían en una arquita de madera de pino que poseía Campillo.

Este pacto se cumplió al pie de la letra. Bécquer era más tolerante que Campillo: éste no perdonaba el menor defecto, y las composiciones caían bajo el peso de la ley que habíamos establecido y que, ¡cosa extraña, siendo españoles! respetábamos religiosamente. ¡Con qué ardor trabajábamos!

Ya había en el arca guardadora de nuestro tesoro un centenar de poesías, cuando nos sorprendió la Primavera de 1854.

Después de calcular las páginas que llenarían aquellos versos, y de leer con la imaginación los elogios que unos críticos que nosotros formábamos a nuestro gusto, dedicarían al libro anunciando al mundo la aparición de tres grandes poetas, Bécquer nos dijo con la mayor formalidad:

—El momento de emprender el viaje se acerca. El libro está en el arca. Es preciso buscar recursos. El pasaje, la manutención, todo eso representa gastos. Necesitamos algún dinero y hay que buscarlo.

Quizás fué aquel el primer momento en que Bécquer vió la vida con toda su triste realidad.

Campillo se quedó silencioso y triste.

Su madre podría darle para el viaje; pero ¿cómo iba a tener valor para separarse de ella?

Yo regresaría a Madrid con mi familia y no necesitaba anticipos.

Bécquer prosiguió haciendo cuentas.

—Vamos a ver - dijo sentándose a la mesa y disponiéndose a trazar guarismos sobre un papel, que conservo como una reliquia.— Hagamos un presupuesto para saber a qué atenernos. ¿Cuánto nos darán por el tomo, sobre poco más o menos?

Campillo y yo nos miramos.

—Figuremos una suma aproximada — continuó Bécquer, volviendo a ser poeta y haciendo de la aritmética una lira.— ¿Qué calculáis que nos dará un editor, teniendo en cuenta que no somos aún celebridades?

—¡Qué menos que dos o tres mil duros!... — me atreví a insinuar.

Campillo me miró asombrado. Sin duda le parecía que yo soñaba. Pero Bécquer, indignado ante mi indicación, que

juzgó mísera y hasta ridícula, entusiasmándose, todo alma, todo ilusión, todo grandeza:

—¡Tres mil duros! ¡Sesenta mil reales!—exclamó.—Eso se paga a cualquier coplero!... ¡Vergüenza daría a un editor ofrecernos esa suma irrisoria! Pongamos trece mil o un poco más: noventa mil reales para cada uno de los tres.

—Bien; pongamos lo que dices—añadí yo, que creía en Bécquer como si hablara por su boca el Evangelio.

Campillo nos miró con la sonrisa que retozaba en sus labios cuando aparentaba creer lo que no creía.

Bécquer escribió en el papel que he hecho fotografiar como una curiosidad, los guarismos y su aplicación, tal como aparecen en el facsímile que reproduzco en esta página, seguro de que sus admiradores le verán hasta con devoción.

Antes de sumar hizo un cálculo y vió que los gastos de casa, vestido, viajes, comida, criados, carruajes y amores sólo ascendían a doscientos diez mil reales. Sobraban sesenta mil.

—En qué los gastaremos?—exclamó Bécquer después de una breve pausa.

Su pregunta nos pareció un problema insoluble. ¡Dios mío! ¿En qué gastaríamos aquel sobrante? Eramos poetas y no sabíamos dar empleo a aquella cantidad.

Permanecimos algunos momentos perplejos; nos mirábamos, mirábamos al techo, escudriñábamos nuestra experiencia, y nada...

—¡Ya sé en qué vamos a gastar lo que sobra!—dijo Bécquer de pronto.

Y trazó en la parte superior del papel la línea que aparecía antes que las demás:

«60,000 reales.—Obras de caridad.»

Nuestra alegría por aquella inspiración no tuvo límites. Después de retratarse Bécquer moralmente con aquella inspiración, nos separamos satisfechos.

¡Tres pobres, poco menos que de solemnidad, pensando en dar limosnas! ¡Decididamente éramos poetas! (1851-1854).

EL PERIÓDICO FALLIDO.—RESIGNACIÓN DE BÉCQUER.

—CONSUELOS DE ARTE.—EL MÚSICO EXTRAÑO

Dejé de ir a comer a casa de Márquez pretextando que había conseguido una ocupación que me lo impedía; pero continué siendo verdadero y leal amigo de Javier, quien deseoso de acudir en mi auxilio y al mismo tiempo en el de Bécquer, nos manifestó que deseaba que los tres escribiéramos un periódico literario, cuyos gastos costearía.

Celebramos unas cuantas conferencias para tratar del plan de la publicación; se animó Bécquer confiado en que si hacíamos algo nuevo, algo inexperado, tendría gran éxito; asociamos a Luna a nuestro proyecto, se convino en que después de cubrirse los gastos, repartiríamos entre los cuatro las ganancias y otra vez, aunque no con tanto optimismo, hizo cuentas galanas nuestro querido Gustavo.

El periódico sería semanal y se titularía *El Mundo*. Bécquer fué el padrino y escribió un precioso artículo-programa. Nuestras muertas esperanzas renacieron; pero duraron poco. El primer número de *El Mundo* apareció con el artículo indicado, otro de Luna, otro mío y poesías de los cuatro únicos redactores; pero olvidamos que era necesaria una administración para hacer la indispensable propaganda, y los miles de ejemplares que se tiraron en buen papel y hasta con lujo tipográfico, no fueron admitidos en las librerías en comisión para su venta, y al buscar una persona inteligente en asuntos periodísticos para que nos auxiliase, nos manifestó que las propagandas se hacían antes de que aparecieran los periódicos. Hombre de bien a carta cabal, nos demostró además que en aquella época de agitación política no podía llamar la atención ni alcanzar éxito un periódico literario que no fuese satírico, desvergonzado y hasta escandaloso. *El Mundo*, que había examinado con interés, no podía despertar ni siquiera curiosidad y era lástima que gastásemos el dinero inútilmente.

Aquel nuevo desengaño tuvo suficiente elocuencia para que reconociéramos que llegaba a tiempo y era por lo tanto saludable. Renunciamos al *Mundo*... y sus pompas. Márquez pagó los gastos del primer número, que apenas circuló, y que como tantos otros periódicos de su clase y estofa, sirvió para envolver los géneros de una tienda de ultramarinos.

Durante muchos años he conservado un ejemplar de aquel periódico malogrado al nacer; pero se me ha extraviado y lo siento porque el artículo-programa que escribió Bécquer para *El Mundo*, debía figurar en la cada día mas buscada, leída y apreciada colección de sus obras.

Gustavo aceptó con su ingénita resignación aquel nuevo fracaso. Los tiempos no eran propicios para alcanzar notoriedad con versos ni artículos literarios. Si la idea de coronar a Quintana había sido acogida con entusiasmo, el homenaje se dedicaba mas al liberal y al patriota que al poeta; así es que para nada nos sirvieron las poesías que guardó la arquilla mas de medio año. Bécquer que empleó algunos ratos de su forzado ocio en dar un vistazo a sus composiciones, fué destruyéndolas poco a poco y ni una sola de ellas aparece en sus obras, por-

que todas perecieron a sus manos. Sólo por casualidad conservo inédita la que él calificó de juguete romántico titulada *Las dos*, y como está escrita de su puño y letra, con otros autógrafos y papeles de algún interés, dispondré que a mi muerte sean remitidos a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

De mis poesías sólo utilicé tres o cuatro; las restantes sufrieron la suerte que merecían: anulación y olvido.

La vida que hacía Bécquer, que seguramente es lo que mas deseará saber el lector, era monótona y triste; pero como la tristeza era su elemento, ni se afligía ni se quejaba. En vez de vivir en el mundo, vivía en su cerebro y en su corazón. Las miserias y pequeñeces de que está llena la existencia, no alteraba su ritmo habitual que era la calma, la serenidad, la resignación. Jamás sintió el aburrimiento; la soledad, que le agradaba en extremo, estaba para él llena de seres, de ideas, de sentimientos que formaban un mundo en el que hallaba sus mas puras y hermosas satisfacciones.

En Madrid le faltaban los libros de la biblioteca de su madrina, pero tenía una gran memoria; los personajes de las leyendas, de las novelas, de los dramas que había leído; las poesías que recordada, vivían en continua comunión con sus proyectos literarios, con las ideas y los sentimientos que mas tarde habían de palpar en sus rimas, formar la grandiosa galería de cuadros, monumentos y esculturas que constituyen las obras que eternizan su nombre y su gloria, y pasaba horas y horas en aquel bullicioso silencio, en aquella poblada soledad, en aquella pasiva actividad, que le hacía olvidar las exigencias de la materia para entregarse en su solemne pobreza, a los puros e inefables goces del espíritu.

En Sevilla había asistido a las representaciones de las óperas italianas que por entonces disfrutaban de gran boga y que hoy son tan injustamente desdeñadas. Donizetti y Bellini eran sus ídolos, porque como él eran esencialmente artistas y como él también llevaban desde que nacieron el germen de la enfermedad que debía privar de la razón al primero y acabar con el segundo en el período mas hermoso de su juventud.

Ocasión tendré de rendir tributo a los dos compositores que también fueron, han sido y siguen siendo los que con el recuerdo de sus melodías, que quedaron grabadas en mi alma desde que las oí por vez primera, me han ofrecido dulcísimos momentos de tregua en los períodos en que más he sufrido. Ahora sólo deseo consignar que Bécquer, que sabía de memoria, con la memoria del corazón, las óperas *Lucía*, *Poliutto*, *Linda de Chamounix*, la *Favorita*, *Norma*, los *Puritanos* y *So-*

námbula, en sus soledades tarareaba más con el pensamiento que con la voz, aquellas melodías todo amor o dolor, que en la primera mitad del siglo XIX hicieron palpitar a tantos corazones y llenaron tantos ojos de lágrimas, de esas lágrimas que hacen bien y consuelan.

Así es que en la más absoluta pobreza, debiendo al afecto caritativo de una señora, si no completamente pobre por lo menos de escasos recursos, lo necesario para no morir de inanición, pasaba el tiempo en un estoicismo que a Luna y a mí nos admiraba y a la vez nos desesperaba.

.....
Cuando mi tristeza era mayor, porque la verdad se imponía a la mentira, buscaba a Bécquer: necesitaba saturarme de su estoicismo. El no salía ni un solo instante de su esfera, se conformaba con su suerte. Por entonces, gracias al trabajo de su hermano, podía atender a las exigencias naturales, aunque con la frugalidad legendaria de las casas de huéspedes baratas; pero ni las necesidades físicas le apremiaban, ni siquiera le molestaban. No sufría la humillación de tener que vestirse de prestado para aparecer en los salones como los ricos, siendo pobre. En su mísero albergue llenaba su fantasía las cuatro paredes mal encaladas con cuatro brillantes, con paisajes magníficos, evocaba salones espléndidos en los que bullían damas y galanes de otros tiempos, señores feudales, trovadores, ermitaños, todo lo que después trazó su pluma y se eternizará en sus leyendas. No se daba cuenta del tiempo ni del medio ambiente en que vivía; dispuesto siempre a trabajar, no buscaba trabajo, no sabía buscarlo, ayudaba a su hermano con el lápiz, ya que su pluma estaba ociosa, porque gozaba más viendo en su espíritu todo lo que más tarde había de vivir en sus *Rimas*, en sus *Cartas*, en sus *Poemas legendarios*, y yo envidiaba aquella conformidad, aquella casi nirvana; pero sentía en mí ser energías para luchar y no me conformaba con aquella grandiosa, admirable y estoy por llamar santa pasividad.

Sólo la música lograba sacarle de aquel estado anestésico, y como también era para mí un verdadero repulsivo moral, cuando me sentía vencido en la lucha que sostenía con mi mala suerte, iba a buscar a Bécquer algunas veces a las ocho o las nueve de la mañana, y los dos nos encaminábamos a la plaza de Herradores, donde en el segundo piso de una casa que todavía existe, con un solo balcón de fachada y una empinada y recta escalera que empieza en el dintel de la puerta de la calle, habitaba don Lorenzo Zamora, el gran pianista de quien antes he hablado.

Era soltero y tenía por ama de llaves y cocinera a una ga-

llega de más de sesenta años, buena mujer que le trataba como a un niño, y verdaderamente no era Zamora más que un niño grande. Cuando íbamos temprano le encontrábamos en la cama, porque la mayor parte de las noches asistía a las reuniones que se celebraban en las casas de sus discípulas y se acostaba tarde.

La gallega no ponía mala cara. Por regla general, cuando íbamos a visitar a su amo, aunque llegásemos a las nueve o a las diez de la mañana le abandonábamos después de haber anochecido, pasándonos sin sentir siete u ocho horas que empleaba el artista en tocar en el piano las obras de Mozart, de Beethoven, de Schumann, de Mendelshon, de todos los grandes compositores alemanes y las que le obligábamos a improvisar, fascinados como estábamos bajo la influencia de los delirios de nuestra imaginación.

Lo más frecuente era que le hallásemos en el lecho, y hablándole de los grandes compositores sus ídolos, se entusiasmaba, abandonaba la postura horizontal, se ponía un gabán, una levita, a veces un frac, lo primero que encontraba a mano, y en calzoncillos se sentaba al piano para demostrarnos las bellezas musicales de que nos había hablado.

Por un estrecho pasillo se llegaba a la sala donde estaba el único balcón que daba a la plazuela de Herradores y contigua a la sala se hallaba la alcoba donde dormía Zamora.

La gallega entraba dos o tres veces a recordar a su amo que le estaba esperando el desayuno. Estas interrupciones le indignaban y la echaba con cajas destempladas. Ni él ni nosotros nos acordábamos de que teníamos estómago.

La gallega volvía a decir que era hora de comer, y además que no la dejábamos hacer la cama, ni asear el cuarto.

Todo era inútil, a los cuartetos de Beethoven, seguían las sonatas de Mozart; después las romanzas sin palabras de Mendelshon nos descubrían los más encantadores misterios de un alma soñadora; las sinfonías, los cuartetos y los *liets* de Schubert, todo aquel mundo musical nos hacía olvidar el mundo real en que vivíamos. Zamora encontraba en nosotros oyentes que le comprendían, y no sintiendo ninguno de los tres ni cansancio, ni sed, ni hambre, olvidando que nuestro espíritu estaba preso en una cárcel material, pasábamos de las creaciones de los inspirados maestros a las que nosotros sentíamos bullir en nuestra mente, y Bécquer primero y yo después, pedíamos a Zamora que interpretase con las modulaciones que la fantasía inspiraba a sus dedos lo que nosotros veíamos con la imaginación y le revelábamos. Poseído de la locura que nos animaba, arrancaba al piano melodías preciosas, acordes sublimes; y en

medio de aquella fascinación, de aquel delirio, surgía la terrible gallega, desesperada porque el cuarto estaba sin barret, la comida pasada, y ya sin miramiento, nos llenaba de improperios en su dialecto nativo, y en medio de la poesía que representábamos los tres orates, aparecía la prosa razonadora, cuando perdiendo todo respeto, decía a su amo:

—Lo que es así, se quedan sin *lición* las discípulas, y cuando no les da Ud. *lición* no cobra, y cuando no cobra andamos mal a fin de mes para pagar al casero y a la tienda. Además, no comiendo a las horas debidas, se le pasa a Ud. el estómago y hay que gastar en médico y botica.

Aquellas sensatas admoniciones nos hacían descender del quinto cielo, dejábamos con tristeza al pianista, y silenciosos, pero pensando mucho, caminábamos sin darnos cuenta de que vivíamos.

Gustavo me acompañaba hasta mi casa, y por la calle del Príncipe seguía a la de la Visitación, donde vivía de huésped en el piso cuarto de la casa núm. 8, un verdadero caserón. (1854 a 1860),

LA BEATRIZ DE BÉCQUER

Al llegar el otoño, que por lo regular es en Madrid el período más templado del año, hermoso aunque melancólico, iba yo a buscar a Gustavo y elegíamos con frecuencia para pasear la Montaña del Príncipe Pío, paraje solitario favorecido con la perspectiva más hermosa de los alrededores de Madrid. La estación del ferrocarril del Norte y algunas casas, se apoderaron de aquel paseo; pero entonces desde su punto más elevado se descubrían los bosques de la Casa de Campo y del Pardo, teniendo este Real sitio por dosel en último término las nevadas cumbres del Guadarrama.

Escudriñar las calles y callejuelas que desde la Puerta del Sol abrían paso a la Montaña, era la distracción que más agradaba a Bécquer. En una de aquellas tardes quiso que pasáramos por la calle de la Justa, en la actualidad de Ceres para ver la casa en donde yo había nacido, casa que desde hace muchos años, como otras colindantes, está convertida en un asqueroso lupanar.

Entramos por el callejón del Perro, seguimos por la derecha, vimos con repugnancia aquella morada que en la época de mi nacimiento albergaba a familias modestas pero decentes y honradas, y proseguimos hacia la calle de la Flor Alta, frente a la cual había una casa de vecindad de muy buen aspecto desde cuyos balcones se veía un trozo de la calle Ancha de San Bernardo.

Cuando pasamos estaban asomadas a uno de los balcones del piso principal dos jóvenes de extraordinaria belleza, diferenciándose únicamente en que la que parecía mayor, escasamente de diecisiete o dieciocho años, tenía en la expresión de sus ojos y en el conjunto de sus facciones algo de celestial.

Gustavo se detuvo, admirado al verla, y aunque proseguimos nuestra marcha por la calle de la Flor Alta, no pudo menos de volver varias veces el rostro extasiándose al contemplarla.

Había visto en ella la encarnación de la *Ofelia* y la *Julietta* de Shakespeare, la *Carlota* de Gœthe, y sobre todo la mujer ideal de las leyendas que bullían en su mente.

Aquella tarde estuvo muy expansivo, y en las sucesivas volvimos a la calle de la Justa, entrando por la de la Flor Alta, torciendo a la izquierda para volver por la calle de la Estrella a la de San de San Bernardo y dirigirnos a nuestro solitario paseo.

Siguiendo aquel camino, si las jóvenes estaban asomadas al balcón podíamos verlas durante más tiempo, lo que por fortuna nuestra sucedía casi siempre.

No tardé en saber quiénes eran aquellas dos interesantes señoritas, y como la que sin sospecharlo inspiró a Bécquer todas las rimas amatorias, debe pasar en su compañía a la posteridad, siquiera sea como la *Laura* del Petrarca, diré que se llamaba Julia y que era hija del compositor don Joaquín Espín y Guillén, profesor del Conservatorio y autor de obras musicales que alcanzaron gran notoriedad.

Amigo mío era un hijo del citado maestro, que fué a su vez un distinguido músico, y cuando adquirí estas noticias y me enteré de que en la casa de aquellas jóvenes se celebraban muy interesantes conciertos, propuse a Bécquer que asistiéramos a ellos. Mi indicación fué rotunda y categóricamente rechazada. Prefería el ideal a la realidad. Aquella Julia fué su inspiración; cuando cesaban de verla sus ojos la veía su espíritu; amó al alma que adivinaba, y por lo mismo que le revelaba los más recónditos y hermosos sentimientos de la mujer, no quiso conocerla, ni siquiera oír su voz. Mantenía con ellas unas relaciones ideales, vivía de una ilusión. ¡Candidez, puerilidad, dirán los que se llaman hombres prácticos; pero de estas puerilidades y candideces brotan las rimas que se eternizan y eternizan a los ilusos que las producen!

Dos años después, vencidas las dificultades, empezó Bécquer a abrirse camino, y sólo por rara casualidad vió alguna que otra vez a su Julia. ¡Qué le importaba no sostener con ella relaciones amorosas, si siempre estaba en su alma su recuerdo! (1854 a 1860).

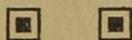
MUERTE DE BÉCQUER

El día 21 se agravó y expiró el 22 a las diez de la mañana. Casi al mismo tiempo nacía mi hija Laura, y aunque poco después me anunciaron la dolorosa noticia de la muerte de mi admirado y querido amigo, no pude ir a la casa mortuoria a dar el pésame a la familia, ni al entierro que con la mayor modestia se verificó al día siguiente.

Tan importante como lastimoso suceso, pasó inadvertido o poco menos para el público. *La Correspondencia* ni siquiera insertó la noticia. De los periódicos que entonces existían solo *La Opinión Nacional* y *La Epoca* anunciaron el fallecimiento de Bécquer, dedicándole tres o cuatro líneas. *Gil Blas*, recordando que en el breve espacio de tres meses habían sucumbido los dos hermanos, gloria uno de las artes y el otro de las letras, se limitó en un arranque de soberbia a llamar implacable a Dios. *La Ilustración de Madrid* no pudo hasta el día 27 anunciar la inesperada y sensible muerte de su director, prometiendo publicar en el número próximo una amplia biografía y el retrato del malogrado vate. Retrato y biografía, escrita ésta por Narciso Campillo, aparecieron en el primer número de Enero del siguiente año.

A esto se redujeron las honras periodísticas que se hicieron a Bécquer: reconozcamos que la actual generación de escritores habría sido más generosa, honrando con mayor solemnidad la memoria del más sincero y esencialmente poeta, no ya de España, sino del mundo entero.

JULIO NOMBELA.



• I MOTIVO DE LA LUNA I •

Ir hacia aquel andurrial
(donde se vá en busca de una
emoción honda entre el mal
de su producción fatal...)
¡y encontrarme con la luna!

¡Y encontrarme con la luna
— una luna de mercurio—
una luna como una
aparición importuna
destructora de un augurio.

De un augurio doloroso
y vital, construído sobre
aquel silencio sombroso
de aquella existencia pobre
de aquel andurrial luctuoso.

De aquel andurrial luctuoso
cuya vida es mi fortuna,
bajo un cielo obscuro y una
inmersión de gris reposo...
¡y encontrarme con la luna!

Y encontrarme con la luna
que brutalmente barniza
con su mercurio a la bruna
Luz que se desorganiza
del andurrial... mi fortuna.

Mi fortuna el andurrial
pero bajo un cielo obscuro,
nada más: así, su mal,
trasmina al rebelde muro
de mi carne espiritual.

Mi carne espiritual: una
puerta cerrada a los ojos
de muchas almas; laguna
que no recibe a la luna
de los humildes sonrojos.

¿Sonrojos? ¡Nunca! ¿No existe
una supresión que desviste
a nuestro interior fantasma?...
¿Es fútil el protoplasma
de una alma hermética y triste?

Y mi alma se pone triste
cuando la luna le asiste.

Mi alma está triste—como una
estéril joven que duerme
soñando con una cuna—
por haberme, por haberme
encontrado con la luna.

¡Con la luna inoportuna,
con la luna, con la luna.....!

O. SEGURA CASTRO.

Septiembre de 1912.

Mambrú se fué a la guerra

—Mambrú se fué a la guerra...— ¡Vamos, linda vecina!
¿con su *ronga catonga* los chicos de la acera
te harán llorar, ahora? No seas sensiblera
y piensa que esta noche de verano es divina

y hay luna, mucha luna. ¡Todo por esa racha
de recuerdos que llegan sin traer al causante,
¡todo por el veleta que fué novio o amante
allá, en tus más lejanas locuras de muchacha!

¡Que nunca en tantos años se te oyera una queja
y te aflijas ahora, cuando eres casi vieja,
por quien, al fin y al cabo, ¿dónde está, si es que está?

Seamos muchachitos... Empecemos el canto
sin que te ponga fea como hace poco el llanto:
—Mambrú se fué a la guerra, Mambrú no volverá.

EVARISTO CARRIEGO.



—✦— ENVÍO —✦—

Por la suave simpatía de tu juventud muriente,
por la saña de tu Sino, por la cruz de tu orfandad,
por tus odios, hiel sagrada, por tus penas, sangre hirviente,
concebí las vibraciones del amor y la piedad.

A los mares de tus ojos, a las brasas de tu boca,
a tu espíritu, fontana de constancia y de fervor,
y a tus carnes impalpadas que en despojo mi ánsia troca,
de la torre de mi alma van los ángelus de amor...

Ya conocen nuestros seres, que no habían nunca amado,
los desmayos de los besos. El crepúsculo ha llegado
tiernamente tras el loco meridiano pasional.

Ya supieron nuestros labios de aquel fruto prohibido...
¡Eva eterna, te saludo con mis cantos. ¿Te has dormido...?
Te has dormido bajo el árbol que es mi bien y que es tu mal!

ALFREDO GMO. BRAVO.

* CASA DE LOS ABUELOS *

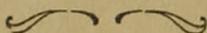
Casa de los abuelos, casa ruinosa y santa,
casa oscura y dormida con alma de convento,
con un jardín de rosas y una fuente que canta
burlándose del rezo sentimental del viento.

Casa de los naranjos, casa triste y oscura
de mis primeras penas y mis recuerdos viejos;
todavía en tus patios resuena la voz dura
y enferma de la anciana que me daba consejos.

Todavía resuena sobre los corredores
el andar suave y lento de los seres queridos
que de ti se alejaron casa oscura y dormida.

Todavía perfuman santamente tus flores,
todavía se escuchan cuentos de aparecidos:
«Esta era una princesa que pasaba la vida...»

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.



EL GRAN PUJISTA

(Al que espiritualmente se sienta aludido)

El Gran Pujista es un individuo universal. Pertenece a la casta de los *parvenu* y para buscar su genealogía, mejor dicho la etimología de su nombre hay que remontarse a los *pujadores*. ¡Arribistas estúpidos que babea ante las multitudes por un aplauso!

El Gran Pujista penetra en las imprentas de rodillas y tiene la vara de mimbre de su espinazo, hecha un arco en fuerza de doblarse.

Los Hombres cuando lo ven sienten como la saliva se agolpa entre los dientes y se prepara el escupo. Y si se lo plantais en medio de la cara al otro día os sacará el sombrero, doblará su mimbre y os tenderá una mirada pordiosera, mendigando vuestra sonrisa.

¡Fámulos arrodillados que necesitarían la sátira de un Rabelais, de un Swift o de un Anatole France y los latigazos de un Máximo Gorki que les acardenalara las espaldas!

Perros que menean la cola ante el amo, reptiles que se arrastran... Para ellos la humillación, el servilismo.. Ah las Horcas Caudinas!

Cerebros cuadrados y espinazos en círculo. ¡Ellos han descubierto la circulación del cuadro!

Y no es esto lo peor. El Gran Pujista es un perro que muere por detrás, un reptil que esconde su veneno aguardando el momento... El aspid del rey Claudio!... La piedra que sale de los zarzales de los caminos oscuros.

No conoce al Quijote ni a Hamlet. Mucho a Sancho, a Tartufo.. las Celestinas, las Garduñas... sus Santas Hermanas!

Su vida... Oh! su vida es una novela donjuanesca. Es el eterno perseguido de las hembras. Goza de la *seducción a domicilio*.

Es un Don Juan saltimbanqui.

Un Adonis neurótico.

Su potencia vital es infinita...

El Gran Pujista duerme bajo la Envidia en el jergón de la Hipocresía. Come Odio y bebe Calumnia... rumia Odio y Calumnia.

Sus planes y sus maquinaciones nacen en la sombra y por debajo. Tienen la humedad malsana de los subterráneos!

Rufian! Eunuco mental. Intrigante!

El Gran Pujista busca primero la Lisonja.

Después esgrime la Mentira y dispara el Anónimo sordamente... A él se le deben también los rifles de aire comprimido.

Tartufo. Tartufo!

El Gran Pujista morirá pujando por subir. Confiará su triunfo a las sonrisas cortesananas ya que no ha recibido del cielo, ni de ninguna parte, las alas del cisne, ni la fuerza del Pegaso...

Y más de alguno ha olfateado la gloria.

No lo nombreis jamás. Si vosotros, los Hombres, pasais a la Inmortalidad ellos pasarán aferrados a vuestros zapatos... y esto no es posible... ¿Homero, por qué le abriste las Santas Puertas a Zoilo?

El Gran Pujista entrará a las imprentas hecho un ovillo y publicará artículos elogiosísimos a su persona escritos por el mismo. Antes lo habrá mendigado.

Y a veces este personaje logra formarse cierta reputación... entre las Virgenes Necias y los Sordos-Mudos.

El Gran Pujista es el más alto representante del rastacuerismo y de la miopeza intelectual. Si es poeta cuidado con los versos que os dedique o en que hable de vosotros. Y no olvidéis que para el puntapié tiene el magnífico sitio donde el mimbre pierde su honesto nombre.

El Gran Pujista es una mezcla de Yago, Tigelino, Polonio...
Tomate, Cebolla y Aji.

Su origen es etíope.

El Hombre... el Hombre... ¿qué piensas Goethe?

El Hombre, el Rebelde, el que no se dobla... ¡Solo los grandes espíritus engendran las grandes rebeldías...!

Ah Diógenes, Mitrídates, Espartaco, Giordano Bruno, Galileo, Colón, Savonarola...!!

Se sienten risas irónicas, gritos salvajes en el Ponto, cadenas que se rompen, hogueras que rechinan... e pur se muove, Tierra! tierra! Vuelve a rechinar la Inquisición el Santo Crimen, y la Roca Divina cruge... Pícaro Voltaire!

El Hombre... Su origen es del Olimpo.

VICENTE GARCÍA H. FERNANDEZ.



ALMA ENFERMA

Tengo el alma enferma: Dame las caricias
De tus manos pálidas llenas de atractivos,
De tus manos tiernas como dos novicias
Que aquietan mis tristes anhelos lascivos.

Tengo el alma enferma de sentir la vida,
De sentir el tedio de los días largos,
De seguir la senda que es una avenida
Dónde hay muchos árboles de frutos amargos.

Tengo el alma enferma. Espero tus manos
Pálidas novicias de candores llenas,
Y tus ojos verdes como los pantanos
Tus ojos que ponen la vida en mis venas.

Dame tus caricias compasivamente;
Aquietta mis fuertes deseos sensuales
Y mientras la lluvia canta suavemente
Sentirás el beso de mis madrigales.

1913.

ANGEL C. CRUCHAGA S. M.

BABYHOOD

Última poesía de Rubén Darío

A Julia Beatriz Berisso.

Concreción de un jardín de amores,
Con tu faz de querubín serio,
Cual si supieses el misterio
De la humana flor de las flores;

Pronto estarás en la estación
En que tu intuición adivine
A Dios, cuando el pájaro trine
O palpite tu corazón.

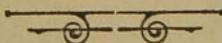
Adivinando a Dios, o al dios
Que en tu mente y en tus sentidos
Por el dulce enigma de dos
Te dé el secreto de los nidos.

Seas emperatriz futura
Y un corazón sea tu imperio,
Por la beldad de tu ternura
Y el cetro de tu cautiverio.

Y versos dulces sean dichos
En donde trisquen halagüenos
Los cervatillos de tus sueños
Con las corzas de tus caprichos.

Y huelle tu talón de rosa
La arena de oro perfumado
Por los ungüentos de la Esposa
En los jardines del Amado.

RUBÉN DARÍO



LUCÍA

Brilla en tu alma una estrella nórdicamente pura
Y en la blanca beldad de tu egregia escultura,
Una maravillosa virtud de amor se fragua
Que ha encendido una chispa del sol de Nicaragua.

Que bendecida sea la parisiense hermosa
Que hechizará allá lejos como una rubia hada
Al picaflor de fuego y a la garza de rosa
Con el místico azul de su tierna mirada.

Entre vivas fragancias tendrás a Pan sumiso;
Por tí será más bello el lago de cristal,
La aurora de mi tierra ave del paraíso
Y el poniente del trópico un gran pavo-real.

Entre vivas fragancias estará tu fragancia,
Y por el hombre noble que por tí cruzó el mar
Llevarás allá lejos, dulce niña de Francia,
Tu corazón de rosa y tu alma de azahar.

RUBÉN DARÍO.



EL POEMA DEL BOSQUE

I

No lejos de la aldea—más allá del río y de la doble escolta de los álamos que en sus márgenes quedó inmóvil y sonora—comenzaba el bosque.

Era un bosque, un bosque vastísimo que trepaba por la montaña, descendía y tornaba a dilatarse dominador, como un ejército, como un rebaño fabuloso. Lleno de asechanzas, de misterio y de sombra, empavorecía a los pacatos y sugestionaba a los misántropos. Pero en los pueblecillos de la contornada no había filósofos; bastaba con que existieran enamorados.

Cuando alguien se aventuraba—a pleno día, claro es—en la imponente selva, el silencio le susurraba tales consejas, el viento modulaba tales iras, la sombra fabricaba tales alucina-

ciones, que el frondosísimo recinto daba al lugareño pánico de ciudad maldita, determinándole á huir veloz e insensatamente.

Así, abandonado, con aparente desolación de cementerio, con oculta y rica germinación de vivero, el bosque abría sus amplias naves, coronadas por artonados de maravilla. Aquí formaba una gruta verde y fresca, desde cuyas alturas los sauces dejaban caer, como estalactitas, sus ramas lánguidas; allá dilataba una avenida fantástica, con cipreses enlutados y señoriles; acullá sus árboles varios, de todas las latitudes, engalanados con vestiduras diversas, altos o enanos, airosos o grotescos pensativos o joviales, elevábanse como plegarias y retorciábanse como impotencias, construían arquitecturas de basilica o se agrupaban para cantar en coro, o para batirse en retirada, o para suspirar unánimes, o para extender sus ramas iracundas y espinosas, en un frenesí salvaje que daba a su hosquedad apariencias y trazas lamentables de cosa humana...

En esta selva que tantas bellezas, idilios y horrores pudo albergar, el sol, travieso y amigo de pulir mentiras y avalorar verdades, raras veces penetraba. Furtivamente, a menudo vencedor de la tenacidad que la sombra le oponía, jugaba como un pajecillo o asaltaba como un héroe.

Pródigo o prisionero, sembraba arabescos, lentejuelas, celosías, rosetones y calados; era el único mago del bosque, fauno y poeta, chiquillo y dios, que durante la siesta propagaba incendios brujos, que, al amanecido, entraba leda y amorosamente, y que a la hora de retirarse, doraba las copas y recamaba los troncos con amor incomparable de artífice.

Volaban entre la arboleda sus rayos—calladas aves de oro;—en el terciopelo del musgo, su luminar tenía centelleos de gema, y las hojas de cobre tornábanse de plata, que el aire hacía sonoras y temblorosas como sonajas...

A este dulce asilo, sin adentrarse en él temerariamente, iban dos mozuelos, novia y novio, buscando consolación, esparcimiento.

Eran pobres, inquietud que adiestra, y más a los enamorados, a suspirar. El bosque, inmenso, inacabable, les atraía. Detrás de sus árboles más rezagados, allá donde el sol se formalizaba y el aire deponía su cólera fanfarrona, los novios sabían que estaba el mundo, esto es, las posibilidades y las promesas.

Como enamorados y como jóvenes, el pueblecillo aquel ofrecía estrecheces y ahogos de ataúd. Andariega el alma, harto asombroso el porvenir, la vastedad del bosque, severo a veces y hospitalario en su umbral, brindábales consuelo sin tasa.

Cogidos de la mano, con religiosa lentitud, le recorrían en aquella zona en donde las zarzas y los rosales alborotados, pero

florecidos, ofrecía a sus divagaciones rústicos monópteros; bosquecillos sombreros y cordiales. Allí, a solas, departían ilusionadamente, soñando con la liberación. El pueblo, rebosante de rencillas y de hostilidades, les acobardaba. ¿Por qué no podían ser felices del todo, si en su cariño tan liberal y regalada fortuna encontraban?

El misterio plácido, risueño por aquel paraje, de la fronda, les hizo pensar en el hada, en esa hada de los cuentos, bondadosa y compasiva, que convierte los trasgos en rosas y las cabañas en palacios y las desventuras en realidades de oro y de claridad...

La poca literatura popular que los mozos gustaran como miel en la sumida boca, olorosa y siempre juvenil, de la abuela, soliviantaba febrilmente sus corazones. Soñaban. Soñar en un bosque, entre la penumbra verde, diáfana, bajo el claror de las altas y temblorosas estrellas, puede emocionar y adormecer. Así, como en una edad añeja, pastoril y legendaria, los novios inclinaban sus frentes, incorporando a su amor y su desaliento, un suspiro nuevo, una rosa toda frescura, pero gris.

Y, entonces, como pájaro único y milagroso del bosque, la luna surgía detrás de los pinares, o entre el cipresal, o sobre los abetos, e iba de rama en rama, doliente y bruja, sin gorjeos, recortando troncos, destacando ramas que caían como una bendición, ramas que subían como un sueño, ramas que se alargaban como una voluntad...

Una vez se presentó el hada.

Los novios no dudaron del prodigio. Vestía de blanco la risueña aparición, y en los labios y en los ojos brillaba su misterioso prestigio, y en una mano tenía la mágica varita que corrige todas las fealdades de la vida.

Miraronle confusos los novios al pronto, más prestamente se sosegaron. Tanto habían creído en que el hada se les presentaría alguna vez, que lo que debió ser deslumbramiento fué, sencillamente, gratitud.

El hada le sonreía; era joven, con esa juventud que emana de todo lo que sonríe. Apenas sus pies, ocultos bajo la amplia y armoniosa vesta alba, rozaban el suelo.

—¿Por qué supiráis?—preguntó suavemente—Os trae todos los días a este bosque más que una bondad, una superchería. No busquéis aquí la paz, sino en vuestro corazón.

Y como los novios callaran, mirándola con leve desencanto, la sobrenatural mujer añadió:

—La paz no reina ya en este bosque milenario. Emigró de él para siempre, como las ninfas y los dioses, como las fiestas

y los ritos que inspiró. Los árboles que aquí veis se han humanizado; orgullosos de su leyenda, de su linaje, de su porvenir, son ahora espejos que reflejan las ambiciones, las inquietudes, los odios y las vanidades de los mortales. En este bosque, que remotamente otras razas creyeron sagrado, refugiáronse divinidades y guerreros, fieras y ladrones, la espuma de la belleza y la hez de la maldad. Filósofo hubo que presintió aquí a Dios, y no faltan hombres humildes que sigan sintiéndole en estas antaño apacibles, hoy hoscas soledades. Pero la edad presente ha derrumbado muchas bellezas, transformándolas y aún pervirtiéndolas, y este mundo de árboles, falazmente atractivo con su poesía brava, está secuestrado por toda suerte de vicios. Estos árboles de hoy proclaman, soberbios y fatuos, su alcurnia, recabando para sí privilegios y honores que siempre fueron otorgados al hombre, porque saben que hubo un álamo dedicado a Hércules y una encina a Júpiter y un laurel a Apolo y una higuera a Baco y un olivo a Minerva...

Detúvose el hada, temerosa de seguir hablando a los enamorados, de seres que ninguna evocación podía despertarles. Mas como el silencio de la pareja equivalía a un suave asentimiento, prosiguió:

—Venid conmigo y escuchad. Voy a demostraros que en este bosque donde entrarán los leñadores justicieros, la ambición es una flor ponzoñosa, como la que envenena vuestros pechos.

Avanzaron ellos tras el hada, y, para inspirarse confianza mutua, no desataron el nudo rosa de sus manos

Luego de avanzar entre el halo resplandeciente que de la aparición irradiaba, los tres se detuvieron de pronto. Estaban en lo más espeso, en lo más confuso, desordenado y pintoresco de la selva.

Sonaba a la sazón un rumor prolongado, que llenaba el aire, como en la más irritada de las tempestades. Los novios miraron al hada preguntonamente, arrobados y no por ello menos cohibidos.

El hada seguía sonriendo. Había realizado el prodigio, y los árboles, como en una hora taumatúrgica, hablaban; digamos, mejor, contendían.

—¡Calle el muy desmembrado!—vociferaba un olivo venerable, giboso, lleno de arrugas, sin deponer su cólera junto a la orgullosa estatura de los abetos, encinas, álamos y hayas vecinos.—¡Eres un lloron, un cobardel Yo soy la fuerza, la tradición piadosa; bajo las ramas de un olivo, en una noche de gloria, la humanidad se redimió; Jesús lo hizo. De mis brazos se arrancan los emblemas de paz, soy la alegría, iluso; ¡paso a la fuerza!

El interpelado —un sauce dolorido y airoso —elevó una protesta cortés.

—Los poetas me han cantado, los héroes me solicitan. Un guerrero quiso reposar eternamente, sin espada y sin afanes, a la sombra fiel de mi ramaje. Mira mis galas, respeta mi destino. Soy el árbol del dolor; el dolor es aristocracia.

—¿Quién habla de fuerza?—replicó un roble.—Yo si que estoy llamado a triunfar; si los poetas te invocan sensibleramente alguna vez, labrando sus rimas me cortejan. Conozco las frentes de todos los líricos. Soy hermano de la inmortalidad. Con vivir con vosotros, que no me comprendéis, es una tortura, si a ratos no tuviera asperezas de ultraje.

Prodújose cierta confusión y durante algunos momentos los apóstrofes de los polemistas dieron al bosque retumbos de pleamar iracunda.

Por fin, una voz tonante se impuso.

—Habláis de vanidades y de falaces artificios, y sin embargo, el que merece una suerte más venturosa soy yo. Perdonadme la franqueza.

Hubo un instante de estupor. La que así decía era una haya copuda, gruesa y oronda.

—Sí—repitió con deplorable tonillo declamatorio —; protegido mío, un soberano, el rey de los franceses, santo y poderoso, administró justicia y dirimió contiendas ungido con la sabiduría de otro monarca israelita. ¿Qué concepto tiene el olivo, compañero perfectamente industrial y, por tanto, prosaico hasta el sonrojo? Bajo la amplia sombra que proyecta, la justicia sí que es la cuna de la paz. Un rey me honró: ¡inclinaos!

A los desplantes de la haya, el quino opuso una réplica decisiva.

—Y de mí, ¿no os acordáis? Alguno de vosotros será la fuerza o la gloria, el dolor o la ciencia; pero yo soy más, soy la salud. Reyes y pecheros, letrados e indoctos, me requieren con idéntico amor. La muerte, a la que sólo yo sé rendir alguna vez, se recuesta en mi tronco, divinamente privilegiado.

—Tú das la salud, pero yo he fundado el hogar—dijo un pino esbelto y engreído.—Con mi propia carne suministro al hombre cuanto necesita; la mesa para su trabajo, el lecho para su reposo, la leña para su vigilia...

—¡Calla, imbécil!—interrumpió un ébano.—Eres un aliado del pobre, y nada más. En los hogares a que aludes, anida el odio, la miseria, la ignorancia. Yo soy el lujo; simbolizo el bienestar...

—¡Bagatelas! ¡vanidad de vanidades! El lujo tuyo es tan discutible como la pobreza que atribuyes a la encina—intervino,

conciliador y pedante, un manzano.—El que realmente ha prestado un excepcional favor a la humanidad, es el que tiene el honor de dirigiros la palabra. No quiero ofender vuestra ilustración recordándoos que uno de mis frutos—cuyo zumo, hábilmente utilizado por la industria del hombre, suscita zambras y romerías fraternales—permitió a un gran sabio inglés descubrir una de las más trascendentales leyes cósmicas.

El manzano hizo una pausa para perfilar un párrafo que sugestionase a la asamblea; mas aconteció que los árboles restantes, agitando enfurecidos sus ramas, se lo impidieron.

—Mi fruto,—gritaba una higuera—es dulce como mi sombra. Notorio es el lustre de mi abolengo. Yo ví, en una alba radiante, amamantados por una loba, al pie de mis cargados brazos, a Remo y Rómulo. ¿Sabéis quienes eran? Eran...

Pero la batahola aumentó, rencorosa e inaudita. Ningún árbol se entendía.

—¡Yo soy la inmortalidad!—susurraba un laurel.

—¡Y yo la filosofía!—replicaba un plátano, añadiendo como un estribillo:—¡Platón me amaba! ¡Platón me amaba!

—¡Yo custodié a los muertos y hago fruncir la frente a los vivos!—decía un ciprés.—Soy belleza y recuerdo; soy espiritualidad y emblema. ¡Cuatro veces respetable!

—¡Yo brindo consuelo al caminante!—argumentaba una acacia.

—¡Y yo canto junto a los ríos!—exponía un álamo.

—¡Más útil soy yo!—razonaba un alcornoque.

—¡Calla, orgulloso!

—¡Silencio, presumido!

—¡Poeta!

—¡Sepulturero!

—¡Burgués!

—¡Inútil!

—¡Tú, sólo das sombra!

—¿Y tú, que no tienes hoja más que en verano?

—¿Qué haces tú? ¡Suspirar!

—¡Calle ese ramplón que llora resina!...

—¡Silencio! ¡Es imposible seguir viviendo aquí!... ¡Me voy a mi monte!

—Y yo a mi cañada...

—Y yo a mi camino...

Los novios inclinaron la cabeza. Dolíales oír tan imprevisto y original concierto de lamentaciones.

El hada les acompañó hasta el límite del bosque, frente al río. Hundíase el sol a lo lejos, y de las viviendas pueblerinas elevábase el incienso doméstico, la paz hogareña del humo.

—¿Lo veis?—les reprochó.—Saben los árboles que su mañana está cercano. Los leñadores llegarán pronto. Todos quieren triunfar; ninguno se aviene a ser humilde y vivir dichosamente. ¡Acordaos de los árboles!

Y desapareció.

II

Casados están los que fueron novios, y que por la dulce fragancia del concepto, siguen siéndolo.

Han transcurrido varios años. El esposo ha regresado de la ruda jornada; la mujer, cerca de la cuna donde el primogénito duerme, parte una hogaza de pan y sonríe. Bajo la campana de la chimenea, un leño, oloroso a retama, chisporrotea.

Es de noche, y, atravesando la ventana entra el rumor incesante, luctuoso, de la tala.

Los leñadores siguen su tarea.

Como en las vidas, lo mismo que en los cuentos, lo que una maga inicia, otra maga epiloga, el hada del bosque se presenta de nuevo a los esposos.

—Vuestro recogimiento me dice—exclama con su sonrisa inagotable—que habéis logrado ser dichosos. ¿Os acordáis de los altivos, ambiciosos, insensatos árboles?

«Emigrando han ido desde sus soberbias a la bajera y humilde realidad que les acechaba. Aquel que tanto declamó, vedle crepitando en la lumbre; pensaba ser símbolo de vanidad y concluye, razonable y resignado, dándoos el consuelo de su llama y de su calorillo; este otro, vagabundo y aventurero, no camina; convertido en cuna, mece... Así todos; uno es nave, otro es ataúd; insolentes o ilusionados, modestos o sentimentales, hoy véense convertidos en fuego, cultura, bienestar, encanto, en útiles colaboradores, amigos dóciles del hombre... Dejaron de maldecir, y hoy cantan.

—¡Cuánta razón tenías y cuánta sigues teniendo!—susurró la esposa conmovida.

—Desde muy pequeño sé que las hadas erais bondadosas—declaró el marido—Gracias a tí oímos la voz del bosque...

—Que era, entonces, la de vuestro corazón—concluyó el hada.—Ahora el hacha del leñador os dice una gran verdad.

—Que es la de nuestra dicha—replica la mujer.

—Porque, en vez de buscarla en otra parte, es preciso, como os dije, descubrirla dentro de sí mismo. Los árboles, los pobres árboles no lo sabían....

En la noche serena y estrellada del invierno, el hada desaparece. El matrimonio queda silencioso, lleno de sonrisas inte-

riores. Y a lo lejos, los hachazos de los leñadores siguen resonando. De la muerte del bosque, otra vida, vida fecunda y sana, va a comenzar. La canción fúnebre acaba, esta vez en himno pascual, y el hacha adquiere prestigio de varita de virtudes...

E. RAMÍREZ ANGEL.



ENGLISH SUNDAY

A Ricardo Saavedra.

Escribo en una alcoba de un hotel de Inglaterra
En un domingo, triste como el sol de esta tierra
En un domingo, triste como una decepcion.
Es de noche, una noche de otoño, noche fría,
Donde el viento parece llorar la pena mía,
Cayendo, gota a gota, dentro del corazón.

Escribo tembloroso como un niño con miedo;
Quiero sentirme fuerte, mas inútil, no puedo
Desgarrar las angustias con un rayo de luz.
Estas horas que cruzan silentes y sombrías
¿Son los pasos del tiempo sobre las tumbas frías
Que demandan un ramo de flores o una cruz?

Estas horas que se esfuman en la paz del camino
¿Son acaso venganzas de un amargo destino,
Por los dias pasados con la felicidad
Cuando el amor estaba sonriendo en mi ventana
O besaba mi espíritu una ilusión lejana,
Que ya le parecía tornarse realidad?

• ¡Alma mía! ¡alma mía! Por un instante escucha
La voz que dice enérgica «¡Va en busca de la lucha,
Ya sea la derrota o ya el triunfo inmortal!
Palpita con tu América y la raza latina,
Regresa hasta los lares y vive la divina
Historia de heroísmos de tu pueblo oriental!»

«Y entonces, lejos, lejos de un hotel de Inglaterra
Y de un domingo triste como el sol de esta tierra;
De un domingo tan triste como una decepción,
Sentirás en tu seno florecer primaveras
Y entre bélicos gritos y vuelos de quimeras
Te embriagará de dicha tu propia exaltación.»

JULIO RAUL MENDILAHARSU,

Hotel Salisbury, Bournemouth.

DE MI RITUAL

PERFUMADO PAISAJE CREPUSCULAR

La tarde sobre el campo se acuesta fatigada
Y la mancha amarilla de los trigos maduros
Me trae a la memoria los rizos de una amada
Que interpuso una tumba a mis deseos impuros.

El alma del paisaje nos hace rememorar
La pena se acurruca y anega el corazón;
El dolor del paisaje absorbe y hace llorar:
Se siente como el peso de una desolación.

Cinco o seis campanadas se caen sobre el llano,
El agua canturrea sus notas cristalinas,
Se queda una carreta pegada en un pantano
Y persignan el cielo las negras golondrinas.

El aire se refresca con un gritar de trilla,
Un toro en el camino pone su gravedad
Ungiendo va la tierra con su baba amarilla
Y tiene un andar lento como de padre abad.

EL DOLOR DEL PAISAJE NOCTURNO

Voy gozando el paisaje por los blancos caminos,
El dolor de Belleza es una pena lejana.....
El campo está dormido con una paz de anciana,
Y la luna se asoma entre la hilera de pinos
Como una enferma tras los hierros de una ventana.

En el suelo escarchado por la luz de la luna
Se retuercen las sombras de las ramas chuecas;
Como una idea negra se esconde la laguna
Y en la cumbre de un cerro una fogata hace muecas.

Los perros viejos raspan con roncos aullidos,
Una lechuza vuela, envuelta en sus chillidos
Del campanario blanco a los pinos dormidos

Hieren la noche ruidos de reglamento atávico:
De las ranas el frío canto monosilábico.

Y luego silban rudo los sapos en agudo.

VICENTE GARCÍA H. FERNANDEZ.

Invierno 1913.

UNA PRINCESA

Era como una estrella místicamente sola
En un cielo de otoño ensimismado y gris,
Tenía la flexible cadencia de la ola
Y la noble elegancia que hay en la flor de lis.

Fluía de su presencia la mas dulce armonía,
Su palabra era fresca como un salmo abrileño
Y en el huerto sellado de su menlancolía
Como una gran magnolia balancéabase el sueño.

Era la incomprendida de que habla la leyenda,
En altares ideales llevó su alma en ofrenda
Y vivió misteriosa como un libro cerrado;

Y en una tarde augusta de dorada belleza,
Se deshojó serena sobre su azul tristeza
Como una rosa blanca sobre un vaso olvidado...



Y la esfinge sonreía....

La noche como un convento
Estaba sola y sombría
Y la Luna parecía
La Virgen de aquel convento

En un divino aislamiento,
Nuestro amor languidecía,
Y la esfinge sonreía
Desde el fondo del momento.

Bajo el amable quietismo
Vagábamos indecisos
Soñando con paraísos

Blancos de sonambulismo:
Donde por claustros serenos
Fuésemos sin tiempo ni hora.

Dos monges vagos y buenos
Santos en Nuestra Señora...

El suicidio de las Rosas

Estaban entreabiertas sobre el piano
simbolizando la melancolía...
la helénica blancura de una mano
se preocupaba de ellas cada día.
Y las ponía al sol, Ellas, las rosas
fueron palideciendo poco a poco;
rosas! como mujeres caprichosas
se enamoraron de un ensueño loco...
Y tenían los mismos devaneos,
soñaban con el campo y el rocío
y a coro salmodiaban sus deseos,
hasta que un día cálido y doliente
sobre el piano también mudo de hastío
se deshojaron silenciosamente.

CARLOS BARELLA.



CÁPSULAS

El pobre Juan de Dios, tras de los éxtasis
Del amor de Aniceta, fué infeliz:
Pasó tres meses de amaguras graves,
Y tras lento sufrir
Se curó con yoduro y con las cápsulas
De sándalo midy.

Después, enamorado de la histórica
Luisa, una rubia muy sentimental,
Se enflaqueció, se fué volviendo tísico,
Y al cabo de un año, ó a los mas,
Se curó con las cápsulas
De Éter de Clertán.

Mas tarde, en el estudio
Se refugió: filósofo sutil
Comprendió a Schopenauer y a Leopardi,
Y en un rato de esplin
Se curó para siempre con las cápsulas
De plomo de un fusil...!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

A la hermana ausente

...Después cuando volvimos,
qué desierta y qué sola encontramos la casa!
Yo, desde el escritorio,
creía oír tus grandes carcajadas
y dejaba un momento mis papeles
para escuchar que era... y no era nada!

Y ahora que eres tú
la única que faltas,
nos parece que somos muchos menos
soportando el silencio de añoranza,
que dolorosamente nos impone
una silla desierta y una pieza cerrada!...

Ayer entré a la sala
y en el sofá encontré
abierta la revista que leías
la tarde que te fuiste... El croché
de tus tejidos, todo... Y en el atril del piano
dormitando un nocturno de Chopin...

Si tú vieras a cada
paso encontramos un recuerdo, un
detalle sugestivo que nos dice
que todavía no te has ido tú.

¡Oh, los graves silencios
que entre nosotros pasan aleteando!
Deben ser los recuerdos, debe ser
el dolor de la pieza solitaria,
o el dormido nocturno de Chopin
que vuela a nuestro lado
pensando en ti también!

Cuando más se te evoca
es en el comedor;
entre todos nosotros una silla desierta
que habla con una voz
de añoranza infinita; una silla desierta
que parece un adiós!

Hay veces en que todos
conversamos contentos;
alguno de nosotros
con espontáneo chiste narra un cuento,
y pasa casi siempre que entre sus personajes
aparece tu nombre... y al momento
nos quedamos callados
como por un supremo encantamiento,
y parece que pasa por nosotros
sollozando la angustia de ese cuento!...

Cada detalle sugestivo
aunque sea bastante triste,
cada rincón amado, cada aposento, cada
objeto tuyo, cada libro que tú leíste,
nos dice que es mentira tu ausencia,
que tú vives aquí... que no te fuíste!

Sí, tú estás con nosotros,
tú con nosotros vives,
tú con nosotros lloras,
y con nosotros charlas;
tú sientes nuestros tristes
silencios, tú comprendes
las angustias que pasan
trotando en nuestras largas
veladas... tú jamás
te has ido. Tú estás siempre
aquí, y vienes en
las tardes visionarias,
a reír, si reímos,
al són de nuestras risas;
a rezar, si rezamos,
nuestras mismas plegarias!

Sí, es cierto, tú no puedes estar lejos, tú estás
con nosotros y cuando te recordamos, más
te acercas y nos besas, porque tus besos son
notas con que al recuerdo compone su canción.

En mis noches más largas, cuando escribo a la luz
de mi lámpara, a veces, creo sorprender tus
ojos que están mirándome, y entonces pienso que
tu adiós fué sólo un sueño que escribiendo soñé.

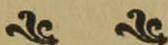
Y siempre eternamente tú estarás con nosotros.
Vendrán otras mañañas, resucitarán otros
recuerdos, pero siempre tu recuerdo será
el primero, el mejor, el que no emigrará...

Sí, tú estás con nosotros! Tú vienes en mis horas
de labor a decirme frases alentadoras;
tú vuelves en las tardes otra vez al sofá
a leer la revista que todavía está
como tú la dejaste y tú vuelves también
a cantar el sonámbulo nocturno de Chopin!

Y mientras escribo esto, pienso sin gran asombro,
que tú estás atrás para mirar por sobre mi hombro
lo que escribo...

—¿Te gusta?...
mi blanco ensueño pasa...
¡qué desierta y qué sola me parece la casa!...

DANIEL DE LA VEGA



RECUERDAS?

Recuerdas? Una linda mañana de verano.
La playa sola. Un vuelo de alas grandes y lerdas.
Sol y viento. Florida mañana azul. Recuerdas?
Mi mano suavemente oprimía tu mano.

Después a un tiempo mismo nuestras lentas miradas
Posáronse a la sombra de un barco que surgía
Sobre el cansado límite de la azul lejanía
Recortando en el cielo sus velas desplegadas.

Cierro ahora los ojos, la realidad se aleja
Y la visión de aquella mañana luminosa
En el cristal obscuro de mi alma se refleja.

Veo la playa, el mar, el velero lejano,
Y es tan viva, tan viva la ilusión prodigiosa
Que a tientas como un ciego vuelvo a buscar tu mano.

MANUEL MAGALLANES MOURE.

LA VIEILLE

Cette vielle est la soeur des bornes duchemin:
Elle est casée, austère, anguleuse, immobile.
Un chapelet de fer enguirlande sa main,
Et les sous des passants dansent dans sa sébile.

Les yeuse blancs sont pareils aux lampes des tombeaux,
Sans éclat sous les arcs profonds de leurs ogives,
Et ses lèvres de chair morte font sans repos
Le murmure indistinct des deux feuilles plaintives.

Parfois quand, le corps las, à la chute du jour,
Je regagne la ville, et mon âtre, et ma table,
L'équité du hasard me même au carretour
Qù gémix sous la croix l'aveugle lamentable.

Et je m'arrête alors devant elle, songeant
Que j'assiste au vivant spectacle de mon âme,
Et je lui dis: «Voici quelques pièces d'argent,
Priez pour moi qui suis sans amour, pauvre femmel»

CHARLES GUÉRIN.



LA LUNE JAUNE

Ce long jour a fini par une lune jaune
Qui monte mollement entre les peupliers,
Tandis que se répand parmi l'aire qu'elle embaume
L'odeur de l'eau qui dort entre les joncs movillés.

Savions-nous, quand, tous deux, sous le soleil torride
Foulions la terre rouge et le chaume blessant,
Savions-nous, quand nos pieds sur le sables arides
Laissaient leurs pas empreints comme des pas de sang,

Savions-nous, quand l'amour brûlait sa haute flamme
En nos cœurs déchirés d'un tourment sans espoir,
Savions-nous, quand mourait le feu dont nous brûlâmes,
Que sa cendre serait si douce à notre soir,

Et que cet âpre jour qui s'achève et qu'embaume
Une odeur d'eau qui songe entre les joncs mouillés
Finirait mollement par cette lune jaune
Qui moute et s'arroudit entre les peupliers?

HENRI DE REGNIER.

AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE

QUINCENAL.

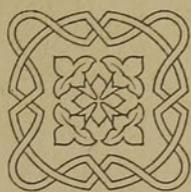


SUMARIO:

- I. Croniquilla dieciochesca, por Vicente García H. Fernández.
- II. A su recuerdo, por O. Segura Castro.
- III. Agonía de una belleza, por Alberto Moreno.
- IV. Totó, por Gabriel D'Annunzio.
- V. Paisaje gris, por Pedro Siena.
- VI. La voz de la Naturaleza, por Juan Rojas Segovia.
- VII. Rondeles de pasión, por Daniel de la Vega.
- VIII. Historia contemporánea de España, por Rafael Altamira.
- IX. Tiempos lejanos, por Juan Guzmán Cruchaga.
- X. Del silencio, por Angel C. Cruchaga S. M.
- XI. Castillo Interior, por Armando Donoso.
- XII. J. J. Rousseau, por Emile Fagnuet.
- XIII. Pedro Antonio González, por Vicente García H. Fernández.
- XIV. Poesías de Pedro Antonio González.

60 Cts.

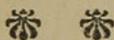
AÑO I. ❧ SANTIAGO DE CHILE, 15 OCTUBRE 1913 ❧ Núm. 2



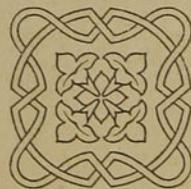
Este número lo dedicamos

COMO HOMENAJE A LA
MEMORIA DEL EXCELSO
POETA CHILENO

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ



Santiago, 15 de Octubre de 1913.



AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE
HISTORIA Y FILOSOFÍA
= QUINCENAL =

DIRECTOR
Vicente García Fernández

PRIMEROS REDACTORES
Carlos Díaz y Juan Guzmán C.

SECRETARIO
Angel Cruchaga S. M.

En los números siguientes aparecerán magníficas traducciones y originales de poetas extranjeros, artículos críticos sobre el Futurismo y sobre grandes poetas como Herrera Reissig, Evaristo Carriego, Andrés Chabrillón, Fernán Felix de Amador, Raul Mendilaharsu y otros.

Esta Revista publicará trabajos de Rubén Darío, José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Martínez Sierra, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Emiliano Ramírez Angel, José Francés, Cristóbal de Castro, Ramón Pérez de Ayala, Juan José Soiza Relly, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno, Carlos Mondaca, Max Jara, Pedro Prado, Manuel Ugarte, Francisco Contreras, Ricardo Rojas, Blanco Fombona, Martín Escobar, José Ingenieros y otros.

En el próximo número publicaremos un estudio de Paul Verlaine sobre Carlos Baudelaire. Creemos de interés para los jóvenes, conocer el juicio del gran maestro sobre el gran poeta de "Las Flores del Mal".

CRONIQUELLA DIECIOCHESCA

—¿Qué?

—Será un auto que explosionó.

—O algún polvorín.

—O un estallido de gas.

—Batuco?

—Ah! No, hombre, no. Son los cañonazos que anuncian el dieciocho.

—Ya, ya.

El alemán sonrió.

—¿Cuántos van?

—Nueve.

—Otro.

—El décimo cañonazo chicoteó el aire rabiosamente. El alemán sonrió.

—¿Así anuncian aquí las fiestas patrias?

—Pero antes ya conocemos su aproximación. Baja mucha gente de la montaña.

—¿Cómo?

—Llegan deliciosas provincianitas con mamás gordas y papás colorados.

Entiéndase que no llamamos provincianitas a las demoi-selles de la alta sociedad de Valparaíso, Concepción o Talca; esas como las Santiaguinas no merecerán nunca tantas alabanzas, porque no poseen esa ingenuidad frutal de las muchachitas de Petorca o la Ligua pongo por ejemplo.

El alemán sonrió.

—Nosotros conocemos la llegada de las provincianitas en los más mínimos detalles.

—A ver, a ver...

—Va Ud. en un carro y por un olvido enciende un cigarri-
llo; inmediatamente siente una voz detrás de Ud. que grazna
rabiosamente: Puf, puf; y luego se le acercan dos cachetes
gruesos y murmuran alargando la ese: Joven, me molesta el
humo. Siente Ud. un olor a madera y a chocho. Se vuelve...
Una mamá gorda de una graciosa provincianita.

El alemán sonrió.

—Sigue Ud. en el carro. Oye una voz fuerte que habla a
tarascónes, una voz imperiosa, regia, potente, apocalíptica, epo-
péyica, napoleónica, que domina el carro, que lo subyuga, que
lo invade, que lo ahoga... Escucha. Bonitos encuentros tenía
la potranca.. Después algo de una vaca parida. Se vuelve se-

mi ruborizado... Un papá colorado de una graciosa provincianita.

El alemán sonrió.

—Un día va Ud. por la calle y pasan dos ángeles del Señor con un andar menudito, torcidito, dejando una ráfaga de meloncito de olor. Esas son las graciosas provincianitas

Ah! ¡Decididamente ha llegado el Dieciocho!

Las provincianitas flacas o carnosas, sin el desconcertante término medio de las demoiselles. Las provincianitas estucadas y ojerosas, románticas, ansiosas de novelizar su vida. ¡Pero no habrá nadie tan malo capaz de novelizarlas!

Las provincianitas poéticas y románticas como un sauce junto a un sepulcro. Ellas duermen con Carlota Braeme y con la Pilar Sinues y lo que es peor con Jorge Onhet y Perez Escrich...

Pero no os asustéis: la inocencia de Perez Escrich y Onhet es a toda prueba. Ellas saben de memoria «Flor de un día» y «Espinass de una flor» ellas rezan fervorosas a Camprodón y os recitarán mil veces el «Pues bien yo necesito decirte que te adoro» al derecho y al revés.

Ellas aman con delirio la luna, los lagos, las tumbas solitarias, las cruces de los caminos. los cipreses, los nardos, los tulipanes, las tiernas avecillas, los crepúsculos y Genoveva de Brabante.

Ellas sueñan... Ellas son el último baluarte donde ha ido a refugiarse la poesía en estos tiempos prosaicos y desentonados.

El alemán sonrió.

—Reíos, si queréis, de sus mamás gordas con olor a choco, reíos de sus papás colorados con olor a cuero, pero no os riáis de las graciosas provincianitas que pasan dejando una ráfaga de meloncito de olor.

Ellas tendrán siempre en sus boquitas una sonrisa silvestre para vosotros; una caricia pueblerina y jaleosa y una mirada besuqueadora.

Los que tengan ansias de paternidad, los que deseen tener una luenga y robusta familia irán a la segura casándose con ellas. Ellas serán esposas perfectas, infatigables. Esos afortunados muy pronto alcanzarán toda la felicidad bíblica y patriarcalmente verán a sus hijos retozar junto a ellos bajo la santa paz de la oliva. ¡Y qué hijos! Unos hijos admirables, mofletudos, bucólicos, matinales, adurznados, lustrosos, encantadores.

Siempre en contacto con la gran madre Naturaleza, lejos de la esterilidad aristocrática.

Algunos se reirán, pero no reirán seguramente los que hayan visto en las estaciones esas caritas exquisitamente ebúrneas y

harinosas de las graciosas provincianitas, esos labios sangrientos como corazones de sandía y esos ojos soñadores que se acuestan en el diván de unas ojeras negras.

Los otros reirán, pero no los que han gozado la deliciosa exuberancia del amor provinciano.

El verdadero amor, el amor genesiaco, israelita, natural, sin nada de refinamientos extranjeros, sin nada.....

El alemán sonrió.

—Sin nada de novedades importadas. El amor legítimo no el de hoy que es una mistificación.

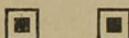
¡Bendita Petorca! Sobre tí no lloverá el fuego del Señor.

Ahl París, Babilonia, Sodoma Lesbos...

¡Bendita Petorca! Si alguna vez el boticario ha llegado a co-
dicar la mujer de su prójimo, ello ha sido una nube de verano.

VICENTE GARCÍA FERNANDEZ.

Septiembre 20-1913.



A su recuerdo

Eran los síntomas oscuros
de los hastíos lancinantes.

(Las telarañas en los muros
aparecieron días antes).

Eran los síntomas sin ruido
de las angustias mas secretas.

(En un florero desvaído
se desteñían las violetas).

Y el monstruo abrupto, obligatorio,
se aproximaba lento, lento.

¡No sé qué había de muortorio
en la afliccion del aposento!

Todas las cosas ejercían
inhabituales rigideces:
los gatos que me rehuían,
los vidrios con sus palideces,
los libros, rotos, olvidados
bajo la lámpara cesante
y los tejidos empezados

despues de la hora deslumbrante
del paradisiaco connubio,
en que el espíritu descansa
en las blanduras del efluvio
del saboreo y la templanza.

Todos los gestos eran duros
y sin las viejas emociones.
(Las telarañas en los muros
hacían raras contorsiones).

Formalizadas las maneras
en tenebrosas actitudes,
eran absurdas las quimeras
y el retornar de las virtudes.

Y eran las sombras despectivas
de las miradas y las cosas
y las palabras fugitivas
y las acciones fatigosas,
las que ahondaban la faena
de nuestro escéptico mutismo,
las que rompían la cadena
de nuestra fé, sobre un abismo.

Y por la puerta entreabierta
la faz del monstruo se acercaba.
Un estupor de cosa muerta
en torno nuestro trasudaba.

Era la hora de secretas
desolaciones para el nido.
(En el florero desvaído
se deshojaban las violetas).

Hasta que el monstruo, la Ruptura,
interponiendo su maleza
entre mi amor y su hermosura,
mi juventud y su terneza,
sobre los limos y los plasmas
de los eventos terrenales
nos arrojó como fantasmas,
por carreteras desiguales....

Pero Ella reina en mis oscuros
dominios tristes, alarmantes.

(Las telarañas en los muros
están como antes, como antes...)

Su amor fué un astro que ha salido
para llegar por otra puerta...-
(En el florero desvaído
yacen difuntas las violetas).

O. SEGURA CASTRO.

Santiago, 1.º de Octubre 1913.



AGONÍA DE UNA BELLEZA

Tu belleza se muere, pobre princesa mía;
ya tus ojos reflejan zonas crepusculares,
el otoño en tu carne pone su boca fría
y en los labios fallecen los azules cantares.

Esas voces de sueño, nunca más las alcobas
llenarán con sus oros rítmicos y suntuosos;
ya tus flancos se pierden, no como antes arrobas
con los senos redondos, firmes y milagrosos.

Nunca ya sobre el piano vendrán resurrecciones
de primaveras vastas y deseos de amar,
no llenarás tus ojos con las mudas visiones
de navíos y diques y un domingo en el mar.

Todo el mundo bravío, los imperios del Nervio,
las lejanas comarcas de fiebres, de pasión
no tendrán sus riquezas ni el empuje soberbio,
ni sávia de la tierra, ni sed, ni rebelión.

Ya las grandes quimeras buscan la sepulturas,
el Ideal, inválido, guarda sus armas rotas;
los besos han perdido sus divinas locuras
y las manos se alargan glaciales y devotas...

¡Y pensar que un poema indefinible llega
a morir como tantas frías vulgaridades,
en el turbión monstruoso de papura que ciega;
en la vida que pasa con sus obscuridades!....

ALBERTO MORENO.

Valparaíso, 1908.

TOTÓ

Traducido especialmente para AZUL

Era una especie de Oso mal criado que parecía haber descendido al llano por alguna de las profundas gargantas de la Majella con su cara sucia, sus cabellos negros y tiesos, sus ojitos redondos, amarillosos como la flor de la hiedra y perpetuamente movibles.

Durante la hermosa estación recorría los campos robando la fruta sobre los árboles, trepaba los cercos escogiendo allí la madura o tirando piedras a los lagartos adormecidos al sol. Lanzaba grititos roncros, trizados, que hacían recordar el ladrido del dogo que gime amarrado a la cadena en los pesados días del verano, o bien, los vajidos incomprensibles de un niño en pañales. El pobre Totó era mudo. Los malhechores le habían cortado la lengua. En aquella época guardaba las vacas de su patrón, llevándolas a pastar en los campos llenos de trebol rojo y de heno, silbando en su pífano de rosál, mirando las nubes amontonadas en las cimas de los montes, o, el vuelo de los patos salvajes arrojados por la tormenta.

Un día de verano mientras que el *sirocco* sacudía las encinas y que la Majella desaparecía fantásticamente detrás de los vapores violetas, el Moro, apareció con dos compañeros, se apoderaron de la vaca overa; como el pastor gritaba, le cortaron un pedazo de la lengua y el Moro le dijo:

—Ahora, anda a contarlo, hijo de verdugo!

Totó, volvió a la casa, bamboleando, agitando los brazos, chorreando sangre por la boca. Escapó de milagro pero se acordaba siempre del Moro, y un día viéndolo pasar por la calle, atado, entre soldados, le lanzó una piedra en el costado y huyó rechinando.

Más adelante, abandonó a su anciana madre en la cabaña amarilla bajo la gran encina, y se puso a vagabundear a pié desnudo, sucio, perseguido por los pilluelos, andrajoso y hambriento. Se había puesto malo: algunas veces, tendido al sol se entretenía en matar lentamente a un lagarto cogido en los campos o a una bella mariposa jaspeada.

Pero existía Nina que lo amaba tiernamente, su buena, su bella Nina, chiquilloncita flaca, de ojos demasiado grandes en un rostro salpicado de pecas y con un manojo de cabellos rubios sobre la frente.

Se vieron por primera vez bajo el arco de San Rocco; Nina encruquillada en un rincón, devoraba un pedazo de pan, y Totó,

que no tenía nada, la miraba con aire sombrío saboreándose.

—¿Quieres tú? le dijo la chiquilla con voz débil, levantando sus grandes ojos claros como un cielo de Septiembre ¿Quieres tú? yo tengo otro pedazo.

Totó se aproximó sonriendo y tomó la miga. Comieron los dos en silencio, tres o cuatro veces sus miradas se encontraron y se sonrieron.

—¿De dónde eres tú? murmuró Nina.

El le hizo entender por señas que no podía hablar, y abriendo la boca le mostró el cabo de la lengua amoratada. La chiquilla volvió la cabeza con un gesto indescriptible de horror. Totó le tocó ligeramente el brazo, con lágrimas en los ojos como para significarle:

—«No hagas eso; no te vayas, tú también... Sé buena...

Pero de su garganta se escapó solamente un extraño sonido que hizo volverse a la pobrecita.

—«Adiós» gritó huyendo.

Después se volvieron a ver y parecían hermana y hermano.

Permanecían al sol sentados el uno junto al otro. Totó reclinaba su cabeza bronceada sobre las rodillas de Nina y cerraba los ojos voluptuosamente como un gato, mientras la chiquilla le hundía sus manitas en los cabellos contándole siempre la historia del Mago y de la hija del Rey.

«Había una vez un rey que tenía tres hijas; la más joven se llamaba Stellina, tenía cabellos de oro y ojos de diamante y cuando pasaba, todo el mundo decía: Ahí va la Madonna!... y se arrodillaban.

Un día mientras ella cogía flores en el jardín, vió un loro verde muy hermoso, sobre un árbol...».

Totó mecido por esa voz cariñosa, acababa por dormirse, soñando con la bella Stellina; salían las palabras de la boca de Nina más lentas, mas apagadas y, cesaban poco a poco. El sol envolvía ese montón de harapos en una ardiente bocanada de luz.

Así pasaron largo tiempo, repartiéndose las limosnas, durmiendo sobre el pavimento, corriendo en los campos en medio de los viñedos cargados de racimos, a riesgo de recibir el tiro de fusil de algún campesino.

Totó parecía feliz; a veces tomaba a la chica a caballo en sus espaldas y partía en una carrera desenfundada, saltando fosos, cercos, montones de leña, hasta que se paraba, rojo como una brasa de fuego, al pie de un árbol o en medio de un cañaveral, lanzando una gran carcajada. Nina, espantada, reía también; pero si por casualidad sus ojos tropezaban con el cabo de la lengua amoratada que se agitaba en la boca de

Totó abierta por las convulsiones de la risa, sentía un escalofrío de disgusto atravesarle hasta la médula.

A menudo el pobre mudo se apercibía y quedaba afligido por todo el resto del día.

Pero el mes de Octubre ¡qué dulce era! Las montañas morenas, a los lejos se destacaban sobre el fondo claro, veladas por una ligera tinta violeta que en lo alto se diluía con indescriptibles ternuras en el ultramar oscuro del cielo. Nina dormía sobre el heno, con la boquita entreabierta y Totó se quedaba junto a ella encruquillado para contemplarla. Cerca de allí había un cerco de rosales secos y dos olivos viejos de carcomidos troncos, ¡Qué hermoso estaba el cielo visto por ese lado a través de los rosales blanqueados y las flores y las hojas azuladas de los olivos!

Y el pobre mudo pensaba... pensaba, Dios sabe en qué extrañas cosas... Talvez en Stellina? Talvez en el Moro? Talvez en la cabaña amarilla bajo la encina, en la que una anciana mujer hilaba esperándolo en vano? ¡Quién sabe!

El olor del heno le causaba una especie de embriaguez; sentía un hormigueo en la sangre, pequeños escalofríos, llamara-das que le subían al cerebro e iluminaban imágenes, fantasmas, perfiles sorprendentes que luego se evaporaban. ¿Habeis visto alguna vez quemar los rastrosos?

Nina respiraba tranquilamente con la cabeza echada hacia atrás. Una vez Totó tomó una ramita de yerba y le hizo cosquilla en el cuello; la chiquilla con los ojos siempre cerrados hizo el ademán de espantarse una mosca gimiendo dulcemente. El mudo había retrocedido y se reía con una mano puesta en la boca a fin de que no lo oyera; después se incorporó fué a coger blancas y gruesas flores en las laderas, y las arrojó alrededor de Nina, y se inclinó sobre ella hasta sentir el aliento tibio de la chiquilla acariciarle el rostro y entonces se acercó más y más, lentamente, como atraído por un misterioso encanto; cerró los ojos después, y la besó en la boca. La chica, a ese contacto despertó asustada, dando un grito; pero viendo que estaba allí Totó con los ojos cerrados, rojo el semblante, estalló en risa.

—«Loco» gritó ella con su voz debil, en que algunas veces había notas de mandolino.

En seguida se quedaron allí el uno junto al otro, entretenidos en revolcarse en el heno.

Un domingo de Noviembre a medio día se encontraban bajo el arco de San Rocco. En el azul del cielo el sol dejaba caer sobre las casas una luz dulce y rubia y en esa dorada claridad las campanas sonaban a todo vuelo, mientras de las calles vecinas llegaba un ruido confuso como el de una inmensa col-

mena. Estaban solos: a un lado la calle del Gato absolutamente desierta; del otro, los campos cultivados. Totó miraba la hiedra florida suspendida en lo alto del muro bermejo.

Entre tanto el invierno va acercándose «...dijo Nina pensativa examinando sus pies desnudos y sus descoloridos harapos.» Vendrá la nieve que blanqueará toda la tierra... y no tenemos casa, y no tenemos fuego... ¿La mamá tuya ha muerto?

El mudo bajó la cabeza, después de un rato la levantó vivamente, y con los ojos brillantes, mostró el horizonte lejano.

—«Qué no ha muerto?... acaso te espera?»

Totó significó que sí; después hizo otros signos que querían decir:

«Vamos a mi casa, que está allá abajo, al pié de la montaña; allá hay leche, hay fuego, y hay pan.

Caminaban, caminaban, haciendo alto delante de las casas y de las aldeas; sufrían a menudo hambre; y a menudo dormían a la intemperie, bajo algún carro, contra la puerta de un establo. Nina sufría, se había puesto lívida, los ojos apagados, los labios pálidos, los pies hinchados y ensangrentados; Totó la miraba y sentía que su corazón iba a estallar de dolor. le había echado sobre las espaldas, su vieja blusa agujereada y la conducía en sus brazos buenos trechos del camino.

Una tarde después de haber caminado algunas millas, se encontraron en un lugar desierto en que no había casas: la nieve cubría la tierra como a una mano de espesor, y caía en gruesos copos... Nina, dando diente con diente de fiebre y de frío, se había enroscado alrededor de él como una pequeña serpiente, y sus débiles lamentos parecidos a la agonía atravesaban el corazón de Totó como otros tantos golpes de estilete.

Pero caminaba, caminaba, sintiendo el corazón de la chica latir contra el suyo. De repente no sintió nada... los bracitos de la niña permanecían enrollados en torno de su cuello con la rigidez del acero y su cabecita monona pendía hacia un lado. Lanzó un grito, como si una vena del pecho se le acabara de romper, estrechó frenéticamente el inanimado cuerpecito y echó a correr, a correr a través de la llanura inmensa, en medio de los torbellinos de nieve, en medio de los silbidos de la ráfaga, furiosamente como un lobo hambriento, corrió, corrió hasta que los músculos se vencieron, hasta que la sangre se congeló en sus venas... Entonces cayó extenuado, siempre estrechando junto a sí el pequeño cadáver enroscado a su cuello.

Y la nieve los cubrió...

GABRIEL D'ANNUNZIO.

PAISAJE GRIS

Bajo un cielo acolchonado
por nubes blancas y pardas,
que finjen un silencioso
rebaño de ovejas mansas

Se acuesta un camino largo,
de tierra color ceniza,
bordeado por negros álamos
de corteza carcomida.

Las piedras amodorradas
duermen un sueño de plomo,
como frentes de viciosas
mujeres que fuman opio.

Hay en todo el gran bostezo
de un pobre enfermo de spleen;
la extenuación de algo añejo
y un aburrimiento gris.

Van dos viejitas aldeanas
de arrugada y seca piel
por el camino; hacia abajo,
en sus faldas color nuez.

Y miran con sus pupilas
ahumadas por el tiempo
la lejanía de niebla
del camino polvoriento.

(Allá lejos, como envuelta
en un sopor de leyenda,
esfuma su alta silueta
la parroquia de la aldea).

PEDRO SIENA.

Invierno de 1912



“LA VOZ DE LA NATURALEZA”

(Poesías por Benjamín Oviedo Martínez)

Todo libro que aparece a la luz pública, lleva en sí indefectiblemente el resultado de un esfuerzo que a costa de onerosos sacrificios, tanto físicos como morales, ha producido su simiente fructífera. En consecuencia, por muy exigente o pesimista que sea el crítico bajo cuya jurisdicción se somete una obra, si no tiene una palabra de estímulo o de encomio, debe, a lo menos, retraerse de toda sanción y acritud, salvo los casos en que el tal autor tienda a fines que no encuadren con el lema inviolable y sacro de «el arte por el arte».

A menudo, voces de personas sin autoridad la que menor en materia literaria—personas que son las que menos hacen, más atacan y más exigen—exclaman por ahí en son de reto despectivo:

—«Pero si ese libro es malo... Su autor no vale dos pitillos!»

Y reservan para el escritor su más altanero y estúpido desdén, sin preocuparse de que, antes de su condenación repentina, debieran hacer muchas y muy diversas consideraciones favorables; debieran considerar el esfuerzo individual que la tal obra representa, la alteza de sus fines y las tantas dificultades con que se estrella todo aquel que, con un porcentaje de juveniles ilusiones, aparece en la palestra del arte, las cuales dificultades si, en el mejor de los casos, son conocidas por el público, al menos no son apreciadas justamente.

Estas y otras consideraciones similares he repasado yo en mi memoria al leer el libro de poesías que hoy lanza a la luz pública don Benjamín Oviedo Martínez.

Fuera censurable inconsecuencia e intención muy injusta, si se juzgara a este libro con la severidad y estrictez requerida por la alta crítica: nuestro autor es joven, trabaja con perseverancia y progresa notablemente; lejos de merecer censura, es, pues, digno de los más efusivos estímulos.

«La Voz de la Naturaleza» se llama este libro, y en verdad que a ella están dedicadas las más de las poesías incluidas en el volumen. El señor Oviedo, joven como es, posee la clara visión del artista genuino y con una relativa fijeza y relieve nada naturales para su edad, nos ofrece las emociones que los diversos aspectos de la naturaleza han labrado en su espíritu. Pinta como ven sus pupilas, aún no alargadas por la especta-

ción pertinaz y concentrada del ojo avisor y como siente su corazón que aún no se ha sensibilizado con las convulsiones y los ardimientos matrices. Es, ciertamente, a causa de esto por lo que en el presente volumen no se encuentra sino dos o tres composiciones que sean la manifestación efectiva y verdadera, el arranque lírico del poeta completo. En cambio, hay en todas las poesías cierta uniformidad de tono que constituye el principal mérito de este joven poeta y que nos hace augurar en él un temperamento, si nó potente, de una sobriedad altamente provechosa.

Como joven que es, Oviedo Martínez siente la locura del renombre y da a la luz pública todo lo que escribe, desentendiéndose del consabido consejo de Horacio; a esto se debe que muchas de las poesías contenidas en su volumen, no sean la revelación de un estado peculiar de su temperamento.

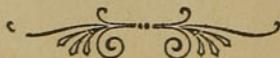
Precisa no olvidar que debemos abstenernos de toda especulación artística en los momentos de atonía espiritual—que son los más en la vida—y laborar tan solo en aquellas veces en que la gracia apolínea ha descendido a nuestras cabezas para enervarnos con sus enaltecimientos de idealidad y belleza. Tan solo de esta especial manera se consigue el éxito artístico y la satisfacción personal con que nos maravilla todo lo que emana calor humano y propio.

Poco conducente sería hacer un análisis minucioso del libro de Oviedo Martínez. Básteme decir, para beneficio suyo, que, sin tener el lirismo vibrante de Alfredo Gmo. Bravo, ni el refinamiento emotivo de Daniel de la Vega, ha sabido mantenerse en cierta entonación lírica y sobria; y que, sin ser clásico retrospectivo, no raya en el modernismo churrigueresco, quintaesenciado e híbrido, de ciertos jóvenes cofrades míos..., consolidando, en cierto modo, lo moderno a lo clásico, como aconseja Azorín.

Si además de sus merecimientos poéticos, consideramos la floreciente juventud de este autor, vemos que en su pertinaz consecución del Ideal, habrá de encontrar ese verdadero sendero que todos ambicionamos, y que yo le deseo con incólume sinceridad.

JUAN ROJAS SEGOVIA.

Santiago de Chile, Agosto 10 de 1913.



Rondeles de pasión

(A ti que vas conmigo, apasionada y perdonadora; a ti que eres como un camino espiritual por donde volvieron mis horas buenas, estos primeros versos que te escribí en esas lejanas tardes cuando apenas nos conocíamos, cuando aun nos saludábamos muy serios, y cuando al vernos nos sonreíamos sin saber por qué...)

Para esconder tus viejas melancolías
anoche blandamente te sonreiste.
¡Bien sabes que no quiero que te sonrías
porque cuando sonrías te ves más triste!

Con tus ojos serenos ya me dijiste
que tus tardes son grises ¡como las mías!...
Y anoche blandamente te sonreiste
para esconder tus viejas melancolías...

Si con tus grandes ojos ya me dijiste
que tus tardes son grises como las mías,
¿por qué entonces anoche te sonreiste.
¡Bien sabes que no quiero que te sonrías
porque cuando sonrías te ves más triste!...

Hay una angustia crepuscularia
En tu alegría que desfallece,
¡y esos tus ojos de visionaria
se ven más tristes cuando atardece!...

Arrojo al viento mi pasionaria
para que borre cuando te bese
toda la angustia crepuscularia
de tu alegría que desfallece...

Irá temblando mi pasionaria
Para decirte cuando te bese
que sé tu angustia crepuscularia,
porque tus ojos de visionaria
se ven mas tristes cuando atardece!...

DANIEL DE LA VEGA

Enero, de 1913



Historia contemporánea de España

Lecciones de D. Rafael Altamira en el Ateneo de Madrid

Para comprender el carácter de Fernando VII, que era uno de los factores que intervinieron en la reacción, hace falta conocer algunos detalles.

Como muestra de lo que podía ser el rey, se recordarán las cartas del *Moniteur*. En la de 3 de Mayo de 1810 hay un grave párrafo en el que dice que su boda puede evitar la guerra por convertirle en Príncipe francés.

Fernando VII era ignorante, desleal y cruel. De su ignorancia no tenía él la culpa, sino sus preceptores y los políticos que no se preocupaban de la educación del rey. Era cruel y demostró que no le detenía el derramamiento de sangre; pero lo que le gustaba sobre todo, era producir dolores y molestias, de lo que dió pruebas abundantes. Era desleal, en lo que no se diferencia de otros muchos príncipes, y como tal apareció desde los primeros instantes con los españoles, con los franceses, con sus mismos partidarios y en las convenciones internacionales.

Por estas condiciones de su carácter era materia hábil, fácil a la sugestión, como lo probó con su conducta en el tratado de Valençay. Firmado el tratado, vino a Madrid el Duque de San Carlos para presentarse a la Regencia y las Cortes, trayendo instrucciones desleales que servían para todos los casos. Llegó a Madrid cuando estaban en camino la Regencia y las Cortes, y se le recibió con desagrado.

Al mismo tiempo que el Duque perseguía la ratificación del tratado, se siguieron otras gestiones para levantar suspicacias contra los ingleses. Se prendió a los intrigantes, y así estuvieron hasta que vino Fernando y los puso en libertad, rescatando todos los documentos que le comprometían.

Presentado el tratado a la Regencia, ésta contestó de una manera digna y constitucional, diciendo que era nulo todo lo hecho por el rey en su cautiverio.

Se consultó al Consejo de Estado sobre lo que debía hacerse si el rey volvía, y este cuerpo contestó que tenía que jurar la Constitución, acordándolo así las Cortes. No creyeron que era bastante el decreto disponiéndolo, y lanzaron un manifiesto en el que aparece el temor de un regio atentado contra las libertades conquistadas.

Que estos temores no eran pura imaginación, pruébanlo algunos hechos. Al día siguiente de publicarse el manifiesto, un

Diputado de Sevilla pidió que se reconociera a Fernando VII la soberanía absoluta, por lo que fué expulsado de las Cortes. Los Diputados absolutistas quisieron cambiar la Regencia porque era muy liberal, sin lograr nada. Coincidió con esto varias prisiones de conspiradores contra las Cortes, entre ellos algunos soldados que recibían dinero de origen desconocido.

En las provincias había señales de que se esperaba la vuelta de Fernando para acabar con la Constitución. Se publicaron violentos papeles contra los liberales, y en todas partes donde se reunían personas enemigas del liberalismo las conversaciones eran más vivas, como contando con la impunidad.

En esto fué la vuelta a España de Fernando VII, que salió de Valençay en 7 de Marzo de 1814, mandando por delante al General Zayas, con una carta para las Cortes, que era todavía constitucional.

A la entrada del rey se desbordó el entusiasmo y las Cortes decretaron la erección de un monumento junto al fluviá, por donde Fernando entró en España, y tomaran otras medidas.

Se le entregó al rey un mensaje de la Regencia pidiendo el beneplácito para las libertades. La contestación fué muy vaga y aumentó los recelos de las Cortes. Estas habían marcado un itinerario al rey, que éste no siguió, y fué a Zaragoza. Desde esa ciudad a Valencia empezaron los conciliábulos para reducir a Fernando contra la Constitución. El rey iba indeciso, pero la mayoría de las personas que le acompañaban eran enemigas de las Cortes, produciéndose las naturales consecuencias.

La camarilla absolutista contaba con la opinión popular, profundamente realista, y con el Ejército, donde había algunos Oficiales liberales, pero en que eran absolutistas todos los altos Jefes y la tropa.

El General Elío era enemigo de la Constitución, y fué el primero que como tal se manifestó al rey estando en Valencia. Entonces se produjo el llamado manifiesto de los *persas*, que llegó a reunir 68 firmas.

Con estos antecedentes se comprende que el rey fuera contrario a las Cortes, manifestando por primera vez esta oposición en su conducta con una comisión de la Regencia, que pronto comprendió el camino que llevaban las cosas.

El rey decidió la marcha a Madrid con tropas, lo que no estaba autorizado por las Cortes. Por el camino hubo manifestaciones anti-constitucionales.

A pesar de esto, parecía que las Cortes no comprendían el peligro; pero los absolutistas no descansaban y enviaron a Montijo a promover un motín en Madrid. Se nombró anticonstitucionalmente Capitán General de Madrid a Eguía, que dió el

golpe de Estado y redujo a prisión a los diputados que no lograron escapar. El motín proyectado, también se produjo, al grito famoso de ¡vivan las caenas! Entonces se publicó un decreto del rey derogando las reformas de Cádiz y diciendo que odiaba el despotismo y convocaría a Cortes. Después de esto no había esperanza para los liberales.

Fernando VII entró en Madrid aclamado y se produjo por primera vez el hecho de arrancar los tirantes del coche y arrastrarlo la gente en lugar de los caballos.

Wellington hizo una exposición para que se mitigaran los rigores absolutistas exposición que no fué atendida, acabando de este modo la obra de las Cortes de Cádiz.

Era lógico que así sucediera, porque sólo una minoría intelectual estaba conforme con esta labor; pero esto no justifica el exceso a que se llevaron las cosas. Así lo reconocen todos los historiadores. Menéndez y Pelayo dice que si Fernando hubiera ido a una reforma templada, se hubiese logrado una transición sin sacudidas.

Veamos ahora cuáles son los caracteres del nuevo Gobierno absolutista desde 1814 a 1820

Es un Gobierno ultraabsoluto y ultra-clerical, que retrotrae las cosas a tiempos anteriores a Carlos III. Es violento contra los liberales, sin llegar en un principio al derramamiento de sangre, aunque la querían los absolutistas rabiosos. *La Atalaya* escribió que a los liberales había que ahorcarlos y luego formarles proceso. Se produjeron atropellos en muchos sitios, pero Wellington consiguió que en este primer período no se dieran sentencias de muerte.

Los diputados fueron encausados, y como los procesos eran lentos, fueron condenados de Real orden. Si esto se hacía con las personas se hacía mucho más con los documentos. Fué quemada la Constitución y todos los papeles liberales, llegándose a extremos ridículos.

Había una carencia absoluta de hombres de sentido capaces de gobernar. No existía más que camarillas de ineptos, como el Duque de San Carlos, Chamorro el aguador y otros por el estilo.

Otra cosa que caracteriza al Gobierno de entonces es el recelo del rey, que se entera por unos Secretarios de lo que hacen los otros, manteniendo un sistema de mutua delación, que produjo un cambio constante en el personal. Las causas en que fundaba Fernando las destituciones de sus Secretarios, demuestran sus malos sentimientos.

La inmoralidad administrativa era grandísima. El Estado era un arca en la que todos podían meter la mano, dando

ejemplo el mismo rey; como lo demuestra el famoso asunto de los barcos rusos, que se compraron como nuevos y eran inservibles. En este negocio intervinieron Fernando y otras elevadas personas.

Consecuencia de esto fué la pobreza del Erario y del país. Se llegó a un *déficit* de 116 millones, aparte de los intereses de la Deuda. El Ejército no cobraba sus pagas ni tenía armamento. La Marina estaba reducida a los barcos del Retiro, y algunos marinos se murieron de hambre por falta de pagas. A otros los autorizó el rey para pescar en el mar y alimentarse de ese modo.

La opinión extranjera era contraria al régimen nuevo. Luis XVIII sentía repugnancia por esto. Rusia da testimonios más expresivos de su disgusto cuando se trató del matrimonio de Fernando con una Gran Duquesa de aquel país. Hay documentos que demuestran el temor de que nuestro fanatismo religioso y el sistema de gobierno aquí seguido, hagan poco segura la vida de la Gran Duquesa por causa de su religión y de la influencia clerical contraria a los disidentes.

RAFAEL ALTAMIRA.

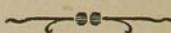


TIEMPOS LEJANOS

Las ocho de la noche; de la iglesia cercana
llegan las campanadas solemnes, graves, lentas,
las ocho de la noche, la brisa suave y fría
pasa moviendo todas las hojas de la huerta
como si las besara. Lejanamente un grillo
canta y su canto tiene la profunda tristeza
de los seres pequeños, de los seres que sufren,
que sufren ignorados y que matan su pena
cantando y disolviendo su tristeza en el aire
para que los que escuchen se lleven algo de ella.
El brasero se enciende, lanza una lumbre roja
que ilumina los rostros en la sombra; la abuela
dice que en este cuarto mataron los bandidos
a unos monjes llegados de una lejana tierra
y cuando dan las ocho los cuatro monjes cruzan
lentamente las salas y se van a la huerta.
Se oye un rumor extraño, crujen los muebles viejos
una voz cavernosa entre las sombras reza

y aparecen de pronto con sus hábitos blancos
cuatro monjes de facha dolorida y siniestra.
Nuestros ojos se agrandan, un viento triste y frío
vaga entre los arbustos y extremece la puerta
mientras desaparecen gravemente a lo lejos
las cuatro sombras blancas entre la sombra negra.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA.



DEL SILENCIO

Bajo las suavidades del silencio
Vibró como una esquila mi recuerdo
Y tuve ante mis ojos la silueta
De la amada perdida, y pude verla,
Escuálida, muy triste, reflejando
En su rostro la angustia y el fastidio;
Y sus pupilas eran dos luciérnagas
Que amortajó el dolor de las ojeras.
Me miró fija y dolorosamente
Y contemplé sus manos, manos blancas
Que no pude besar y que se pudren
En el osario blanco de una aldea
Donde cantan los pájaros. Sus manos
No sintieron la fiebre de mis labios
Y sienten que las muerden los gusanos;
Manos que en los crepúsculos abrían
La ventanita de su alcoba blanca
Para verme pasar lleno de hastío;
Manos que se cruzaron sobre el pecho,
Cómo dos flores de marfil marchitas.
Bajo las suavidades del silencio
La veo que se acerca mansamente
Y me miran sus ojos admirables,
Lagos azules que aquietó la muerte.
En las tardes doradas se pasea
Su visión por mi cuarto de bohemio,
Me mira fija y dolorosamente
Y se extingue en la sombra evocadora.
Rememoro su rostro fino y bello
Como una porcelana; rememoro
La gran fatalidad de su partida,
Y envuelto en la penumbra de la pieza
Pienso en abrazarla eternamente
Más allá del lindero de la muerte.

ANGEL C. CRUCHAGA S. M.

“CASTILLO INTERIOR”

(Fragmento XXXV)

Ex fortis dulcede...

Alisodemo.—Maestro, ¿es acaso la virtud del egoísmo una fuerza?

Biaghiamo.—¿Fuerza, en cuanto conciencia?

Kiakimo.—No; fuerza en cuanto voluntad...

Ganimedes.—Kiakimo tiene razón. Fuerza en cuanto voluntad: fuerza activa, fuerza dinámica.

Biaghiamo.—¿Acaso la sola potencia de la voluntad no suele ser una energía amorala?

Ganimedes.—La moral, docto Biaghiamo, la constituímos nosotros; está en nosotros. No es una cosa abstracta. Es una cualidad; una resultante, como los colores. Hay reglas éticas que no siempre pueden ser aplicadas. Y es por eso que os he dicho que una fuerza espiritual colectiva consciente es la suma exclusiva de las unidades.

Alisodemo.—Sin embargo, eso fué condenado en Alcibiades como una blasfemia.

Ganimedes.—No es autoridad lo que condenan las masas. La colectividad representa la inconciencia, el instinto, la fuerza sin frenos. ¿No os recordáis como anatematizaron a Anaximandro cuando dijo que los pescados eran el origen inferior de la escala animal? ¿Y no recordáis también cómo Simón Demócrito fué escarnecido? Pero ellos sabían conservar como un tesoro místico la virtud de sus egoísmos. Otro tanto debéis hacer vosotros: en ella encontraréis el todo de los demás y el todo de vosotros mismos. Sed fuertes para con vosotros y os sentiréis más resistentes contra todas las embestidas. Porque de vuestros todos algo dimanará hacia los extraños y encarnará en ellos como un reflejo de vuestras conciencias. Vuestros *yo*, vuestras conciencias, son una parte de lo que habréis registrado de noble en lo desconocido. Si allí donde fluye un pensamiento encontráis la savia de vuestro ser pensante, diréis entonces que ese algo eterno es una partícula de vuestro *yo* universal, levadura y sangre espiritual. ¿Por qué dijisteis que tal hombre os comprendía? ¿Acaso desentrañaste en sus voliciones una anticipación espiritual vuestra? Comprendiste, a través del cristal de sus sentires, ese algo de vuestro *yo* que, en fuerza de ser tan fluido, dimana de vosotros como un rayo de luz su-

tilísima que fuese a llenar un rincón obscuro. Es la transustanciación de vosotros mismos, el traspaso de vuestros yo, que se vacian en ajenos espíritus.

Vosotros sois el centro de un sistema planetario espiritual que gira en torno de vuestro absoluto egoísmo, de vuestra razón de ser. Vuestro yo es la fuerza centrífuga y centrípeta de vuestras ideas: en ellas descansa la atracción consciente de vuestras personalidades. Se vive en sí mismo y en tal sí se hace el universo. Nuestro yo sigue el mundo porque él es tan sólo la única representación palpable de nuestro ser. Que no daríais—como deseaba el sutil crítico francés—por comprender un instante el universo con el cerebro informe de un orangután. Pero, vosotros no podéis abandonaros: estáis determinados a una lógica tirana. La lógica del hecho y de la acción individual. En los demás sólo comprendéis vuestras trasmutaciones ideales; en los fenómenos objetivos sólo buscáis una combinación de efecto y de correlación con los hechos de vuestra vida psíquica. En todas partes os encontráis, os reflejáis, os ascultáis, os sentís latir como si vuestro sér pensante se hubiese disuelto en lo infinito, en lo inmutable y en lo eterno de la Vida.

Esa es la virtud de vuestro egoísmo. Vuestra conciencia os afirma en esa Virtud.

ARMANDO DONOSO.



J. J. ROUSSEAU

SOUVENIR DE VIE RUSTIQUE

Rousseau est un grand philosophe du XVII^e siècle. Une de ses principales préoccupations, la principale même, a été de ramener los hommes au culte et à l'amour de la nature. Il est donc intéressant de savoir comment il la comprenait et l'aimait lui-même, et cela se voit à la façon dont il la décrit. A un moment de sa vie toujours très agitée, il a vécu dans l'île de Saint-Pierre qui est au milieu du lac de Biemme, canton de Berne. Voici la description qu'il fait de l'île de Saint-Pierre, du lac de Biemme et de la vie qu'il y menait:

De toutes les habitations où j'ai demeuré (et j'en ai eu de charmantes), aucune ne m'a rendu plus véritablement heureux et ne m'a laissé de si tendres regrets que l'île de Saint-Pierre, au milieu du lac de Biemme. Cette petite île, qu'on appelle à

Neuchâtel l'île de la Motte, est bien peu connue, même en Suisse. Aucun voyageur, que je sache, n'en fait mention. Cependant elle est très agréable et singulièrement située pour le bonheur d'un homme *qui aime à se circonscrire* (à vivre dans la retraite, loin du monde et sans relations); car je ne puis croire être le seul qui ait un goût si naturel, quoique je ne l'aie trouvé jusqu'ici chez aucun autre. (Rousseau raille toujours ceux qui n'aiment pas vivre seuls et il a un secret plaisir à remarquer qu'il est peut-être le seul homme qui puisse supporter et aimer la solitude.)

Les rives du lac de Biemme sont plus sauvages et romantiques que celles du lac de Genève parce que les rochers et les bois y bordent l'eau de plus près, mais elles ne sont pas moins riantes. S'il y a moins de cultures, de champs et de vignes, moins de villes et de maisons, il y a aussi plus de verdure naturelle, plus de prairies, d'asiles ombragés de bocages, de contrastes plus fréquents et des accidents plus rapprochés.

Il faut que le lac de Biemme ait bien pris l'imagination et le cœur de Rousseau, pour qu'il le préfère en somme, à son cher lac de Genève C'est qu'il est plus *romantique*, comme il dit, se servant d'une expression alors toute nouvelle, c'est-à-dire plus «sauvage», moins civilisée, rappelant moins le travail, l'industrie et les inventions de l'homme, toutes choses pour lesquelles Rousseau a peu de goût; il s'y sent plus près de la nature *primitive*.

Comme il n'y a pas sur ces heureux bords de grandes routes commodes pour les voitures, le pays est peu fréquenté par les voyageurs; mais il est intéressant pour les *contemplatifs solitaires qui aiment à s'enivrer à loisir des charmes de la nature*, et à se recueillir dans un silence que ne trouble aucun bruit que le cri des aigles, le ramage entrecoupé de quelques oiseaux et le roulement des torrents qui tombent de la montagne.

Quoique s'abandonnant sans contrainte au cours de sa rêverie, Rousseau, d'instinct, ne laisse pas de suivre un certain ordre. Il donne d'abord l'impression d'ensemble: solitude et silence. Maintenant il va entrer dans la description des grandes lignes. Puis il entrera dans un certain détail; puis il arrivera à lui-même.

Ce beau bassin, d'une forme presque ronde, enferme en son milieu deux petites îles, l'une habitée et cultivée, d'environ une demi-lieue de tour, l'autre plus petite, déserte et en friche et qui sera détruite à la fin par les transports de la terre qu'on en ôte sans cesse pour réparer les dégâts que les vagues et les orages font à la grande. C'est ainsi que la substance du faible est toujours employée au profit du puissant. Il n'y a dans l'île

qu'une seule maison, mais grande, agréable et commode, qui appartient à l'hôpital de Berne, ainsi que l'île, et où loge un receveur (fermier) avec sa famille et ses domestiques. Il y entretient une nombreuse basse-cour, une volière et des réservoirs pour le poisson. L'île, dans sa petitesse, et tellement variée dans ses terrains et ses aspects qu'elle offre toutes sortes de sites et souffre toutes sortes de cultures. On y trouve des champs, des vignes, des vergers, des bois, de gras pâturages ombragés de bosquets et bordés d'arbrisseaux de toute espèce dont le bord des eaux entretient la fraîcheur; une haute terrasse plantée de deux rangs d'arbres borde l'île dans sa longueur, et dans le milieu de cette terrasse on a bâti un joli salon où les habitants des villes voisines se rassemblent et viennent danser les dimanches pendant les vendanges.

Remarquez que Rousseau, avec sobriété, sans développements descriptifs, peint toute l'île, très précisément et vivement, parce que l'île est *la vie du lac*, son centre animé, son organe essentiel et comme son âme. Remarquez de plus que, malgré son goût pour la solitude, Rousseau reste l'ami des *plaisirs rustiques*, des danses villageoises, comme il l'était dans *la Nouvelle Héloïse* et dans sa *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*. A celles de Saint-Pierre il a assisté, car il a séjourné dans cette île précisément pendant les mois de septembre et octobre 1765, époque des vendanges.

C'était dans cette île que je me réfugiai après la lapidation de Motiers. J'en trouvai le séjour si charmant, j'y menais une vie si convenable à mon humeur que, résolu d'y finir mes jours, je n'avais d'austre inquiétude sinon qu'on ne me laissât pas exécuter ce projet, qui ne s'accordait pas avec celui de m'entraîner en Angleterre dont je sentais déjà les premiers effets. Dans les pressentiments qui m'inquiétaient j'aurais voulu qu'on m'eût fait de cest asile une prison perpétuelle, qu'on m'y eût confiné pour toute ma vie et qu'en m'ôtant toute puissance et tout espoir d'en sortir, on m'eût interdit toute espèce de communication avec la terre ferme, de sorte qu'ignorant tout ce qui se faisait dans le monde j'en eusse oublié l'existence et qu'on y eût aussi oublié la mienne.

On comprend, ce que est essentiel pour la description et pour le compte rendu de sensations qui va suivre, dans quelles dispositions mentales, dans quel état général d'esprit est Rousseau à ce moment-là. On l'a chassé de France; on l'a chassé, violemment, de Motiers; il a horreur et peur des hommes; il considère, comme a fait Montagne, comme le fera plus tard Renan, la prison comme le séjour le plus délicieux qui puisse être pour un penseur; cependant il lui faut une prison

où, si l'on est séparé dureste des hommes, on puisse jouir du commerce et de l'intimité de la nature. C'est précisément ce que le beau bassin du lac de Biemme lui offre :

On ne m'a guère laissé passer que deux mois dans cette île; mais j'y aurais passé deux ans, deux siècles et toute l'éternité sans m'y ennuyer un moment, quoique je n'y eusse, avec ma compagne, d'autre société que celle du receveur, de sa femme, et de ses domestiques, qui tous étaient, à la vérité, de très bonnes gens; mais rien de plus; mais c'était précisément ce qu'il me fallait. Je compte ces deux mois pour le temps le plus heureux de ma vie et tellement heureux qu'il m'eût suffi durant toute mon existence sans laisser naître un moment dans mon âme le désir d'un autre état.

Il faut songer que Rousseau a passé toute son adolescence et toute sa jeunesse, jusqu'à trente ans, partie à la campagne, partie dans ces petites villes (Chambéry, Annecy) où la campagne es tout proche et qui n'empêchent pas d'en goûter presque quotidiennement les charmes. Plus tard, à l'Ermitage (près de Montmorency) et à Montmorency même, il a passé des années au milieu des champs et à proximité des bois. La campagne pour Rousseau est presque une nécessité phisique et, à cause de cela, le séjour parmi les hommes lui étant pénible, la campagne lui devient une nécessité morale. On lui a beaucoup reproché cela de son temps. Diderot a dit, songeant à lui et de manière que tout le monde y songeât: «Il n'y a que le méchant qui vit seul.» A quoi Rousseau répondit spirituellement: «Le méchant peut s'éloigner deshommes pour méditer sa méchanceté; mais il faut qu'il s'y mêle pour l'exercer. Donc c'est l'homme qui vit toujours seul qui est bon.»

Quel était donc ce bonheur et en quoi consistait sa jouissance?

Je le donnerai à deviner à tous les hommes de ce siècle sur la description de la vie que j'y menais. (C'est-à-dire qu'à lire la description qui va suivre de la vie qu'il y menait, aucun homme de ce temps ne pourra comprendre qu'il fût heureux.) Le précieux *farniente* (le ne rien-faire) fut la première et la principale de ces jouissances, que je voulais savourer dans toute sa douceur, et tout ce que je fis pendant mon séjour ne fut en effet que l'occupation délicieuse et nécessaire d'un homme qui s'est dévoué à l'oisiveté.

Il herborisait; il se proposait nonchalamment de faire une flore de l'île de Saint-Pierre, à l'imitation de «cet Allemand qui a fait un livre sur un zeste de citron». Il se mêlait aux travaux champêtres du «receveur» et de ses domestiques et souvent les Bernois, qui venaient le voir, «le trouvaient juché

sur un grand arbre, ceint d'un sac qu'il remplissait de fruits et qu'il dévalait ensuite à terre avec une corde». Après le dîner (repas de midi) il s'esquivait et allait se jeter dans un bateau, qu'il conduisait au milieu du lac quand l'eau était calme.

Là m'étendant tout de mon long dans le bateau, les yeux tournés vers le ciel, je me laissais aller et dériver lentement au gré de l'eau, quelquefois pendant plusieurs heures, plongé dans mille rêveries confuses, mais délicieuses, et qui, sans avoir aucun objet déterminé, ni constant, ne laissaient pas d'être, à mon gré, cent fois préférables à tout ce que j'avais trouvé de plus doux dans ce qu'on appelle les plaisirs de la vie. Souvent, averti par le baisser du soleil de l'heure de la retraite, je me trouvais si loin de l'île que j'étais forcé de travailler de toute ma force pour arriver avant la nuit close.

La rêverie, c'est-à-dire le plaisir de laisser courir ses idées sans les gouverner, est essentiellement moderne, paraît à peine chez les anciens, laisse des traces sensibles chez les deux plus grands poètes peut-être que nous ayons, Montaigne et La Fontaine, s'épanouit chez Rousseau et ensuite dans toute son école ou, pour mieux dire, dans toute sa famille: Chateaubriand, Lamartine, Hugo et Musset. Elle est délicieuse et extrêmement dangereuse... Mais c'est ce que Rousseau dira lui-même plus loin et par conséquent nous n'avons pas besoin de le dire.

D'autres fois, au lieu de m'écarter en pleine eau, je me plaisais à côtoyer les verdoyantes rives de l'île dans les limpides eaux et les ombrages frais m'ont souvent invité à m'y baigner, mais une de mes navigations les plus fréquentes était d'aller à la grande et à la petite île, d'y débarquer et d'y passer l'après-dînée, tantôt à des promenades très circonscrites au milieu des marseaux (marsaults, sorte de saule,) des bourdaines (bourgènes, espèce de nerprun), des persicaires, des arbrisseaux de toute espèce, et tantôt, m'établissant au sommet d'un tertre sablonneux, couvert de gazon, de serpolet, de fleurs, même d'escarpette (sorte je crois, de sainfoin) et de trèfles qu'on y avait vraisemblablement semés autrefois et très propres à loger des lapins qui pouvaient là multiplier en paix sans rien craindre et sans nuire à rien. Je donnai cette idée au receveur, qui fit venir de Neuchâtel des lapins mâles et femelles et nous allâmes en grande pompe, sa femme, une de ses sœurs et moi, les établir dans la petite île où ils commencèrent à peupler avant mon départ et où ils auroient prospéré sans doute s'ils ont pu soutenir la rigueur des hivers.

La fondation de cette colonie fut une fête. Le pilote de Ar-gonautes n'était pas plus fier que moi menant en triomphe la compagnie et les lapins de la grande île à la petite et je notais

avec orgueil que la receveuse, qui redoutait l'eau à l'exès et s'y trouvait toujours mal, s'embarqua sous ma conduite avec confiance et ne montra nulle peur pendant la traversée.

Ceci et une petite scène que l'on dirait détachée de *la Nouvelle Héloïse*. *La Nouvelle Héloïse* est un roman consacré tout entier à montrer le bonheur de la vie rustique et presque tout entier composé de tableaux et escènes domestiques et champêtres. A le bien prendre, ce sont les *Géorgiques* de la France et, comme Virgile, à l'instigation d'Auguste, écrivit les *Georgiques* pour ramener les peuples d'Italie à l'amour de la terre, de même Rousseau, sans prendre conseil de personne, écrivit *la Nouvelle Héloïse* pour ramener les Français au respect et à l'amour des choses agricoles. L'histoire des lapins du lac de Bienné et comme un épisode de *la Nouvelle Héloïse* et tout à fait dans la couleur de ce roman.

Quand le lac agité neme permettait pas la navigation, je passais mon après-midi à parcourir l'île, en herborisant à droite et à gauche, m'asseyant tantôt dans les réduits les plus riants et les plus solitaires, pour y rêver à mon aise, tantôt sur les terrasses et les tertres pour parcourir des yeux le superbe et ravissant coup d'œil du lac et de ses rivages, couronnés d'un côté par les montagnes prochaines, de l'autre élargis en riches et fertiles plaines dans lesquelles la vue s'étendait jusqu'aux montagnes bleuâtres plus éloignées, qui la bornaient.

Ici, non sans art peut-être, peut-être guidé à son insu par son instinct seul, Rousseau, pour ne pas laisser notre esprit trop longtemps sur de petits objets, passe de l'histoire des lapins à une description du lac tout entier et de tout l'horizon, de telle manière que *le cadre*, qui est grandiose, nous soit rappelé et ne s'éloigne pas, pour ainsi dire, de nos yeux.

Quand le soir approchait, je descendais des cimes de l'île et j'allais volontiers m'asseoir au bord du lac, sur la grève, dans quelque asile caché. Là, le bruit des vagues et l'agitation de l'eau, fixant mes sens et chassant de mon âme toute autre agitation, la plongeaient dans une rêverie délicieuse où la nuit me surprenait souvent sans que je m'en fusse aperçu. Le flux et le reflux de cette eau, son bruit continu, mais renflé par intervalles, frappant sans relâche mon oreille et mes yeux, suffisaient à me faire sentir avec plaisir mon existence sans prendre la peine de penser. De temps à autre naissait quelque courte et faible réflexion sur l'instabilité des choses de ce monde dont la surface des eaux m'offrait l'image; mais bientôt ces impressions légères s'effaçaient dans l'uniformité du mouvement continu qui me berçait et sans aucun concours actif de

mon âme ne laissait pas de m'attacher, au point qu'appelé par l'heure et par signal convenu, je ne pouvais m'arracher de là sans efforts.

A ces sensations que l'on saisit nonchalamment et dont on ne tire point de pensées, se mêle, nonchalamment encore, un minimum de travail d'imagination, pour mieux dire une intervention paresseuse de l'imagination, rêveuse elle-même et à demi endormie.

En sortant (à moitié) d'une longue et douce rêverie, me voyant entouré de verdure, de fleurs, d'oiseaux et laissant errer mes yeux au loin sur les *romanesques* (comme *romantiques*) rivages qui bordaient une vaste étendue d'eau claire et cristalline, *j'assimilais à mes fictions tous ces aimables objets* et me trouvant enfin ramené par degrés à moi-même et à ce qui m'entourait, je ne pouvais marquer le point de séparation des fictions aux réalités, tant tout concourait également à me rendre chère la vie recueillie et solitaire que je menais en ce beau séjour.

Cette délicieuse et *très précise* description d'une âme se laissant envahir par les choses, heureuse d'être envahie par elles et se livrant à la sensation sans tirer une pensée de la sensation, c'est toute une grande partie de la poésie du XIX^e siècle qu'elle contient. Lamartine n'aura qu'à traduire en vers cette page de Rousseau pour écrire ces strophes immortelles:

La fraîcheur de leurs list, l'ombre qui les couronne,
M'enchaînent tout le jour près des bords des ruisseaux,
Comme un enfant bercé par un chant monotone
Mon âme s'assoupit au murmure des eaux.

Oui, c'est là qu'entouré d'un rempart de verdure,
D'un horizon borné qui suffit à mes yeux,
J'aime à porter mes pas et seul dans la nature,
A n'entendre que l'onde et ne voir que les cieux.

Repose-toi, mon âme, en ce dernier asile

.....

Et cet état de rêverie qu'il vient de si bien décrire, Rousseau va l'analyser, en philosophe, se demander en quoi il consiste et *pourquoi* l'on est incomparablement heureux dans cet état.

Le bonheur de cet état consiste en ce que, quand on y est, *on échappe à l'espace et au temps* et l'on vit de soi-même, avec juste assez de sensations venues de l'extérieur pour sentir que l'on vit en effet.

S'il est un état où l'âme trouve une assiette assez solide pour s'y reposer tout entière et *rassembler là* tout son être, sans avoir besoin de rappeler le passé ni d'enjamber sur l'avenir, où *le temps ne soit rien pour elle, où le présent dure toujours* sans néanmoins marquer sa durée et sans aucune trace de succession, sans aucun autre sentiment de privation ni de jouissance, de plaisir ni de peine, de désir ni de crainte que celui seul de notre existence, et que ce sentiment seul puisse la remplir tout entière: tant que cet état dure, celui qui s'y trouve peut s'appeler heureux, non d'un bonheur imparfait, pauvre et relatif, mais d'un bonheur suffisant, parfait, et plein qui ne laisse dans l'âme aucun vide qu'elle sente le besoin de remplir... De quoi jouit-on dans une pareille situation? *De rien d'extérieur à soi*, de rien sinon de soi-même et de sa propre existence. Tant que cet état dure, on se suffit à soi-même comme Dieu.

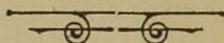
Cet état de relation presque insensible avec les choses et ne même temps d'indépendance des choses est l'état de liberté morale presque absolu, aussi absolu que l'homme peut le connaître et le goûter. *Il est et il n'est pas* la «vie intérieure» dont les philosophes et les religieux nous ont parlé; il l'est en ce sens que nous avons rompu commerce avec le monde extérieur et que nous ne nous laissons plus mener par lui; il ne l'est pas en ce sens que la vie intérieure es la réflexion sur soi-même et que l'état chéri de Rousseau et décrit par lui exclut aussila réflexion sur soi-même. Que rest-t-il? La béatitude, le mouvement très lent des sensations se succédant sans se transformer en pensées, avec l'aptitude à jouir de ces sensations mêmes sans les presser, sans les creuser, sans les analyser, et, en un mot, sans les déformer. Il est incontestable que c'est un état exquis.

Serait-il bon qu'on s'y trouvât souvent ou que l'on y restât toujours? Rousseau lui-même ne le croit pas et il le dit très expressément.

La plupart des hommes, agités de passions continuelles, connaissent peu cet état, et, ne l'ayant goûté qu'imparfaitement pendant peu d'instant, n'en conservent qu'une idée obscure et confuse qui ne leur en fait pas sentir le charme. *Il ne serait pas même bon* dans la présente constitution des choses, *qu'avidés de ces douces extases ils se dégoûtassent de la vie active dont leurs besoins toujours renaissants leur prescrivent le devoir*. Mais un infortuné qu'on a retranché de la société humaine et qui ne peut plus rien faire ici-bas d'utile et de bon pour autrui ni pour soi, peut trouver dans cet état à toutes les félicités humaines des dédommagement que la fortune et les hommes ne lui sauraient ôter.

Description exacte et pittoresque d'un grand paysage, marquant ce profond sentiment de la nature qui est le fond même de Jean-Jacques Rousseau; description exacte et pittoresque d'un état de rêverie; analyse de l'état de rêverie et, dans cette analyse, encore exactitude et profondeur: voilà ce morceau étonnant de Rousseau vieilli, fatigué et en proie depuis longtemps à des troubles cérébraux très graves, ce qui prouve que, chez lui, si la raison a fléchi, le génie ne fléchit jamais. Il nous a dit que pendant ces deux mois qu'il passa à l'île Saint-Pierre il se laissa être complètement oisif; soit, mais en songeant que ses flâneries au lac de Bièvre lui ont fourni la matière de ces dix pages qu'il devait écrire quinze ans plus tard, on peut dire avec assurance qu'il n'y a pas perdu son temps.

EMILE FAGUET.



PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Fué nuestro Pobre Lelian. Paseó por nuestras calles su poesía y sus dolores hasta irlos a depositar en un jergón del hospital. Así Verlaine.

Su vida fué un poema de dolor como el más doloroso de sus versos. Vivió «tan pobre como Homero y tan grande como un dios».

En Pedro Antonio González principia la verdadera poesía chilena. Es nuestro maestro.

González era un poeta culto, cultísimo. Conocía el latín y el griego y, como pocos en este país, las literaturas clásicas.

Su riqueza de léxico, su riqueza y novedad de consonantes asombra.

Cultivó casi todos los géneros poéticos con igual acierto. Su poema épico «El Toqui» es una maravilla de su género. «El Monje» es un poema de amor y de dolor cuyos versos lánguidamente rítmicos a veces y otras de una ardiente dulzura incomparable están impregnados de una emoción honda que enferma. Tuvo composiciones tan nuevas como «Mi Vela», tan profundas como «Meditación», que parece escrita por un filósofo lírico.

Es indudable que González estaba empapado del alma de Víctor Hugo. El había sondeado al gran genio francés, había escudriñado sus abismos y sus cumbres. Lo había comprendido como pocos.

Niños ingenuos me parecen los críticos que han sostenido que González imitó a Núñez de Arce. No encuentro ningún punto de contacto entre la emotiva profundidad de nuestro poeta con aquel buen don Gaspar cuyos versos parecen peldaños de una suntuosa escalinata de piedra que no lleva a ninguna parte.

Los jóvenes intelectuales de hoy, cuya inmensa mayoría milita en las filas de la poesía moderna, tan injustamente atacada por la miopía humana, lo han considerado siempre el más alto exponente de nuestra literatura. Casi todos ellos han dedicado alguna de sus primeras poesías al excelso vate con el secreto fervor de los que prenden luces en el altar de una divinidad.

Todos hemos sabido de memoria y recitado con verdadero cariño su «Lucrecia Borgia», «El Album», «Occidentales», «Excelsior», la genial «Dantesca».

El fué el inventor del Tripentálico, verso lleno de elasticidad y de armonía. Lo empleó en «Lucrecia Borgia» y en otros poemas.

Si Pedro Antonio González hubiera nacido en otro país, seguramente su nombre sería mucho más respetado y sus obras estarían editadas por cuenta del gobierno como una muestra de la capacidad intelectual de su nación.

Hoy que triunfa en España la mediocridad de un Villaespesa cuya *pupila etiópica* no ha alcanzado jamás la noción del arte verdadero, hoy que es príncipe de los poetas franceses Paul Fort—habiendo en Francia poetas de la talla de Jammes, Verhaeren (belga) y Roman—hoy es bueno recordar a González que con menos renombre vale más que cualquiera de los dos anteriores.

Es tiempo ya que los jóvenes hagan valer sus ideas contra los honorables fósiles enlevitados y el primer paso debe darse levantando una estatua al gran poeta de Chile.

¿No habrá en los jardines del Parque Forestal, o en cualquier otro paseo público, ni un pequeño sitio que pueda honrarse con la presencia del poeta?

Claro está que sí. Pues manos a la obra; ha llegado el momento.

Lo merece porque fué grande y porque fué insultado.

La crítica ululó contra él.

Vasquez Guarda lo asaeteó. ¡Fué como escupir al cielo!

Vasquez Guarda quiso seguir las huellas de Clarín. Clarín llegó a la Gran Montaña, en tanto Vasquez Guarda se quedó en las huellas.

Lo merece porque mientras llovían las pedradas que querían sepultarlo, llovían los laureles para Rodríguez Velasco.

Rodríguez Velasco está inerte entre sus laureles y González florece entre sus piedras.

La eterna historia de los genios y la eterna historia de los Sanchos.

Rodríguez Velasco está muerto vivo, González está vivo muerto.

Todavía hay algunos elefantes blancos que se permiten discutir las excelencias de González. Pueden pasar los elefantes blancos como una curiosidad del reino animal. Al palacio de la verdadera crítica no han de entrar; su lugar está en los Jardines Zoológicos.

Hoy que es el día de su Apoteosis ¿qué harán sus detractores?

Huirán como una manada de orangutanes a llorar su derrota entre los cocoteros.

Contra él sólo rugieron los huérfanos del Arte los que no alcanzan la Belleza, los que viéndola de lejos no la han poseído nunca; los impotentes. Rugieron rabiosamente, con la desesperación de un sátiro castrado ante una ninfa adorable.

¡Poeta, llegó el momento de tu Apoteosis!

VICENTE GARCIA HUIDOBRO FERNANDEZ.



Poesías de Pedro Antonio González

EL ÁLBUM

I

Oh, cuántas veces no me dijo a solas:
—Por qué está siempre tu semblante adusto?
Hallas a Dios para contigo injusto?
No amas el bien, la luz, la creación?
No tienes corazón ni pensamiento?
Heredó para siempre tu alma extraña
la salvaje aridez de la montaña
donde meció tu cuna el aquilón?

Tus comprimidos, macilentos labios
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.
Por tus pupilas nunca se divisa
un dulce rayo de pasión vagar.

Tú pareces un náufrago sin rumbo
que adonde quiera que a estrellarse vaya,
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,
se deja por las olas arrastrar.

Tú cruzas por la Tierra como cruza
la noche pavorosa por el Cielo.
Horror, silencio, oscuridad y hielo
es lo que tú derramas donde estás.
Tú no sueñas, no luchas. Tú no albergas
ni una sola ilusión. Tú no ambicionas
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas.
Como un fantasma por el mundo vas.

II

Un día en que su labio, como siempre,
junto a mi oído murmuró lo mismo,
mi corazón se estremeció en su abismo
y la sangre a mi frente se agolpó.
Temblando entonces le pedí una pluma.
Y su acero bruñido y trasparente,
al vivo impulso de mi fiebre ardiente,
sobre su Álbum, vibrando, resbaló.

III

No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos.
De que canté la abnegación sublime
del corazón que olvida
la inmensidad de su dolor profundo
para enjugar el llanto con que gime
la orfandad desvalida
que sin pan ni vestido cruza el mundo.
De que alcé un himno a la primer mirada
que aun mismo tiempo de dos almas brota
y en un mismo volcán sus alas quema;
que, tornando la noche en alborada,
de un corazón hace una dulce nota
y de dos corazones un poema.
De que alcé un himno a la esperanza mía
de hallar un ángel que con fe me adore:

un ángel dulce que conmigo ría,
un ángel tierno que conmigo llore...
No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos...

IV

Dejé la pluma y me quedé sombrío...
El moribundo Sol, ya desde lejos,
en sus mustios y lánguidos reflejos
enviaba al mundo su postrer adiós.
Ella tomó con loco afán el Album.
Y dando fin a sus amargas mofas,
leyó mis melancólicas estrofas,
en la vaga penumbra, a media voz.

Palideció de súbito su frente.
Huyó la risa de sus labios rojos.
Brilló una lágrima en sus grandes ojos.
Y triste y silenciosa me miró.
Y desde entonces ¡ay! siempre que a solas,
siempre que a solas a su lado me hallo,
Ella se pone roja, y yo me callo;
Ella se turba, y me estremezco yo.



LUCRECIA BORGIA

TRIPENTÁLICA

A Ricardo Prieto Molina

I

Era la noche.—Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube,
Zumbaba el noto, rugía el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro y caoba.

Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de su amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones,
se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico.
Y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones
el formidable, vertiginoso sopro huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias
que dilataron por la siniestra noche sombría
sus arrebatos, y sus transportes y sus demencias,
mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía...

II

—Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios, resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hechos pavesas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas,
Yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios,
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soy todo, porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el sopro de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el sopro de la candente llama volcánica
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos
sombras que crecen, y que se empujan y que batallan.
Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso;
y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa,
tiemblan las novias que se desposan en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa;
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño;
y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
y en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una, sus agonías.

Oh negra Noche! Yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lóbregos pasos,
robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros:
tú por el cielo, como la esfinge de los ocasos;
yo por la tierra, como la esfinge de los sepulcros.



MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.—
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito!—Yo ignoro
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla,
Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas!...



EL MONJE

FRAGMENTO PRIMERO

I

Noche.—No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa,
mas que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja;
negro fantasma que la fiebre crea:
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío:
el trágico fulgor del alma rota
que gime y se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo
mas que la luna que las sombras ama;
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es joven. Es su edad la del alegre;
la del himno, el ensueño y el effluvio;
en que es terso azabache el bucle negro;
en que es oro bruñido el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar, siendo muy niño.
Y fué a poner al pie de los altares
un corazón mas puro que el armiño.

Algun recuerdo de la infancia acaso
rompe tenaz su místico sosiego;
y desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo;
y van con ronco estrépito de guerra
a desgarrar su corazón tranquilo...

III

Un día vió en el templo, de rodillas,
desde un triclinio del solemne coro,
una virgen de pálidas mejillas,
de pupilas de cielo y trenzas de oro.

Y su gallarda imagen tentadora
lo persiguió con incesante empeño,
turbó su dulce paz hora tras hora,
en el recreo, y la oración y el sueño.

Cuántas veces, orando en el santuario,
no veía flotar en su ánsia viva,
envuelta en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fugitiva!

Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostalgia loca,
no despertaba, trémulo de frío,
buscando el beso ardiente de su bocal...

IV

De súbito interrumpe su paseo.
Y lívido y estático se queda.
Y mira con extraño devaneo
la blanca luna que a lo lejos rueda.

Y en la cúpula azul de pompa fídica
del templo secular de estilo mágico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de Satán, el cuervo trágico.

Y los cipreses lóbregos se quejan.
Y al vaivén de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan y se alejan
como espectros fantásticos que danzan.

Y tras los horizontes de occidente
la luna melancólica se escombra.
Y allá en su corazón el monje siente
crecer la soledad, crecer la sombra!...

FRAGMENTO SEGUNDO

I

Por qué, por qué, sin fe para el combate
el alma alada que a la cumbre vuela,
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se rebela?

Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila, y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
a sostener con él recia batalla?

Qué hondo misterio es el que el hombre encierra
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
oye solo zumbiar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo:
huye mas lejos cuanto mas le busca!

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón a un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
solo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ay!—le dice—del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus candidas alas por el fango!

El alma que así misma se abandona,
y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Santán, para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
a compás de una lúgubre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y a través de las sombras del delirio,
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
que lo hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules,
y se envían los astros desde lejos,
a través de los ámbitos azules,
dulces besos de amor en sus reflejos.

Y hunde el monje en el éter infinito
los tristes ojos con afán profundo:
acaso escruta lo que Dios ha escrito
allá en el corazón de cada mundo.

Y bajo el nimbo de su luz risueña,
la blanca luna en cada rayo esclama:
— «Soy una virgen pálida que sueña,
soy una virgen que se arroba y ama!»

Y ensaya el aura tibia sin sosiego,
en las trémulas copas de los álamos,

ritmos lejanos de ósculos de fuego
de bocas que se encienden en los tálamos.

II

Hace instantes no mas. Con qué inocencia,
la rubia virgen pálida que adora,
le abrió ante el tribunal de la conciencia
por la primera vez su alma de aurora!

Hondas huellas de horror en él dejaron,
los recios golpes de la lid sin nombre
que en su lóbrego espíritu trabaron
el ministro del cielo con el hombre.

Cada revelación que ella le hacía
era un tremendo vendaval deshecho
que sin piedad crispaba y retorció
las recónditas fibras de su pecho.

III

Padre,—le dijo,—perdonad mi queja.
Siempre que caigo ante el altar de hinojos,
mi pensamiento del altar se aleja,
y se llenan de lágrimas mis ojos.

Al mismo altar con una audaz porfía
que hace que los sentidos se me arroben,
sigue mis pasos, tras la sombra mía,
la sombra melancólica de un joven.

Busco la soledad. Y en ella vago,
y de amor cada cosa me habla en ella:
me habla de amor la música del lago;
me habla de amor el ritmo de la estrella.

Dadme, pues, padre mío, algun consuelo.
Es ya inútil luchar. Estoy vencida.
No es verdad que el amor brota del cielo?
No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

IV

Y él exclamó:—No es este un gran problema:
Dios manda que ame cuanto sér existe.
Y su mandato es una ley suprema
a cuyo imperio ningun sér resiste.

Pero el amor su fin tan solo alcanza
cuando con la conciencia se concilia;
cuando es su aspiración y es su esperanza
fundar el santo hogar de una familia.

Mas el amor que ofende a la conciencia,
dando pábulo a instintos que la oprimen,
deja de ser sagrado, y es demencia;
deja de ser sagrado, y es un crimen!

V

Y el monje suspendió súbitamente
su evangélica plática sencilla,
y una lágrima trémula y ardiente
resbaló sin rumor por su mejilla.

La virgen núbil, por su rostro mudo,
desde el humilde sitio de su alfombra,
ver rodar esa lágrima no pudo,
porque esta lágrima rodó en la sombra.

FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival.—El cielo se dilata
por el gigante piélagos sonoro,
como una inmensa túnica de plata
cuajada de soberbias flores de oro.

Habla todo de Dios: la limpia onda
que su albo nimbo por la playa tiende;
la casta estrella que en la bruma blonda
del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
murmurando en silencio: «Dios lo exige»,
hacia una agreste aldea, por la playa,
bajo el sol que ya muere, se dirige.

El allá en sus salvajes horizontes
olvidará talvez sus agrias penas;
respirará la brisa de los montes;
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
que cumple su misión con santo anhelo;
que en cada feligres ve un tierno hermano
que Dios le ordena conducir al cielo.

Mas ya no puede soportar la carga
de su labor de apóstol y profeta.
El peso de la edad ya lo aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice al monje:—Serás tú el baluarte
de la grey que Dios puso a mi cuidado:
tú empuñarás el místico estandarte
que yo abandono, porque estoy cansado.

Y el monje le oye, y le obedece y calla.
Y con fervor a la labor se entrega.
Y mayor goce en la labor él halla,
mientras mayor abnegación despliega.

V

Allá cuando a lo lejos ya declina
el blanco sol entre celajes rojos,
el monje hacia la playa se encamina,
trémulo el paso y húmedos los ojos.

Sus olas a los pies el mar prosterna
con ritmo a un tiempo unísono y diverso.
Y le habla sin cesar del alma eterna
que difunde la vida al universo.

Del alma que es efluvio en la laguna;
y en la undívaga brisa ritmo eólico;
y en la serena, temblorosa luna,
lágrima azul del cielo melancólico.

Del alma que es visión que canta y vaga
allá en la nube trémula y bermeja;
y que en la mustia estrella que se apaga
es recuerdo que llora y que se aleja!...

FRAGMENTO QUINTO Y ÚLTIMO

I

En la capilla de la aldea tosca
denso gentío, de entusiasmo lleno,
se agita como el piélago que enrosca
a la luz del relámpago su seno.

Ante el altar el monje se dibuja,
lívido el rostro, la mirada triste,
extraño al gran tumulto que se empuja;
extraño a todo cuanto en torno existe.

II

Avanzan al altar con pie seguro,
y reflejando en la pupila el cielo,
un apuesto doncel de traje oscuro
y una niña gentil de blanco velo.

El monje los contempla un corto instante
con al hondo y supremo paroxismo
de quien se ve de súbito delante
de la inmensa pendiente de un abismo.

En la diáfana tez de nieve y rosa,
y los bucles aurinos y sedeños,
y el talle de palmera de la esposa,
él descubre a la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
en vano, en vano, en su interior batalla
con el volcán de su pasión que grita,
con el volcán de su pasión que estalla!

III

Se absorbe. Se transporta. Y a lo lejos,
desde el místico altar al lecho cálido,
ve marchar bajo un nimbo de reflejos
una novia gentil y un novio pálido.

Y oye entre raudos y variados giros
de misteriosas y argentinas brisas,
aleteos de besos y suspiros,
y músicas de arrullos y de risas.

Y ve jugar, bajo la luz eterna,
al umbral de un hogar, lleno de efluvios,
sobre el regazo de una madre tierna,
un enjambre auroral de ángeles rubios.

IV

Y tiende a otro horizonte la mirada,
y allá en el pálido confín divisa
una lóbrega celda abandonada
donde una triste lámpara agoniza.

Forman su techo que jamás se alegra,
ásperas tablas de nudosos troncos,
siempre cubiertas por la noche negra,
siempre azotadas por los cierzos roncós.

Y a la luz de la lámpara que oscila
ve arrodillarse un monje en el vacío.
Lo ve enjugarse a solas la pupila,
y en su abandono tiritar de frío!

V

Y domina su bárbaro tormento
y la hiel de sus lágrimas devora.
Y a un hombre que no es él, con dulce acento,
desposa él mismo la mujer que adora.

Y al soplo del dolor con que está en guerra,
siente su sangre transformarse en hielo;
huir veloz bajo sus pies la tierra;
sobre su frente derrumbarse el cielo.

Y entonces, ¡ay! a su pupila asoma
la noche allá en su espíritu escondida.
Y al pie del ara santa se desploma,
rígido el cuerpo, la razón perdida!



OCCIDENTALES

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Austro!
Yo sacudo el Planeta con mi áspero cuerno
cuando lanzo a sus vastos confines mi plaustro
en las lóbregas alas del vértigo eterno!

Yo soy mucho más viejo que el Tiempo y la Aurora.
Yo vibré con mi cuerno magnífico y hondo
la primer colosal sinfonía sonora
que turbó la extensión del espacio sin fondo!

Mas allá de la edad de los siglos profundos
que aguardaban la luz como inmóviles naos,
yo mecí los embriones de todos los mundos
y la sombra de Dios en las aguas del Caos!

Fuí la voz con que Dios dialogó con El mismo
en la mística noche del éter disperso.
Fuí la voz con que Dios arrancó del abismo
las miriadas de Soles del vasto Universo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el alma
de las cien creaciones que atónicas duermen
en las cien Nebulosas que aguardan en calma
la explosión de los Cosmos que llevan en germen!

Yo camino sin tregua de exodo en exodo,
Yo gravito y me cierno. Yo vuelo y me arrastro.
Soy la nota del astro delante del lodo!
Soy la nota del lodo delante del astro!

Yo batí bajo el Sol de la Aurora primera
mi siniestro penacho de negros efluvios,
desplegando mi ronca, flotante cimera
en la marcha triunfal de los grandes Diluvios!

Yo arranqué cien planetas de su eje decrepito,
presidiendo en la noche de su hondo desmayo
con mi trágico cuerno de fúnebre estrépito
las sombrías victorias del trueno y del rayo!

Soy el viejo Monarca del Sur.—Soy el soplo
de las hondas y mudas y abruptas cavernas
que el fatal cataclismo labró con su escoplo
en el recio cristal de las nieves eternas!

Soy el fiero Titán del país de los Hielos.
Yo desquicio y aviento sus lívidas moles,
apagando con ellas detrás de los Cielos
la gigante espiral de la luz de los Soles!

Yo acaudillo las nubes del Trópico mismo
en mi audaz y veloz rotación meridiana,
arrastrando el inmenso temblor del abismo
en el ronco fragor de mi marcha oceána!

Yo paseo el sangriento pendón de las olas,
de confín en confín, con furor siempre nuevo,
bajo el arco triunfal de las cien aureolas
de Eridano y Orión, del Terror y el Erebo!

Soy el viejo Monarca del Sur.—Soy el grito
del siniestro y sombrío Prodigio mayúsculo!
Soy la voz del Enigma de espuma y granito
del extraño y solemne país del Crepúsculo!

Yo dilato la noche caótica y rauda
por las órbitas de oro del éter sereno,

despertando al compas de mi undívaga caudá
las cien roncás y ardientes campanas del trueno!

Yo abro y rompo mi marcha titánica y fuerte
como heraldo veloz de los negros presagios,
arrancando a mi cuerno detras de la Muerte
la salmodia fatal de los grandes naufragios!

Yo convoco a lo lejos las fúnebres rondas
de los cuervos del agrio, salvaje archipiélago
al festín de las mudas catástrofes hondas
con que aterro a mi paso las sirtes del piélago!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy Eolo!
Yo ví alzarse del Ponto la América informe.
Yo la ví dilatarse de un Polo a otro Polo
bajo el nimbo espectral de un relámpago enorme.

Yo la ví levantarse del ámbito opaco
de la noche sin fondo del vasto Nirvanna.
Yo la ví saludar el inmenso Zodiaco
con la voz colosal del clarín del hosanna!

Yo ví alzarse sus Islas del Ponto sonoro.
Yo las ví desplegar gallardas y esbeltas.
Yo las ví constelar como pléyades de oro
los caóticos Golfos que azotan sus Deltas!

Yo ví erguirse los Andes detrás de la bruma.
Yo los ví descollar como un Rey de cien cascós,
entre cien formidables columnas de espuma,
con su ardiente diadema de abruptos peñascós!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Genio
del país de cristal del abismo salóbrego.
Yo dilato mi voz más allá del proscenio
del Pacífico azul y el Atlántico lóbrego!

Yo despliego y enciendo la cardena mecha
con que estalla y retumba la eléctrica bomba
de la ronca y gigante borrasca deshecha
que desposa en el rayo la nube y la tromba!

Yo arrebató en las alas del vértigo ciego
el salvaje compás de las liras estijias
con que cantan las nupcias de espuma y de fuego
de la Tierra y la Luna y el Sol las Cicijias!

Yo levanto cien negras pirámides de agua
bajo el vasto vaivén del pendón que tremolo,
arrastrando a la cumbre del agrio Aconcagua
la legión de los cien torbellinos del Polo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy la Rima
de los hondos y extraños y oscuros salterios
con que canta la Esfinge del antro ó la cima
el Enigma fatal de los negros misterios.

Yo llevé de ola en ola con ímpetu ronco
al profundo confín de la Europa remota,
esculpida en la enorme corteza de un tronco
la grandiosa visión de la América ignota!

Yo ví erguirse la Iberia detrás de sus barcos;
y lanzarse a las playas del gran Mundo Edenio;
y escalar sus volcanes de fúlgidos arcos,
y clavar en sus nubes la enseña del Genio!

Yo ví enanos sus hijos después de ser grandes.
Yo los ví ser infames después de ser justos.
Yo los ví transformar el altar de los Andes
en cadalso brutal de cien pueblos augustos!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Gonce
que rodar en sus antros los siglos escuchan,
cuando marchan soplando sus trompas de bronce
entre nubes de fuego los pueblos que luchan!

Cuba sierva batalla!—Convoca sus Iras,
tremolando en la arena su enseña de gloria!
Yo recojo en mi cuerno la voz de sus Liras,
y la lanzo en las alas del trueno a la Historia!

Mi hondo cuerno retumba!—Que vibre! Que vibre!
Que atraviese la noche! Que suba! Que suba!
Que fulmine el baldón de la América Libre
ante el trágico altar de las Hostias de Cuba!

Soy el látigo rojo que azota y que hiere.
Soy el índice eterno que se alza y que manda:
—¡Oh vil Pueblo Opresor! Arrodiolate y muere!
—¡Oh gran Pueblo Oprimido! Levántate y anda!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy la Alfanje
que sacude Dios mismo con ira siniestra
cuando sobre la torpe, rebelde falanje
de los pueblos insanos descarga su diestra!

Soy la inmensa venganza de Dios!— Yo derribo
los imperios malditos que El mismo me nombra.
Yo anonado su orgullo soberbio y altivo
aventando sus ruinas, borrando su sombra!

Yo llevé las tinieblas del hondo desmayo
a las negras pupilas del Aguila ibérica,
encendiendo la llama del cárdeno rayo
en las rojas pupilas del Cóndor de América!

Yo atroné con mi cuerno recóndito entonces
a Eridano y Orión, al Terror y al Erebo,
entonando los coros, batiendo los bronces
del primer Himno Libre del gran Mundo Nuevo!

—América! Salve! Ya se alza la raza de bravos titanes
que allá en tus gigantes y ardientes entrañas tú alientas y ani-
[mas,
Ya mide sus iras con tus formidables, sangrientos volcanes!
Ya mide su tallo con tus colosales, graníticas cimas!

--América! Salve!--Ya cruzan tus huestes de audaces gue-
rreros
tus pampas de arenas, tus cumbres de nieve, tus vastos confines!
Ya llevan tendidos al arco del rayo sus tersos aceros!
Ya llevan tendidos al arco del trueno sus roncros clarines!

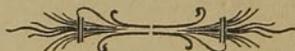
Son todas las hondas de tus voladores, crinados corceles
borrascas que ruedan al lóbrego empuje de cien aquilones!
Son todas las selvas de tus diluvianos, gallardos laureles
miriadas de liras que arrojan al viento miriadas de sones!

Tus pardos leones desfilan rugiendo por donde tú avanzas.
Y parten dejando los rastros sangrientos de sus espumajes.
Y cruzan las mudas llanuras de fuego de tus lontananzas,
batiendo en la bruma sus largas melenas de reyes salvajes!

Tus cóndores negros desfilan graznando por donde tú subes.
Y escalan contigo de abismo en abismo tus agrios peñascos.
Y entonan soberbios y roncacos Peanes detrás de las nubes,
encima del cráter que enciende tus lanzas y alumbrá tus cascos!

Tú trazas con hondo fulgor cometario tus cien trayectorias,
llevando en las alas de tu visionaria, sublime neurósis,
los rojos trofeos de cien luminosas y excelsas victorias
delante del ara del gran Capitolio de la Apoteosis!

PEDRO ANTONIO GONZALEZ.



En el próximo número publicaremos los “Asteroides”
de Pedro Antonio González.

AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE

QUINCENAL.



SUMARIO:

- I. Carlos Baudelaire, por Paul Verlaine
- II. El Lecho, por O. Segura Castro
- III. Carne triste, por Carlos Díaz
- IV. Cita, por Luis Vargas Bello
- V. Baladas sentimentales, por Carlos Barella
- VI. Atardece..., por Juan Guzmán Cruchaga
- VII. Rojas Segovia y Omer Emeth, por Vicente García H. Fernández
- VIII. Los Cerros, por Alberto Moreno
- IX. Poesías de Alberto Ortiz
- X. Recuerdos..., por Monnalissa
- XI. Los miserables arrabales, por Abel González Navarrete

40 CTS.

AÑO I. ❖ SANTIAGO DE CHILE, 15 NOVIEMBRE 1913 ❖ N.º 3

AZUL

REVISTA DE ARTE LIBRE
HISTORIA Y FILOSOFÍA
= QUINCENAL =

DIRECTOR

Vicente García Fernández

PRIMEROS REDACTORES

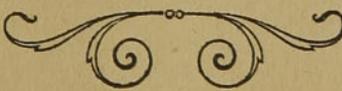
Carlos Díaz y Juan Guzmán C.

SECRETARIO

Angel Cruchaga S. M.

En los números siguientes aparecerán magníficas traducciones y originales de poetas extranjeros, artículos críticos sobre el Futurismo y sobre grandes poetas como Herrera Reissig, Evaristo Carriego, Andrés Chabrilón, Fernán Felix de Amador, Raul Mendilaharsu y otros.

Esta Revista publicará trabajos de Rubén Darío, José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Martínez Sierra, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Emiliano Ramírez Angel, José Francés, Cristóbal de Castro, Ramón Pérez de Ayala, Juan José Soiza Relly, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno, Carlos Mondaca, Max Jara, Pedro Prado, Manuel Ugarte, Francisco Contreras, Ricardo Rojas, Blanco Fombona, Martín Escobar, José Ingenieros y otros.



CARLOS BAUDELAIRE

Hemos traducido especialmente para AZUL este maravilloso estudio del gran maestro de «Fêtes Galantes» sobre el gran maestro de «Fleurs du Mal.»

Hablad de Carlos Baudelaire a cualquiera de esos *amateurs* que se levantan un grado de la mediocridad, bastante ramplo para comprender versos, él os responderá infaliblemente con el siguiente cliché: «Carlos Baudelaire, esperad. ¡Ah sí! ese que cantó la carroña!» No riais. Esta frase me ha sido dicha a mí y a otros por un artista,» talvez por tí mismo, lector...

Así se forman las reputaciones literarias en este país eminentemente espiritual que como todos saben se llama Francia. Lo demás es algo sobre los Rayos. Amarillos seguramente el más bello poema de esa colección admirable, Joseph Delorme, que yo por mi cuenta coloco, como intensidad de melancolía y fuerza de expresión, infinitamente antes de las jeremiadas lamartinianas y de otros. El público y la crítica de aquel tiempo hicieron chistes muy delicados sobre el pobre Werther *carabin* (1) sirviéndome de la fulminante y buena expresión de este poético señor Guizot.

El público es siempre el mismo. La crítica reconozcámoslo, comprende mejor sus deberes que no son aullar con los lobos y halagar los gustos del público; sino de atraer a ese público hostil o indiferente al verdadero criterio en cosas de arte y de poesía, y esto de grado o por fuerza. El público es un niño mal educado que necesita corrección.

En mi concepto la profunda originalidad de Carlos Baudelaire está en representar poderosamente y esencialmente al hombre moderno. Al decir hombre moderno no me refiero al hombre moral, político y social por una causa que se explicará a su tiempo. Solamente me refiero aquí al hombre físico moderno tal como lo han hecho los refinamientos de una civilización excesiva, el hombre moderno con sus sentidos aguzados y vibrantes, su espíritu dolorosamente sutil, su cerebro saturado de tabaco, su sangre quemada de alcohol, en una palabra, el «bilio nerveux» por excelencia como diría Taine. Esta individualidad de sensitivo, por así decirlo, la representa Carlos Baudelaire, lo repito, en el estado de tipo, de héroe si queréis.

(1) Carabinero. Apodo que se da en Francia a los estudiantes de medicina.

En ninguna parte, ni aún en Heine, la encontraréis tan fuertemente acentuada como en ciertos pasajes de «Flores del Mal»! Creo también que el historiador futuro de nuestra época deberá, para no ser incompleto, hojear atenta y religiosamente este libro que es la quintaesencia y como la estremada concentración de todo un elemento de este siglo.

Como prueba de lo que aseguro tomemos primeramente los poemas amorosos de «Flores del Mal». ¿Cómo ha exprimido el autor este sentimiento del amor, el más magnífico de los hogares comunes y que como tal ha pasado por todas las formas poéticas posibles? En pagano como Goethe, en cristiano como Petrarca o en niño como Musset? En nada de todo esto está su inmenso mérito. Tratar de sujetos eternos, ideas o sentimientos sin caer en la repetición es tal vez todo el porvenir de la poesía y esto es ciertamente lo que distingue a los verdaderos poetas de los rimadores subalternos. El amor en los versos de Carlos Baudelaire es el amor de un parisiense del siglo XIX con un algo de fiebre y un algo de análisis a la vez; la pasión pura se mezcla de reflexión y si los nervios se apartan un momento del intelecto, aumentando la acción de los sentidos, el nescio quid amarum de Lucrecio, que no es otra cosa que el incomprendible esfuerzo del alma hacia un ideal que siempre se va alejando, hace oír sin cesar como una obsesión su implacable llamamiento al orden. ¿Me han comprendido bien? Algunas citas esclarecerán talvez mi pensamiento.

Semper Eadem

«Dou vous vient, disiez-vous, sette tristesse étrange,
Montant comme la mer sur le roc noir et nu?»
Quand notre cœur a fait une fois sa vendage;
Vivre est un mal, c'est un secret de tous connu,

Une douleur très simple et nou mystérieuse
Et, comme votre joie, éclatante pour tous,
Cessez donc de chercher, ô belle curieuse,
Et, bien que votre voix soit douce, taisez-vous!

Taisez-vous, ignorante! âme toujours ravie,
Bouche au rire enfantin! Plus encor que la Vie
La Mort nous tient souvent par des liens subtils.

Laissez, laissez mon cœur s'enivrer d'un mensonge,
Plonger dans vos beaux yeux comme dans un beau songe,
Et sommeiller longtems à l'ombre de vos cils.

E'aulie Spirituelle

Quand chez les débauchés l'aube blanche et vermeille,
Entre en société de l'Idéal rongeur,
Par l'opération d'un mystère vengeur
Dans la brute assoupie un ange se réveille.

Des cieux spirituels l'inaccessible azur,
Pour l'homme terrassé qui rêve encore et souffre,
S'ouvre et s'enfonce avec l'attrance du gouffre,
Ainsi, chère déesse, être lucide et pur.

Sur les débris fumeux des stupides orgies,
Tou souvenir plus clair, plus rose, plus charmant,
A mes yeux agrandis voltige incessamment.

Le soleil a noirci la flamme des bougies,
Ainsi, toujours vainqueur, ton fantôme est pareil,
Ame resplendissante, à immortel soleil,

En fin en el famoso y tan poco comprendido poema de la Carroña el autor después de haber hecho de la «Carcasse superbe» (1) una terrible y espléndida descripción, se dirige a su querida y termina con tres estrofas extraordinarias donde el amor a fuerza de ideal buscado, se destierra de sí mismo más allá de la muerte. Leed antes estas inefables delicadezas:

Et pourtant vous serez semblable a cette ordure,
A cette horrible infection,
Etoile de mes yeux, soleil de ma nature,
Vous, mon auge et ma passion!

Oui, telle vous serez, ô la reine des grâces,
Après les derniers sacrements,
Quand vous irez, sous l'herbe et les floraisons grasses,
Moisir parmi les ossements.

Alors, ô ma beauté! dites à la vermine
Qui vous mangera de baisers
Que j'ai gardé la forme et l'essence divine
De mes amours décomposés.

(1) Carcasse = esqueleto. Superbe = soberbio.

Esta es la parte espiritualista del amor en nuestro poeta la parte sensual y también la parte bestial se encuentran expresadas con el mismo talento; no obstante se me podrá dispensar, por motivos que comprenderán todos mis lectores que «quieren ser respetados», el citar a su vez los poemas de esta serie como lo exigiría la simetría y la equidad. Me contentaré con mostraros principalmente los poemas XXII, XXIII, XXIV, XXVIII, XXXII y XLIX de la segunda edición de «Flores del Mal» y en particular el soneto LXIV, que contiene estos versos magníficos de orgullo y de desilusión:

Sois charmante, et tais-tois; mon sœur que cout irrite,
Excepté la candeur de l'antique animal,
Ne veut pas te moutrer sou secret infernal.

¿Ahora podremos saber como nuestro poeta comprende y exprime la embriaguez del vino, otro de los lugares comunes cantado en todos los tonos desde Anacreonte hasta Chaulieu? El gran Goethe que ha escrito de todo ha compuesto en el *Divan* un libro de *l'Echanson*, que es una obra maestra aunque en él las ideas se acercan más a las de Horacio que a las de Hafiz o Nisami. Jorge Sand en sus *Lettres d'un voyageur*, Teodoro de Banville en sus *stabactites* cada uno a su manera, este líricamente, aquella desde el punto de vista filosófico y moral, han ejecutado soberbias variaciones de este *air connu* (lugar común). Muy diversa es la forma en que Baudelaire ha cantado al vino. Él le ha consagrado, desde luego, una parte especial de su cosecha literaria donde, pasando revista a todas las situaciones poéticas que son aplicables a la borrachera, se ha encarnado en muchos personajes y ha prestado a cada uno de ellos su verbo sonoro y severo. De esta suerte, hemos recorrido toda la zona del vino si así puede decirse, desde *el vino de los amantes* hasta *el vino del asesino*, pasando por *el vino de los traperos* y por *el alma del vino*.

Un jour l'âme du vin chantait dans les bouteilles!

De la misma manera canta a la *Muerte*, ¡tercer lugar común, el más banal de todos! También canta así a *París* que después de Balzac se ha hecho un lugar común, pero menos explotado por los poetas que por los novelistas. Y sin embargo, cuanto tema poético, qué mundo de comparaciones de imágenes y de correspondencia! Qué fuente inagotable de descripciones y de sueños! Esto es lo que ha comprendido Baudelaire genio esencialmente parisiene a pesar de la inconsolable nostalgia de ideal

que hay en él. Así por ejemplo, que fantasías a lo Rembrandt son los *Crepúsculos*, los *Petites vieilles*, los *Sept vieillards* y al mismo tiempo, qué estremecimiento deliciosamente inquietante os comunican esas maravillosas aguas fuertes igual al que se experimenta al contemplar las del maestro de Amsterdam.

He aquí como ejemplo el poema con que comienzan los *Tableaux parisiens*:

«Je veux pour composer chastement mes églogues,
Coucher auprès du ciel comme les astrologues.
Et voisin des clochers, écouter en rêvant
Leurs hymnes solennels emportés par le vent.
Les deux mains au menton, du hant de ma mausarde
Je verrai l' atelier qui chante et qui bavarde;
Les tuyaux, les clochers, ces mâts de la cité;
Et les grands ciels qui font rêver d' eternité.
Il est doux, à travers les brumes, de voir maître
L' étoile dans l' azur, la lampe à la fenêtre,
Ses fleures de charbon monter au firmament,
Et la lune verser con pâle enchantement.
Je verrai les printemps, les étés, les automnes;
Et quand viendra l' hiver aux neiges monotones,
Je fermerai partout portières et volets,
Pour bâtir dans la nuit mes féeriques palais.
Alors, je rêverais des horisons blenâtres,
Des jardins, des jets d'eau pleurant dans les albatres,
Des baisers, des oiseaux chantant soir et matin,
Et tout ce que l' Idylle a de plus enfantine
L' Emente tempêtaut vainement à ma vitre
Ne fera pas lever mon frouit de mon pupître;
Car je serai plongé dans cette volupté,
D' évoquer le Printemps avec ma volonté;
De tirer un soleil de mon coeur et de faire
De mes pensers brûlants une trède atmosphière.»

PAUL VERLAINE.

(Continuará)



❧ | EL LECHO | ❧

Regazo obligatorio de los tristes mortales
que aplastan con su cuerpo tu bondad invisible.
Ellos no saben nada de los secretos males
de tus largas esperas bajo el techo impasible.

Ignoran el destino de tu obscura dolencia
cuando ellos te abandonan sin una despedida,
después de haber dejado sobre tu penitencia
la estampa de sus formas con la labor del día.

Tú con la misma unción de oficios maternales
das tibieza y blandura, descanso y parabien,
a magnates y pobres, buenos y criminales,
a los recién nacidos y a los muertos recién...

Tú ocultas—como avaro—dentro de la clausura
de un secreto intangible y un silencio ancestral
todas las emociones que en la hora nocturna
desentierra afiebrada la vida espiritual.

En los hospicios sabes la humildad fervorosa,
el temor dulce y blando que la muerte aproxima,
las lentas contriciones de la conciencia añosa
ante el arribo sordo de la muerte vecina.

Allá en los hospitales absorbes los inviernos
de los escalofríos, las fiebres y la tos,
las convulsas y eternas noches de los enfermos
que irán a ver las calles o irán a ver a Dios...

En la cárcel recoges la brumosa fatiga
del criminal, el triste repaso de sus obras,
todas las confesiones que balbuceando diga
entre las pesadillas de su carne en zozobra.

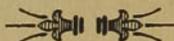
En el azul encanto del familiar reposo,
eres como un refugio de sedas y de olvido
para el niño que duerme con el sueño glorioso
que al entornar los párpados borra el tiempo vivido.

Conoces las asfixias del instante profundo,
los estertores árdulos, la luz que se desvía,
las últimas boqueadas del pobre moribundo,
el alma que se aleja y el cuerpo que se enfría.

Y entonces en la última jornada dolorida
que la carne estaciona en tu regazo inerte,
muchas veces terminas, a su muerte, tu vida,
y otras veces empiezas nueva vida, a su muerte.

O. SEGURA CASTRO.

Octubre 3 de 1913.



CARNE TRISTE

Tu vejez de taberna fatiga mis rodillas
Chorreando la angustia de las Flores del Mal;
Y tu sexo marchito fecunda las semillas
De mi noble cansancio psíquico-cerebral.

Tus gracias lamentables exangües y amarillas
Perfilan una enferma caravana espectral;
Y encienden tus palabras trémulas lamparillas
Bajo un toldo doliente de ruindad material.

Y en tanto que a la triste compasión de mis besos
Se estremecen tus nervios, tus carnes y tus huesos,
Bajo los pegajosos andrajos de tu piel;

Tu espíritu en un viento que sopla de lo eterno,
Acaso irá rodando por las rutas de invierno,
Igual que un desteñido fragmento de papel.

CARLOS DIAZ.

 CITA 

I

Flor extraña. Flor esmeralda de las perfumadas frondas. Pequeña princesita. Princesita buena. Pupilas verdes, oscuras, profundas, que me habeis hecho soñar con jardines de Oriente, con remansos cristalinos, con bosques de cicomoros, con perlerías de fontana. Ensoñadora Princesita de las castañas trenzas. Pebetero encendido en jardines de ensueño: Flor Aromática. Fruto tropical, madurado con besos de sol ardiente y caricias de brisa cálida... .

Princesita: desde mi apartado retiro lejos de ti te aspiro con delicia suprema—te aspiro, en la flor del recuerdo, lleno del perfume de tu cabellera, del hechizo de tus ojos, de la rosa de tu boca....

II

Doce años contaría entonces.

Su cuerpecito espigado, escultural, dibujábase como silueta de luz; daba gusto verlo pasar, tan gracioso, tan liviano, escurriéndose de los ojos. en sus locuras infantiles, en sus juegos, en sus improvisadas carreras. Tan pronto estaba con todos, como se perdía, se alejaba, con vaguedades de ensueño, con sortilegio, de brujería....

III

Ernesto soñaba aquel día, instalado como siempre en su gabinete de trabajo. Soñaba, soñaba...mirando el parquesillo por los cristales del balcon: Mariposillas de ilusiones, pesadumbre de pesares, historias viejas, amores idos; todo eso bailoteaba allí—en un punto indeterminado—en los pétalos que mecía el airecillo sutil, en el chorrito de agua, en el rayito de sol....

Era su alma mística, nostálgica desencantada, que poblaba el jardín con las visiones de su cerebro; era su alma que se desenvolvía en la mañana primaveral, como si fuera un pájaro, uno de tantos, que despiertan gorjeando trinos, porque son así, porque los hicieron así.

IV

En estos éxtasis estaba, cuando una voz para él desconocida, llegó a golpear en su corazón... En su corazón?—Sí—En él. Aquella voz armoniosa que venía del cuarto vecino era voz de mujer, y siempre llamaron éstas en su corazón; siempre sonaron en él; nunca oyeron sus oídos voz femenina sin que su corazón la oyera también.

Se quedó unos instantes escuchando; en seguida se puso de pie y sin preguntarse siquiera el por qué de lo que hacía, se encaminó hacia allá, hacia el cuarto vecino, de donde había salido la voz aquella.

Una muchachita hablaba: rápido, muy rápido, con los ojos fijos en su interlocutor que se complacía, extasiado, mirándola, oyéndola su palabrita fácil, su dulcísima voz, algo ronca, que entrelazaba preguntas y respuestas y frases, que para Ernesto no decían nada y decían mucho: eran frases alemanas saliendo de labios de aquella princesita de cuento, fantástica, verdadera ilusión, criaturita inexplicable.

Cómo recordaba Ernesto algún tiempo más tarde, la aparición de aquella mañana de primavera... Sí. La veía como en aquel día. De pie, junto a la mesa escritorio, apoyada su manito marfileña en el hacinamiento de papeles: su manito delgada, de venas azules, de larguísimos dedos. Vestida sencillamente; su cuerpecito largo, esbelto, se dibujaba, se transparentaba, a través de su vestidito azul de primavera. A cada palabra, a cada frase, se cimbraba su talle, admirablemente móvil, y la expresión de su rostro, con sus grandes ojos verdes fantásticos, tenía un no sé qué de extraño.

Sus ojos: existiría frase para expresar toda la belleza de esos ojos?... Cuando Ernesto, admirado, turbado, le dirigió la palabra para preguntarle: ¿Cómo se llama Ud. señorita?... y aquellos ojos se volvieron hacia él, altivos y desdeñosos, él retembló todo entero, y la mirada quemante de aquellos ojos le pareció fosfórica, irresistible.

Se quedó frente a ella, suspenso, fascinado. Aquel mirar era único. Nunca vió alguno mejor, ni siquiera igual. Era un chorro de luz, saliendo de dos grandes esmeraldas diamantinas, coronadas por el sortilegio de las pestañas negras: eran dos pupilas obscuras que parecían proteger con su mirar profundo.

Y Ernesto pensaba: Ojos verdes, pelo castaño. Oh... aquellos ojos, aquel pelo, parecían recordar a alguien... que Ernesto encontró hace tiempo en su camino y que se perdió a lo le-

jos... pero estos ojos... nó. No eran como aquellos. No eran una evocación de algo muerto para él... Eran más que los otros. Tenían éstos más luz, más ardiente y luminosa luz; su mirar intenso penetraba más hondo en el alma; si parecían ojos robados a gitana de leyenda; ojos de amor; ojos hechos para ser amados con pasión inmensa.

V

—Qué tal, encantadora la chiquilla... No es verdad?

Pero quién es? De donde viene ella? A que ha venido aquí?

Dígame Ud... Dígame. Si no he visto nunca criatura semejante. Pero qué lindos son sus ojos... No es cierto que son muy lindos?...

Todas estas atropelladas preguntas, sin encadenamiento, sin orden, balbuciente, atolondrado, dirigía Ernesto a su compañero de trabajo, mientras sentía en sus oídos el ruidito de unos pasos que se alejaban, de los pasitos de la muñeca de ensueño, que después de un seco Goodby... dió media vuelta, inclinó la cabecita, y salió de la sala.

VI

—Cita nació en Hamburgo, en el gran puerto alemán. Su padre, hombre de negocios, en uno de sus viajes por América, contrajo matrimonio con una hermosa mujer de nacionalidad peruana, una hija de Lima, la capital perezosa y soñadora, Andalucía Americana, tierra de amor y de ensueños, en donde florecen los ojos negros y los labios rojos...

Ernesto se repetía estas palabras y ya, aunque no del todo, comenzaba a explicarse el extraño hechizo de aquella criatura. Y miraba y remiraba el sitio que poco ha ocupaba la muchachita, y trataba de verla otra vez, de oír de nuevo salir de sus labios frasesitas estrañas, graciosas, móviles, como toda ella.

—Claro, se decía. Alguna explicación había de tener aquello. Cómo una criatura podía reunir, así no mas, tantos encantos? Y su imaginación bullía y pensaba que aquella niña era originalísima, especial. Un armonioso conjunto en el que se confundían la hija del Rhin y la amazona americana. Dos razas refundidas en una sola; dos razas que prodigaron sus bellezas: dos razas formadoras de aquellos ojos, mezcla de fiereza germana y dulzura americana.

VII

Pasados algunos días, Ernesto pudo hablar con ella mas detenidamente.

Fué en casa de su amigo. Cita tomaba ese día onces en casa de sus amiguitas, porque ella, cuanda estaba mas pequeñita, estuvo pasando una temporada de vacaciones en Viña del Mar y allá pudo conocer a mucha gente y hacer amistad con algunas niñitas de sus años.

Para Ernesto aquella ocasión era propicia: podía ahora conversar cuanto tiempo quisiera con la florecilla rara que le interesaba conocer.

La casualidad quiso que quedasen frente a frente: él mirándola sin perder una sola de sus palabras, ella sorprendiéndole alguna vez...

—Por fin ella extrañada le dijo. Y tú cómo te llamas?

—Ernesto, contestó él.

—Y por qué me miras tanto?

—Se enoja Ud. si la miro?

—No. Pero me miras mucho.

Y en seguida—sin mas preámbulo, Cita dirigió a Ernesto esta pregunta:

—Mira tú...Tienes cosquillas?

—Ya lo creo, muchas...

—Voy a verlo. Te haré cosquillas.

Y como su acción seguía siempre inmediata a su palabra, en medio de la estupefacción general y haciendo ningún caso de las súplicas de Ernesto, que temía el trance.—Cita se adelantaba hacia a él, y sus manos finas, de larguísimos dedos, se clavaban en los costados de Ernesto y le hacen temblar de 'cosquillas....

VIII

En otra ocasión estaban juntos, otra vez, tomando onces en casa del amigo.

Los ojos verdes se fijaban en los de Ernesto con más atención, con mas intensidad, con mas dulzura. El respondía con sus miradas y la pequeña coqueta sonreía....

De pronto tuvo una idea peregrina... Pedía lápiz y papel.

Cogió el papel; su mano pequeñita empuñó el lápiz y escribió estas palabras: «Ernesto: tú me gustas a mí... Te gusto yo a ti?—y estampó su firma: Cita.»

Y pasando aquel billetito a Ernesto echó a correr, como lo hacía siempre, como una mariposilla loca, dando gritos con su vocesita ronca, saltando, saltando, y sus piececillos ligeros pasaban por sobre el parqué sin rozarlo, como lo hubiera hecho una golondrina en un remanso...

IX

Ernesto estaba sentado en su mesa de trabajo. Miraba la lamparilla eléctrica y abstraído en su apacible soledad, investigaba el problema de la luz...

De pronto escucha unos golpecitos en el cristal de la ventana. Se adelanta al balcón y allí, encaramada de codos en el mármol, sus manitos apoyadas en las sienes, mirándole con sus ojazos verdes extraños estaba Cita.

Nunca la vió más hermosa. Era la primera vez que la sorprendía así, mirándole cara a cara con sus ojazos clavados en él, magnetizándole, atrayéndole, con la mirada fija y la sonrisa maliciosa en la boca pequeñita...

La tarde caía. Una brisa fresca agitaba las hojas de los bambúes. En la tristeza de la hora aquellos ojos eran únicos: su color verde, chispeante a los rayos del sol, se volvía ahora sombrío, profundo, apasionado; en su mirar melancólico hacían sombra todos los crepúsculos y en el fuego de las pupilas asomaba un alma ardiente, alma sentimental y triste, alma de amor, alma de mujer.

Ernesto sintió en su corazón un desgarramiento doloroso: no se había engañado en sus primeras impresiones... Aquellos ojos evocaban algo que había muerto para él y que surgía de improviso, conjurado por aquellos ojos verdes, por aquel mirar desconcertante...

Sintió mucha pena, pena dolorosa y muda en su corazón: algo pasaba por él... algo que se perdía en lejanías oscuras; horas felices de su niñez que se esfumaban a lo lejos; paisajes, recuerdos; caravana melancólica de ilusiones desvanecidas, que pasaban, que huían en la sombra oscura.

Todas estas impresiones se adueñaron de su alma y cuando la manito de la niña le hizo señas para que viniese junto a ella, para que se acercase más, él, tan admirador de aquella linda criatura, sólo supo decir: Qué quieres Cita?

Y la linda princesita, envolviéndole en mirada de amor, le respondió tímidamente: Mira... Que pongas tus labios aquí. Y al decir esto señalaba con sus deditos sus labios que tembla-

ban, en el ardor de su inocente deseo... en la tristeza fría de aquel atardecer de primavera.

Ernesto la quedó contemplando. No supo contestar. Retrocedió un paso y sus ojos se fijaron en ella .. pero la princesita de los ojos verdes desapareció... Huyó de la presencia de Ernesto, que la había hecho ruborizarse, que había sido cruel, tonto... que no supo ser un momento como ella lo era.. que tuvo miedo de la sombra... de la sombra de la tarde evocadora...

X

Una mañana de Diciembre, Ernesto lee, sentado en un banco de la Alameda. Siempre le agradó respirar ese airecillo fresco, ese perfume de tierra mojada, ese vaho primaveral que trascendían los grandes árboles con sus hojas empapadas, tirantes, juveniles; su corazón se ensanchaba respirando con singular voluptuosidad ráfagas de aire helado; aire de amanecer, fragante.

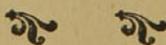
A intervalos suspendía la lectura y sus ojos contemplaban con inquietud el desfile de carruajes a la estación: era la sociedad fatigada de la gran ciudad que emprendía camino de las costas veraniegas.

Rápidamente se puso de pie. Dió algunos pasos y quedó como enclavado, con los ojos fijos en un Bis a Bis, gallardamente tirado por los veloces alazanes, que a todo trote se perdían a lo largo de la vía... camino de la estación.

De los ojos de Ernesto, desmesuradamente abiertos resbalaron dos lágrimas, que cayeron a lo largo de su rostro, tranquilas, solitarias...

Sí. Sus ojos no le engañaban. El orgulloso trotar de los alazanes bien claro se lo decía. Allí en ese carruaje que pasó por su lado, que se perdía ya, había visto por última vez a la princesita de los grandes ojos verdes. La que vió aquella tarde encaramada en su balcón; la que le llamó con su manito larga y fina, señalando con sus deditos de marfil el capullo sonrosado de su boca.

Luis VARGAS BELLO.



Baladas Sentimentales

Versos para la buena Madrecita

(Del libro en prensa «Campanas Silenciosas»)

Por la poesía
que me da valor
madrecita mía
aún soy trovador.

Trovador sombrío
que canto mis males
y arrastro mi hastío
por los arrabales.

He vivido tanto
mi vida interior
que tristeza y llanto
volvióse mi amor.

Esta vida larga,
madre, me dá miedo,
es como una carga
que apenas la puedo.

Las contemplaciones
dieron a mis versos
dejo de oraciones.
Mis sueños despersos,
mis penas calladas,
mi atormentamiento:
flores deshojadas
que arrastrara el viento,
me dejaron triste
madrecita mía;
tú que comprendiste
mi melancolía
besa con cariño
la frente serena
de tu pobre niño
que canta con pena
la dulce balada
de un atardecer
en la desolada
tarde de su ser.

Tú que por ser madre
sufrirás de fijo
el mal que taladre
la entraña de tu hijo;
tú la más discreta
dueña de mi amor,
madre de poeta,
mártir del dolor;
símbolo sereno
de la poesía;
blanco vaso lleno
de melancolía;
única en la tierra
donde el mal es todo,
tu alma el bien encierra,
sólo en tí no hay lodo.

Madrecita mía
siento que me amarga
la melancolía...
encuentro tan larga,
tan larga la senda
cubierta de abrojos...
y habrá quién comprenda
al mirar mis ojos
la pena callada
y los desengaños
de esta desolada
vida de veinte años?

Por la poesía
que me dá valor
madrecita mía
aún soy trovador.

CARLOS BARELLA

Valparaiso, Octubre de 1913.

ATARDECE...

Las rosas se adormecen; el jardín se ha quedado soñando con el sol; el jardín está quieto y parece que el viento perfumado a la casona vieja le ha confiado un secreto.

El salón de la casa se ensombrece y se sume en la vaga tristeza de la tarde; la brisa entra al salón envuelta en el perfume de las rosas y deja el frescor de una risa.

El viento se ha dormido en el jardín y en una rosa blanca una abeja ébria de aromas; lejos un grillo canta mientras en el salón la luna ilumina los gestos de los retratos viejos.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA.



ROJAS SEGOVIA y OMER EMETH

Es tiempo ya de que los jóvenes vayan demoliendo uno por uno a esa caterva de fantoches de que está plagada nuestra literatura. Hay algunos de estos señores que se sienten con el derecho de dogmatizar y pontificar desde las columnas de algún diario sobre cuestiones literarias que más les valiera callar para no dar prueba semanal de su heroica ignorancia.

Es tiempo ya que los jóvenes vayan viendo y observando las ridículas arbitrariedades de la crítica del señor Omer Emeth. Tengo la seguridad de que ningún ser pensante de esta tierra, toma en cuenta la opinión semanal del señor Emeth, pero a pesar de todo este buen capellán de la literatura sigue teniendo su tribuna en «El Mercurio» que es un diario serio. Desde allí el señor Omer seguirá lanzando sus lunáticas opiniones. ¿Hasta cuando? Dios lo sabe.

El señor Omer Emeth estaría bien como confesor de los artistas, absolviéndolos de tantos y tantos pecadillos sensuales como cometen esos deliciosos y parisinos muchachos, pero no como árbitro en cuestiones de arte. Pudiendo hacer un bien

¿por qué el señor Emeth se empeña en desacreditarse todos los lunes y requeteprobaros su miopía artística?

Figuraos que este caballero le critica la gramática al señor Rojas Segovia y en el artículo en que esto hace pone las siguientes faltas gramaticales.

1.^a La primera frase: «Entre otras cualidades que le reconozco»...etc.

Las cualidades, caballero, tanto pueden ser buenas como malas. Es falta de precisión en el lenguaje.

2.^a «Pudiendo escribir en puro y terso idioma castellano, expresa sus pensamientos en una lengua ficticia, *arreesada*, *extraña*».

La palabra no es *arreesada* sino *reesada*, por lo tanto está mal y mucho menos debe ponerse en una frase en que se habla del *puro idioma castellano*.

3.^a «Pero cuán errada sea la elección del vocablo, veranlo aquellos que...etc».

Como puede ver el ojo más inesperto, esa frase no podría ser más forzada.

Que tuviéramos faltas de gramática los que no *tiramos facha* de gramáticos no tendría nada de particular, pero que uno que viene a dar lecciones de ella las cometa, eso no puede permitirse.

El señor Emeth está muy lejos del señor Rojas Segovia, no puede alcanzarlo, eso no es culpa suya, lo malo es que sabiéndolo se ponga a escribir sobre él.

No sé por qué lejana asociación de ideas se me viene a la memoria aquella estrofa del admirable Juan Ramón Jiménez.

Siempre pondrán mala cara
Sancho, el cura y el barbero
pero, para
los locos es el sendero.

Tampoco puede permitirse que nuestro querido párroco esté gritando, a sus feligreses, en estos tiempos, que vayan a beber en los clásicos. Díganos, señor Omer, y ¿dónde bebieron los clásicos? Creemos que en la gran madre Naturaleza. Siendo así el señor Omer debió aconsejar esto y no lo otro que es como decir: los señores clásicos, ellos sí tenían facultad para crear pero ahora esa facultad no existe, en vista de lo cual imítelos ustedes a ellos, sean ustedes espejos que devuelven las figuras, sean reflectores, hagan el papel de los fonógrafos y de las catusas y no creen nada como lo hicieron ellos.

O sea: hoy que tenemos locomotoras, automóviles y aereoplanos volvamos a la carreta.

Muy dignos de respeto y admiración serán los señores clásicos pero no por eso debemos imitarlo. Ahora estamos en otros tiempos y el verdadero poeta es el que sabe vibrar con su época o adelantarse a ella, no volver hacia atrás. Esto para los canchales.

Después de esto podemos estar seguros que si el señor Omer Emeth algún día pronuncia un sermón—que es a lo que debía dedicarse—será una imitación o un plagio de San Pablo, de San Juan Crisóstomo, de San Bernardo o del padre Bourdaloue, en ningún caso suyo, propio.

¿Qué gana el señor Omer Emeth con hablar mal del simbolismo, que él jamás podrá comprender? ¿Piensa acreditarse con eso ante los elefantes blancos y los orangutanes momificados de que hablábamos el otro día? Si se acredita ante ellos, si logra sus aplausos tanto peor para él, está perdido.

No se crea nuestro querido párroco que nos espanta con latines, nosotros también sabemos algo y podríamos decirle: *Ne sutor ultra crepidam*.

El señor Emeth está en su verdadero elemento haciendo Catecismos para los niños chicos de las escuelas chicas, pero jamás discurrendo sobre arte.

Tal vez lo mejor que pudo hacer el señor Rojas Segovia fué haberle contestado lo que el gran maestro italiano a su peluquero que lo alababa mucho: *¿chi siete voi per parlare della mia abilità?*

VICENTE GARCIA HUIDOBRO FERNÁNDEZ.



LOS CERROS

(Para Carlos Pezoa Véliz).

Cual manto vive de estrellas
arde la ciudad al fondo.
(En el cerro hay cosas bellas
para el ojo triste y hondo):

Flores en el patio obscuro,
ropas blancas, grandes jarras;
un perro cerca del muro
y gatos sobre las parras

Ronquidos de ásperos cerdos
mordidos por las arañas...
Hay en la casa recuerdos
de épocas viejas, extrañas.

Pesan tristezas fatales
en los rostros y en las cosas.
Víctimas de inciertos males
están muriendo las rosas.

Son las tres. Bronces lejanos
cantan el tiempo.

Quejidos
de dolores sobrehumanos,
los silencios entumidos
espantan trágicamente:
es una existencia en ruina
que ha llegado tristemente
hacia la fúnebre cima,

que tiene sus agonías,
paños, cirios y laúdes,
sus negras hechicerías
y sus largos ataúdes.

Pájaros de ley maldita
¿a dónde vuestra ala enrumba?
¿hacia la pena infinita,
hacia el dolor de la tumba?

¡Oh! sois hermanos, como otros
tantos dioses de los cerros,
en donde, como nosotros,
tienen ensueños los perros.

Un Gallo canta. En la rada
cae el cielo, opaco, muerto.
Parece no sentir nada
el organismo del puerto.

Oh! la racha de la sierra,
qué áspera y fecunda subes,

llevas penas de la tierra
para el amor de las nubes!

No cesan los alaridos,
cortos, rítmicos, iguales,
y el vicio de los oídos
oye canto de arrabales...

Oye la vida pasada
¡como todas!... con dolores
y escaso placer, andada
entre zarzales y flores...

Oye el límite que tiene
un canto que no se olvida:
la sangre que se detiene,
el hipo corto, homicida...

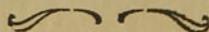
Duermen hasta los rumores.
Solo vigilan los parques
ojos de los salteadores
y los nostálgicos barcos.

En el cuarto hay una suerte
de pesadilla de alcohol...
¿Entrarán juntos la muerte,
el sacerdote y el sol?

¡La fiebre de los pantanos!
Tétrico aquelarre sobre
el reposo de las manos
y las angustias del pobre.

Altura inquieta, olvidada
como algún bueno o pestoso,
la ciudad no sabe nada
de tu gran reino monstruoso.

ALBERTO MORENO.



**Damos aquí algunas poesías del distinguido poeta nicara-
güense señor Alberto Ortiz, que hoy día se encuentra
gravemente enfermo.**

De antes

Para Rafael Montiel, poeta.

Es en una taberna: la tarde que se fuga
pone un juego adorable de luz en las paredes,
que se quiebra en un ángulo y dibuja una arruga
sobre una vieja imagen de la virgen Mercedes...

*

Dos bohemios se cuentan sus historias lejanas,
allá, cuando para ellos no se dormía el Sol...
y un fugor de leyenda se prende de sus canas
bajo el ambiente enfermo de tabaco y alcohol...

*

Uno de ellos refiere de sus juegos de niño,
de una su abuela mística que le hacía cariño
y de las tonterías que hiló en su juventud...

*

Y el otro que sin duda era artista, sin duda...
le contó de una novia que una vez, fría y muda,
la llevaron cuatro hombres en un blanco ataúd!...



Fugaz

Para una emigmática.

Lila, siempre que pasa me deja su elegancia
como un perfume suave de agua de tocador...
y ante la dulzura de su dulce fragancia
me quedo en el aspecto del que huele una flor...

Ella sabe que siento por ella «un no sé qué...»
y cuando alegre cruza por la calle dormida,
no sé si más me gustan sus manos o su pie...
o su boquita roja que parece una herida...

*

Yo le ofreciera como prendedor una estrella,
la más lejos y blanca, la más triste y más bella
por ser buena y ser fina como un hilo de agua...

*

Yo le diera un paisaje doliente de París,
una tira de cielo y una gran flor de lis,
o un claro de luna de mi azul Nicaragua!...



Al oído y bajo la fronda

Yo te quiero, agarena de los ojos dormidos,
por tus labios fragantes y tus manos sutiles,
por tu cabello negro que en hilos retorcidos
se deshace en tus hombros de impecables marfiles...

Te quiero por tus líneas artísticas y nuevas,
porque en tus ojos miro fantasías tremendas,
y te quiero, agarena, porque creo que llevas
en el alma, un perfume de lejanas leyendas...

Oye mi letanía suplicante, agarena,
suaviza tú mis males y sé conmigo buena
como las enfermeras son en el hospital...

Que me curen tus labios con su dulce canción...
y cuando me preguntes suavemente.. ¿qué tal?...
¡yo te diré que sigo mejor del corazón!...



Para una enlutada

¿Por qué te apareciste por mi senda a esta hora
cuando ya es imposible verter las melodías?...
Hubieras tú llegado vestida de Pastora
en épocas lejanas y de mejores días!...

Hubieras tú llegado cuando los surtidores
de mi jardín, estaban fragantes de canciones,
cuando había trinares de dulces ruiseñores
y había en la fuente mágicos borbotones...

*

Hubieras tú llegado cuando de la arboleda
de mi parque de sueño se escapaban aromas,
cuando en su ambiente había suavidades de seda
y volar de jilgueros y volar de palomas...

*

Has llegado muy tarde; pero, al fin, adorada,
hubiera sido trágico que no llegaras nunca,
y has llegado propicia: pálida y enlutada
con el nimbo adorable de una esperanza trunca

*

Como yo te soñaba, milagrosa Quimera,
has llegado, soñando, por mi sendero enjuto,
trayéndome el efluvio de una azul primavera
bajo la indiferencia del vestido de luto...

*

Ahora si ha sonado de fiesta la campana,
sobre la brisa errante se ha fugado el dolor...
óyeme: ¿todavía piensas hacerte Hermana?...
yo, ya olvidé las horas en que iba á hacerme Prior...



Viaje de ensueño

Salir del pueblo un día, bajo una tarde lila
con un cesto fragante de ilusiones doradas,
oyendo el són doliente de alguna vieja esquila
mientras pasan las brisas quietas y perfumadas...

*

Cruzar verdes montañas y llegar no sé dónde,
preguntar el camino que debemos tomar,
y oír el encanto de una voz que responde
más dulce que un crepúsculo y más bella que el mar.

*

Dormir en una fonda, jugar en un casino,
en un corrillo alegre saborear un buen vino
y fumarse un habano como por no dejar...

*

Regresar, a los años, una mañana rosa
y en las piernas blancas de una mujer hermosa
dormirse mansamente para siempre jamás.

ALBERTO ORTIZ.

* * *

RECUERDOS....

La casa de mis abuelos aparece en las memorias de mi infancia como nido de águilas colgado en la cumbre de un peñón.

Nada tenía de ostentoso el caserón solariego, pero en mi mente se alza gigantesco, cual inespugnable fortaleza destinada a custodiar las virtudes de una raza.

Desde la maciza puerta de calle, hasta el último rincón, reflejaba la austeridad de los viejos señores cuya alma parecía vagar allí para vigilar la preciosa herencia de grandeza moral cristalizada en la vetusta mansión.

El primer patio era muy alegre y despejado. ¡Cómo reía el sol en la casa de mis abuelos! En la menuda piedrecilla de rio ornada de musgo; en las blancas paredes que devolvían sus hirientes resplandores multiplicando aquel derroche de luz, y penetrando por las ventanas en una invasión de polvillo de oro que ahuyentaba los fantasmas de las severas habitaciones, bajo cuyo techo se habían mecido las cunas, y, alzado los túmulos de varias generaciones de antepasados!

Bendita casa en que los mendigos se daban cita a esperar los restos de la comida o cualquier limosna! En que no hacían falta los adornos profanos porque allí, sentados en las veredas de piedra, se exhibían cuadros de miseria siempre remediada! En que la caridad se ejercía sin tasa, y, se nos enseñaba junto con los primeros pasos, con las primeras palabras, como cosa necesaria, como la más imperiosa exigencia del corazón humano!... Y cuando el dinero se agotaba, nunca faltaba la limosna de una esperanza!...

El Abuelo, hombre de hierro, formó aquel hogar con sacrificio, luchando por mantener su rango y ocultar dignamente

la escasez de recursos. Educó a sus hijos con el implacable rigor del hidalgo de fe viva y de estrecho criterio: en una mano el látigo, en la otra el rosario...

Siempre que evoco su recuerdo, lo veo en la hora del rezo, al anoecer, de pie en medio de la sala, con su gorrito de seda negro, descubriéndose cada vez que pronunciaba el nombre de Dios, llevando el coro del rosario que se rezaba en familia. Oigo su voz ronca y golpeada, característica de los que tienen hábito de mando. Su figura venerable y hermosa, iluminada por las bujías del altar, parecía haber servido de modelo a Pareda para sus notables retratos de hidalgos montañeses. El Abuelo, estaba dotado de un alma vigorosamente española, irradiando la fé heredada y cultivada en toda una larga vida de austeridad. Figura de patriarca cuya indiscutible superioridad arrebató corazón y voluntad, y, se impone al respeto y cariño del hogar como rey ungido del Señor, y, cada servidor es un hijo sumiso, y, cada hijo un siervo que se inclina ante la virtud de su raza, ante la vejez immaculada que lleva en su cabeza blanca celestes destellos, un comienzo de eternidad, cual si el mismo Dios se cerniere sobre el hogar reflejado en el alma del justo.

La Abuela, murió cuando yo era muy pequeña, pero, el respeto y ternura con que la evocaban en los menores incidentes de la vida, me prueban su gran superioridad.

El dormitorio se conservó algunos años de lugar preferido para reunirse a rezar. Como puerta del cielo mirábamos aquel recinto de almas, más bien que de seres humanos. La cama semejaba urna destinada a contener el cuerpo de una santa: tenía algo de altar...La oración se había condensado entre aquellas cuatro paredes...El pensamiento de Dios que llenó su vida, palpataba aún en el aire como un perfume!...

La mejor biografía de ambos fueron sus hijos, y, la aureola de veneración que se cierne sobre su recuerdo.

La primogénita de aquella gran familia fué la tía Remedios. Decíase por esos tiempos, que la dichosa tía, era de las muy contaditas mujeres que resisten biografía. Al árbol se le conoce por los frutos: imperecederas están sus obras, verdaderos monumentos de energía. Su vida entera fué un arranque de celo por la gloria de Dios a quien sirvió desenfrenadamente, ferozmente; si hubiera santos entre las fieras diría con propiedad que la tía fué una pantera dedicada al servicio de Dios, y al bien de la humanidad.

Su figura participaba de los rasgos de su carácter: Una enorme cabezota adornada a natura de protuberancias que se me

antojaban a propósito para colocar potencias de plata, como llevaban las esculturas de los santos en aquellos tiempos.

Tosca y picada de viruela, parecía esculpida en la roca viva. La estrecha frente marcada de profundos surcos, hacían recordar sus frecuentes crisis de *santa indignación*, sobre todo cuando desaparecían bajo la despoblada frente los dos puntitos celestes de mirar atrevido. La boca, de labios gruesos, pero, de corte distinguido, dulcificaba aquella adusta figura en que la sonrisa semejava sol de invierno.

Su corazón no conoció las flaquezas, no dobló la cabeza sino ante Dios, y ningún obstáculo superó sus energías, ninguna voluntad venció su férreo carácter: la Tía Remedios, no fué humana, sinó una fiera divina que hacía pensar en los monstruos sobrenaturales del Apocalipsis de San Juan.

Sirvió a la humanidad solitaria, desdeñosa, sin amor, sin amistad, sin cuidarse de los medios, ni de las dificultades... sin otro móvil que agradar a Dios, sin otra aspiración que llegar al cielo!... Nadie penetró en su vida interior; sus alegrías, sus penas, sus expansiones místicas fueron exclusivamente suyas. Los séres vivientes para ella no tenían nombre, eran almas que debía esforzarse por conducir a Dios. Si apreciaba los bienes de fortuna era porque el oro servía para atraer, para salvar almas, para elevar templo, para combatir a los enemigos del Altísimo!...

Un sólo gesto de ternura y de dolor sorprendí en su larga vida, pero, aún ese, sin lágrimas que suavizaran su arrogante expresión, y fué, en el momento en que el sacerdote que auxiliaba a su padre moribundo, dejó caer sobre su corazón estas palabras: «Ya el Señor X ha entregado su alma al Creador!»

La Tía Remedios no lloró, fueron alaridos de leona herida... llenó la casa con los rugidos de su pena... de su impotencia para retener al noble anciano en quien había reconcentrado sus afectos terrenales...

Como una ráfaga pasó la crisis; avergonzada de haber sido más débil que su dolor, se vengó de ese arranque de humanidad agregando a su habitual indiferencia un ceño hostil que alejaba a los que hubieran deseado consolarla.

Permaneció en su dormitorio hasta después de los funerales, sola, más sola que nunca, como fiera acorralada por la vulgar compasión que se goza en irritar las heridas a fuerza de manosearlas, de hacer panegíricos torpes del sér querido cuyo recuerdo no osamos tocar por no sondear todo el horror del vacío!... Se encerró en un abismo de silencio, «*curae leves loquuntur*» y más fría, más impenetrable, más despótica, reanudó su tarea de remediar males que aparentaba no sentir...

Sentada junto a su mesa de trabajo, parecía Ministro de Estado. Aquí y allá prospectos de colegios, de instituciones de beneficencia, recibos de las diferentes sociedades que presidía, hojas impresas de propaganda, paquetes de oraciones, jaculatorias, cartas, sobre los más variados asuntos. Esparcidos a diestra y siniestra, montones de libros, devocionarios, textos de enseñanza, etc.; atados de ropa para los pobres, gruesas de medallas, rosarios para distribuir a los visitantes a trueque de la limosna, que por la razón o por la fuerza, pasaba de su bolsillo a la caja de fondos destinada a su empresa de turno, siempre superior a sus propios recursos.

Su actividad y dón de mando se extendía a todo sér viviente; era muy difícil resistirle; ordenaba como invasor que se apodera por asalto de la autoridad sin dar lugar a reclamo.

Recuerdo haber visto en una ocasión a un elegante muchacho que atravesaba la Plaza de Armas llevando un cargamento de sillas a la espalda, jadeante, bañado en sudor, caminaba con dificultad. Era uno de mis primos, que sugestionado por la imperiosa voluntad de la Tía, hacía el traslado en compañía de varios amigos, para un concierto de Beneficencia organizado por ella, que tendría lugar esa misma noche en los salones del Círculo Católico.

Maldiciendo de su negra suerte, echando al infierno a la Tía, ejecutaban sus órdenes sin discutir las.

¡Y era de ver como sacaba agua de las peñas! Durante muchos años fué su mejor instrumento un sér anormal, sin un destello de inteligencia, se llamaba José.

El infeliz José tenía tan obtuso el cerebro que parecía que se lo hubiera fabricado Dios, de cal y canto. Y en cuanto a la figura, nunca he visto alma racional embotada en apariencia más grotesca. En mi imaginación infantil, José, pertenecía al mundo de los cuentos de Hadas, era personaje de Callejas, de esos príncipes metamorfoseados en repugnantes alimañas por venganza de algún Genio maligno. ¡Me quedé esperando la llegada de la linda princesita que lo volviera a su estado normal!

No tenía cabeza, el cuello largo, pero muy largo, terminaba en la quiscuda mata de pelo, a la sombra de la cual, sobresalían dos brotes de cejas que semejaban cerdas, ocultando unos ojillos negros en fondo rojo, torcidos, empeñados al parecer en la fatigosa tarea de descubrir la punta de la nariz apenas diseñada.

Pero lo más sorprendente era que la Tía había operado el milagro de desarrollarle la memoria prodigiosamente, y, que bajo el influjo de su mirada penetrante brotaban a borbotones

las palabras de aquella bocaza de labios gruesos y rojos como tajo recién abierto de un hachazo; y repetía de un *resuello* los interminables recados sin equivocarse en un punto, ni en una coma. Paciente como bestia de carga, caminaba el día entero de Herodes a Pilatos; por instinto de conservación vivía agradecido a las raspas, al pasajero mal trato, seguro como estaba de que terminaban en propinas.

A la voz de mi Tía, José se estremecía como arbolillo mecido por el viento. Otro tanto nos sucedía a los sobrinos, al sentir el chapoteo de su cojera, azotando el entablado del corredor, porque la Tía, olvidaba a menudo que no todos los seres humanos habían sido creados con la sola misión de obedecerla, y, se revelaba contra las imposiciones de la vida casera, y los gritos le crispaban los nervios, los chistes acompañados de risa prolongada le hacían daño. ¡Ay! del desventurado que tocara una flor del jardín o resbalara en la yerba! Para esos casos tomaba ella sus precauciones llevando siempre su varillita que descargaba oportunamente sobre los niños o los perros y gatos dañinos!

Era de ver la escena que se producía cuando la Tía abría las puertas de su dormitorio, especie de Sancto-Sanctorum en que solo penetraban las iniciadas y aparecía en gloria y majestad, dominadora, interesante y terrible, tan correcta en su severo traje negro y su amplio peinador deslumbrante de blancura, oliendo a zahumerio y Agua Colonia de Fariña. Los grandes la miraban con interés, los chicos nos encogíamos sobrecogidos de frío, los canarios enmudecían en su dorada jaula, el gato disparaba, la perrita del Abuelo ocultaba la cola entre las patas y se deslizaba amedrentada debajo del mueble que encontraba más a mano. Una ola de malestar y de silencio se extendía a su paso; todos huíamos los flechazos de indignación de aquella dura mirada que pretendía escudriñar las conciencias.

Al lado de estos desagradables recuerdos, surgen sus indiscutibles méritos. ¿Cómo no recordar con admiración la obra en que se inició su grandiosa labor de beneficencia? ¡La Tienda! La Tienda que abrió en una de las habitaciones de su propia casa atendida por ella en personal! ¡Y cómo discurría el modo de sacar dinero! llegaba a ser cómico! He aquí un ejemplo:

El Abuelo, que como he dicho no era rico, y tenía muchos nietos, había establecido la costumbre de reunirnos todos los Domingos en su escritorio donde nos obsequiaba con dulces, cariños, consejos, y una reluciente chaucha a cada uno. Salíamos en bullicioso tropel y no alcanzábamos a pensar en qué invertirla cuando la Tía Remedios que expiaba el momento

nos salía al encuentro invitándonos con *extraña dulzura* a visitar la Tienda, y en menos que canta un gallo nos despedía completamente desplumados!.....

¿Cómo se proveía de mercadería? Esta es la parte heroica de su labor. Recorría los grandes almacenes comprando y pidiendo lo inútil, no temía al calor ni a la lluvia, y arrastrando su pobre pierna inválida, entraba de tienda en tienda, poniendo la mejor cara de su repertorio al servicio de la humanidad desamparada para lograr conmover el corazón de aquellos jefes de casas comerciales, que viéndola tan culta y distinguida, la colmaban de atenciones, correspondiendo a su sacrificio con obsequios, en buen estado los unos, averiados los otros, pero, que aceptaba gozosa porque había discurrido el modo de sacar mucho provecho.

Cuántas veces escuché admirada, su charla con algún majadero que se complacía en regatear, en hacerse mostrar toda la mercadería y no acababa de decidirse, y, ella, tan áspera tan autoritaria, se volvía mélflua, se amoldaba a la situación, mientras, su sangre hervía a borbotones, hasta que con santa astucia vencía, trocando el cúmulo de bagatelas en rollos de billetes de Banco!.....

La dulzura de la Tía en esas ocasiones me impresionaba, tenía algo de trágico, que hoy me hace recordar la risa desgarradora de un Garrik distraendo la atención pública a costa de los desgarramientos de su corazón.

Cada día, acabando de almorzar, aunque no contara con más parroquiano que el gato, se instalaba en el improvisado mostrador con la majestad de una reina en su trono; revisaba los libros que hubieran causado admiración al más de un experto financiero y que ella llevaba con ciencia infusa, pues era tan ignorante como todas las grandes damas de su tiempo, y, sentada en su sillón de brazos, su arrogante figura imponía respeto. Aquel fondo de mostradores cargados con la caridad pública y privada le servían de nimbo de gloria, y su humilde Tiendecita de baratijos, se convertía en la más espléndida apotheosis del corazón de una mujer!.. ...

Yo no la quería, pero, ¿cómo no admirarla? ¡Misterio que escapaba a mi infantil penetración! ¿Cómo no admirar el vuelo del águila por el espacio azul, y el gesto de furor del tigre encarcelado?...

La opresión de su despótica santidad, era nociva, hacía imposible la vida de familia. Cuando nos separamos, respiré, sin dejar ciertamente de sentir toda la melancólica nostalgia de la lejanía del nido y, la extrañeza de la casa nueva, cuyas paredes no me hablaban el lenguaje de las cosas viejas que yo

amaba tanto! Me dolió el alma salir de aquella bendita casa! dejar a las antiguas sirvientas, crónica viviente del pasado patriarcal.

Como me arañaban el corazón los recuerdos en esa hora del atardecer, hora de soledad, en que mi Madre estaba ausente, visitando a los pobres o rezando en las Iglesias vecinas. Vagando de patio en patio con las lágrimas en los ojos, no hallaba donde refugiarme, donde encontrar el abrigo del nido que acababa de dejar!... Meditaba en la caída de la tarde de la casa de mis abuelos y golpeaban a mi memoria los ruidos del hogar en esa hora en que las viejas queridas se recogían a la *recámara* a descansar de las faenas, esperando el llamado a rezar el rosario, y, las veía, como un par de tórtolas cansadas de volar, sentadas junto al brasero, en sus sillitas de paja, arrebozadas en sus pañolones. Severina, agitaba el enorme soplador y estallaban los ramilletes de chispas, mientras la tetera hervía entre la nube de niebla humeante dando rezongos, cuchicheos, silbidos afónicos... Olmedito, entre tanto asaba castañas para mí, o quemaba azúcar para el perfumado mate.

En la obscuridad de la habitación, el brasero de mis sueños, era el alma, todo cuanto lo rodeaba tomaba color de llamas, parecían brotar hasta de las bocas desdentadas llenas de bondad de las viejecitas, que sonreían, sonreían sin fin, como si quisieran alentar mis travesuras, adivinar mis pensamientos y mis antojos... y, me contaban rancias historias, las más inverosímiles, en que los héroes eran mis antepasados, únicos amos que ellas habían conocido, y cuyo recuerdo no podría morir mientras ellas vivieran! Y se pasaban de mano en mano el mate que representaba para ellas la recompensa del día, el rato de solaz comprado con el sudor de su frente, ¡la sonrisa del trabajo! Mientras yo me dormía en sus brazos al amor de la lumbre y arrullada por la sencillez de aquella conversación que parecía un himno a los buenos y viejos tiempos!...

Pero, la disciplina conventual impuesta por la Tía Remedios, asfixiaba. Poco a poco me fuí habituando a la nueva residencia desde la cual pude apreciar los grandes méritos de la Tía, que llegó a hacérseme querida. El contraste con la virtud tranquila y suave de mi Madre no era tan chocante a la distancia.

¡Oh mi santa Madre, que supo unir «la dulzura de la paloma, a la fortaleza del león»!...A través de los años, se diseña su ideal figura envuelta en una aureola de celeste claridad! porque ella participaba de los atributos de la luz: su sola presencia causaba bienestar!...

Cuando llegaba de su Iglesia favorita, en que se había hartado de oír Misas y de rezar, soñolienta aún de su sueño místi-

co; tan linda, tan pura, trayéndonos una ráfaga de brisas del cielo...algo de los ángeles con que venía de rozarse... una caricia de Dios para cada uno de los suyos, me hubiera arrodillado a sus pies y adorado como a los santos de los altares!...

El encanto de su conversación fina e interesante, fascinaba a la misma tía Remedios, que vencida por aquel singular encanto, parecía a su lado un cachorro domado por la influencia sugestiva de la dulzura!...

¡Cuán diferentes y cuan escogidas estas dos almas!

«¡Cómo paloma para el nido!» «¡Cómo león para el combate!»

Dios puso en aquella mujer inválida, el empuje de un guerrero, porque, sin oro, sin carácter, sin los defectos de sus cualidades, no hubiera existido el gran colegio aristocrático en que desaparecía la enojosa cuestión de bolsillo y sólo se apreciaba el mérito personal, y, el abolengo; ni la maravillosa capillita, monumentos destinados a honrar la memoria de sus Padres.

Allí ante ese altar, depuso sus armas de combate, cuando sintió acercarse su fin. En los últimos años se instaló en el Colegio que había prohiado, escogió su dormitorio cerca de la Iglesia... olía a incienso. El canto de las religiosas, que rezaban el oficio, llegaba hasta ella como un arrullo de ultra-tumba!...

Recuerdo haber llegado a visitarla en el momento en que sonaba la campana el toque del «Angelus;» un baño de poesía me refrescó el alma, sentí como una lluvia de rosas blancas, deshojadas, que caían sobre mi corazón cuyo perfume delicioso me hizo mucho bien!

Verla en su sala de recibo, rodeada de religiosas que no se atrevían a levantar la voz sin ser interrogadas, me hacía recordar las antiguas Abadías, en que las infantas solteronas iban a ocultar el desamor de su familia, que las condenaba a reclusión y eterno celibato, para no comprometer los altos intereses del reino.

Y allí, obedecida y respetada, esperó su postrera hora, ansiosa de reunirse al que amó sobre todas las cosas, y, sirvió con todas las fuerzas de su alma.

Su energía y don de mando, prevaleció a la destrucción de la materia; en agonía ya, ordenó a las religiosas que rodeaban su lecho, que cantaran preces al Santísimo Sacramento, y, haciendo un supremo esfuerzo por unir su voz, expiró en un murmullo de oraciones!...

MONNALISSA.



LOS MISERABLES ARRABALES

(De mis «Peregrinaciones Nocturnas».)

Marcho por un camino que curioseosa extraños
Arrabales sumidos como en meditación
Donde la caravana de los abuelos años
Enredó la amargura de una triste canción.

Los arrabales tienen gestos de octogenarios
Viejos intoxicados de miseria y edad,
Que ganosos de instantes mudos y solitarios
Con sus dolencias huyen lejos de la ciudad.

Son los desheredados de la rubia fortuna
Vástagos favoritos del rebelde dolor,
Que sonríen tan solo cuando en ellos la luna
Desdobra el argentino sudario de su albor.

Son hermanos gemelos de los tintes misterios
Tercos encubridores de malignas querellas
Miseria, vicios, crímenes, sombríos cementerios
De blancas castidades de vírgenes plebeyas.

Harapientos gibosos de hurañez funeraria
Que eternamente mascan su amargura sin fin,
Cuyas almas se empapan de la triste plegaria,
Que a la luna dedica por la noche el mastín.

Yo los venero por que son mis hermanos en
Nostalgias y miserias y penurias y por
Que como yo conocen el rictus del desdén
Y lamen en silencio su endiablado escozor.

Ante los arrabales de negro mi alma visto
Y largamente lloro tus martirios como otros
Lloran la vía crucis del mártir Jesucristo
Que resignadamente se inmoló por nosotros...

ABEL GONZALEZ NAVARRETE.

Agosto de 1913.



ACABA DE PUBLICARSE:

EL ALMA PRISIONERA

de Juan Rojas Segovia.



PROXIMAMENTE:

CAMPANA SILENCIOSA

POESIAS

por Carlos Barella.



LA GRUTA DEL SILENCIO

por Vicente Garcia Huidobro Fernández



